

PENÍNSULA ODISEAS

# Xavier Aldekoa

## Indestructibles



# ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

CITA

MAPA

INTRODUCCIÓN. DEMASIADO LEJOS — Madagascar

1. EL MUÑECO — Senegal

2. LOS OJOS DE MALICK — Mali

3. EL POEMA — Sierra Leona

4. EL ÚLTIMO GUERRERO EN PIE — Senegal

5. VIDAS SUSPENDIDAS — Senegal, Gambia y Níger

EL CHICO DEL MÓVIL ROTO

LOS JÓVENES SE VAN

TRAFICANTES DE ARENA

COYOTES DEL DESIERTO  
LA CAÍDA  
EUROPA O NADA  
DIENTES  
ESCLAVOS EN EL SÁHARA  
EL MAR

6. LAS BRUJAS — Sudáfrica

7. EL HOMBRE QUE NO CORRÍA — Kenia

8. ESPOSAS — Uganda

9. PAPELES — Costa de Marfil

10. EL COLOR DE LAS JACARANDAS — Zimbabue

11. JALIMA Y AREATZA — Etiopía

12. LOS DEMONIOS DEL LAGO — Chad, Níger, Nigeria y Camerún

LOS 337

DANIEL JACOBS

LA NIÑA DEL ABRIGO ROJO

EL ZOO

13. NIÑOS SERPIENTE — Togo

14. LA NIÑA DE LOS PIES DESCALZOS — Cabo Verde

15. *MOLUENE* — Mozambique

16. LA CRUZ DE LIKASI — República Democrática del Congo

17. EL ÁRBOL DONDE LOS PÁJAROS DUERMEN — Namibia

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la  
lectura

---

**¡Regístrate y accede a  
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# SINOPSIS

África más allá de la herida.

En África, el continente donde más bebés nacen del planeta, miles de niños se ven expuestos cada año a situaciones traumáticas. La guerra, el extremismo, el abuso, la pobreza o los efectos del cambio climático son algunos de los problemas que afectan a diario a millones de menores africanos.

Xavier Aldekoa nos cuenta en este libro algunas de sus historias. Las de personas, muchos de ellos niños, que pasan por dificultades e incluso situaciones traumáticas pero que, con esfuerzo y perseverancia, tratan de salir adelante, aunque no siempre lo consigan. Desde un niño exsoldado en el Congo a una niña secuestrada por Boko Haram o tres hermanos huérfanos por el ébola en Sierra Leona, Aldekoa va más allá del hecho traumático y presenta no sólo los difíciles escenarios en los que viven sus protagonistas sino también su capacidad de superación y fortaleza.

Indestructibles pone nombre y apellidos a los protagonistas del futuro del continente africano, y, a través de ellos no solo se adentra en la historia, la política y la cultura africanas, sino que, como ya es propio de Aldekoa, hace cercana una realidad que subraya la dignidad del continente olvidado.

**Indestructibles**

**Xavier Aldekoa**

*ediciones península*

*A Aina, Lena y Júlia*

El rey le preguntó al sabio:

—Cuando dejas caer un palo dentro de un mortero vacío, el ruido que provoca ¿sale del palo o del mortero? Piénsalo bien. Si no respondes correctamente, ordenaré que te ahorquen.

—El ruido sale de los dos —contestó el sabio.

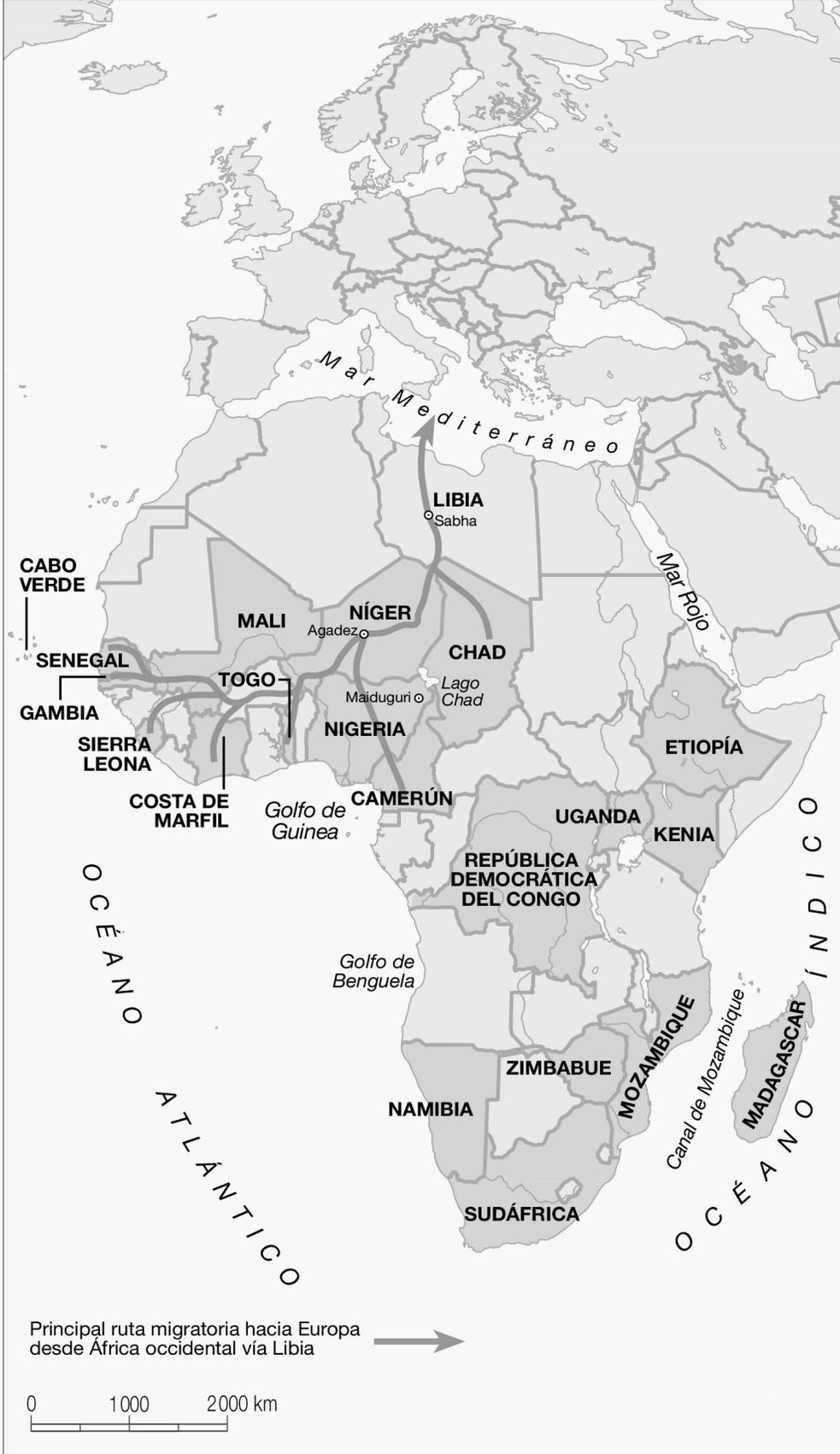
El rey se revolvió en el trono y bramó:

—¡Estúpido viejo! Pero ¿en qué proporción?

El sabio, consciente de que el rey solo quería condenarle, pidió acercarse para susurrarle la respuesta final al oído. Cuando llegó a su altura levantó el brazo y le propinó al monarca una bofetada tan sonora que se oyó en todo el reino.

—Y ahora dime, oh, rey, ¿de dónde sale el ruido? ¿De mi mano o de tu mejilla, y en qué proporción?

Cuento tradicional fulani



# INTRODUCCIÓN

## DEMASIADO LEJOS

### Madagascar

El mayor acto de rebeldía de Marceline era tener sueños de niña normal: quería ser profesora. Tenía quince años y era pobre. También tenía la mirada inocente, el pelo oscuro y unos rasgos indonesios que desconcertaban. Como desconcierta todo en Madagascar: un cruce de culturas, pueblos y colores cristalizado en la mayor de las islas africanas. Marceline vivía en Antanifotsy, una aldea malgache de casas tradicionales de dos pisos, con techos de paja a dos aguas y paredes de adobe, encajada entre montañas y plantaciones de arroz. El pueblo estaba construido sobre terrazas artificiales para salvar la pendiente, y para llegar allí desde la ciudad más cercana, Betafo, en el centro del país, había que andar hora y media por caminos empinados y desfiladeros estrechos. Antanifotsy era una aldea pequeña, de apenas una veintena de hogares rodeados de huertos, donde el día empezaba con el canto del gallo y las hogueras encendidas. Las casas estaban construidas en filas de tres o cuatro por terraza, con las ventanas encaradas a la profundidad del valle, como si los vecinos, a falta de hacienda, se hubieran puesto de acuerdo en regalarse vistas de rico. El paisaje hipnotizaba. Probablemente, en Antanifotsy, el único exceso era la belleza: el cielo era muy azul, las nubes muy blancas y la hierba muy verde. Por lo demás, era un lugar pobre a rabiar.

En la vida de Marceline, la pobreza se traducía en ropas deshilachadas, mandioca compartida con diez hermanos, noches sobre tablones templados porque en el piso inferior dormían las dos vacas de la familia, y anhelos de un futuro como el de los dem as niños. Deseaba tan firmemente ser profesora que cada día, despu es de regresar andando de la escuela, de ir a por le a, de cultivar el huerto, de recoger agua en la fuente, de cuidar a sus hermanos pequeños, de cocinar, de dar de comer a las gallinas, de barrer, de remendar los pantalones, de cenar yuca hervida y de preparar fardos de leña para vender en el mercado al día siguiente, justo despu es, encendía una linterna en el cuarto y, mientras los dem as dormían, hacía los deberes sobre sus rodillas. A su madre y a su padre les gustaba que estudiara, pero aunque querían ayudarla, no podían: las tareas eran en franc es y la niña era la única de la familia que era capaz de chapurrearlo. Lo había aprendido en la escuela, como casi todo lo que no tenía que ver con el campo. A Marceline le encantaba escribir, pero no podía entretenerse demasiado. Si al día siguiente debía vender madera en el mercado, se levantaba a las tres y media de la madrugada, calentaba el t e, bajaba con el fardo de ramas en la cabeza hasta Betafo y colocaba la mercancía en su puesto hasta que a las ocho menos cuarto la sustituía su madre y ella entraba en el colegio a estudiar. Algunas mañanas se cruzaba en la puerta del edificio con compañeros de clase que aún se estaban quitando las legañas mientras se terminaban las galletas del desayuno.

La primera vez que vi a Marceline, participaba en un debate de clase de geografía con otros seis alumnos en la escuela de los salesianos de Betafo. Los niños estaban sentados delante de una biblioteca llena de mapas y libros viejos y razonaban con el profesor sobre el impacto de la deforestación en Madagascar. Marceline escuchaba a los dem as en silencio, con el gesto esforzado para no perder el hilo del buen franc es de sus compañeros, y cuando le tocó el turno fue breve.

—Si nos roban los árboles, nosotros no podemos vender madera y no tenemos dinero para comer.

Al final de aquella clase, Marceline esper  un rato para que le hiciera unas preguntas y me confesó tímida sus sueños de vida adulta.

—*Je veux  tre une enseignante.*

Cuando Marceline se fue a jugar al patio con sus amigas, su profesor François, que había escuchado la conversación, se situó a mi lado con una sonrisa rota en los labios.

—Es una niña muy inteligente. Si viviera en la ciudad, conseguiría acabar seguro la escuela. Pero vive en la aldea y está lejos.

Demasiado lejos.

Algunas mañanas, la disculpaba François, la niña estaba tan cansada que se dormía encima del pupitre.

Cuando subí hasta la aldea de Marceline, comprobé que era un lugar remoto. Ella avanzaba con brío por tarteras de piedra suelta y ascendía decidida por caminos arcillosos que se retorcían en la montaña mientras yo resoplaba por mi dignidad unos metros más atrás. Antanifotsy estaba alto y lejos. Y peor: cada día lo estaba más. Las lluvias, más constantes y torrenciales con el paso de los años, estaban resquebrajando el paisaje por una combinación de cantidad (de agua) y escasez (de dinero). Como para gran parte de la población comprar carbón era un lujo inaccesible, se talaban de forma masiva árboles para obtener leña, y aquello dejaba el terreno sin el sostén natural de las raíces. La tierra erosionada convertía el camino desde la aldea de Marceline hasta la escuela en una trampa donde las cañadas se abrían, las rocas se desprendían y la tierra se hundía. Cada día el trayecto al colegio duraba más. Si había tormenta y el río crecía, ni siquiera podía avanzar y debía regresar a casa.

Para Marceline, el clima era algo personal.

—Si el cambio climático continúa, tendremos dificultades y no podré ser lo que quiero en la vida.

Marceline había aprendido también que su tiempo libre y lo que había en la mesa dependían de las nubes. Si se producían tifones e inundaciones, las cosechas se echaban a perder y los alimentos del mercado se encarecían. Si ocurría, su vida se volvía gris: en casa todos los días había yuca hervida para comer y ella debía trabajar más para ayudar a pagar las facturas y dedicaba menos tiempo a estudiar.

Al cuarto día de conocerla, mientras caminábamos por el borde de un barranco con vistas a un valle amplio, Marceline se descubrió inquieta. Era

domingo, día de misa en una iglesia cercana, y se había vestido con sus mejores galas, que no eran tantas. Caminaba deprisa porque íbamos tarde y habló con voz débil, como si le pesaran las palabras. Dijo que iba atrasada en la escuela. Aún le quedaban cuatro años para acabar bachillerato y empezar magisterio.

—Y cuatro años son muchos.

Confesó que en los últimos años hasta tres veces había tenido que interrumpir sus estudios por no poder pagar la escuela, pero que la última vez los hermanos a cargo del centro habían hecho la vista gorda porque era una buena alumna. Pero en la vida de Marceline se avecinaban nuevas nubes. Pronto tendría edad para buscar un empleo formal y en casa se necesitaba el dinero así que, decía, tendría que multiplicarse. Quizás fue el tono de su voz; o quizás su mirada, pero en ese preciso instante me di cuenta de mi error. Aquella mañana de camino a la iglesia, Marceline no estaba inquieta, ni su voz era frágil ni le pesaba la vida. Estaba cogiendo carrerilla.

—Seré profesora, ya verás. Sé que es difícil, pero así han sido siempre las cosas aquí.

*Indestructibles* es consecuencia de niñas como Marceline. No es un libro de ganadores, aunque sus protagonistas a veces triunfen. Tampoco de perdedores, aunque algunas de estas historias africanas tengan finales amargos. Este es un libro sobre seres humanos que lo intentan. Hombres y mujeres que sufren, ríen, opinan, evolucionan, se rebelan y luchan. Protagonistas activos de sus vidas que se revuelven ante un destino que los quiere sometidos, encadenados, víctimas. Para quienes la rabia es una forma extraña de esperanza. También es un libro de personas que viven más allá de las luchas nobles y los grandes dramas. De gente normal. *Indestructibles* es un libro sobre seres humanos que no se rinden.

Estas páginas son también la esperanza de haber dudado y escuchado suficiente. Es un libro sobre una África compleja. Sobre un territorio, o parte de él, que cambia y se transforma. Repleto de personas que sobreviven como pueden. Y que, cuando las cosas se tuercen, intentan ser indestructibles y salir

adelante. Como Marceline. Como nosotros.

# EL MUÑECO

## Senegal

Lena tuvo antes un muñeco que un nombre. A una bebé nómada del desierto, miles de kilómetros más al sur, le ocurrió exactamente igual. Dio tiempo a que fuera el mismo.

Habían pasado varias horas desde el nacimiento de mi primera hija y la enfermera sostenía impaciente un rotulador negro en una habitación de hospital a las afueras de Barcelona.

—¿Todavía no?

Me encogí de hombros, le dije que aún no habíamos decidido el nombre pero que, si había que escribir algo en la etiqueta del cabezal de la cuna, podíamos poner los apellidos, que ahí había menos dudas. No le hizo gracia. Estábamos a finales de mayo, el día era soleado y Lena —el nombre lo escogimos al día siguiente— dormía acurrucada entre las sábanas junto a Júlia, exhausta después de un parto largo. Antes de irse, la enfermera dejó a los pies de la niña un regalo del centro sanitario: un muñeco con la cabeza redonda, una sonrisa semicircular y un triángulo negro por nariz. El juguete llevaba también unos zapatos verdes y una camiseta azul de manga corta con letras blancas donde se leía *I love Hospital Sant Joan de Déu*.

Semanas después, una bebé de tez tostada protestó cuando su madre, Penda

Sou, la despertó acercándole aquel mismo muñeco a la mejilla. La niña abrió los ojos, observó al intruso de trapo con indiferencia y se durmió de nuevo. Normal. Pese al calor de mediodía, aquella choza cónica y de paredes de estera conservaba una temperatura fresca y era el sitio ideal para la siesta de una bebé de diecinueve días de vida en la aridez de la frontera de Mauritania y Senegal. Los nómadas del desierto han usado durante milenios esos refugios móviles, fáciles de transportar, desmontar y cargar en burros o camellos cuando llega el momento de partir. Fuera de aquel refugio, los rayos de sol se clavaban en los techos de otros cinco iglús de paja similares y martirizaban la curiosidad del resto de la familia, quince personas entre hermanos, abuelos y primos, que se habían apostado en la puerta para ver el destino final de aquel peluche. Todos eran de la etnia fulani —o fulbe o peul, según la región—, el pueblo nómada más grande del mundo, y en sus pieles negras se adivinaba una vida castigada por la aspereza del Sahel. Los había conocido tres días antes a las afueras de la aldea senegalesa de Mbar Toubab, donde se habían instalado para recoger forraje con el que alimentar a sus animales y escapar del avance del desierto, que en los últimos años había secado pozos, alejado bosques y vaciado estómagos. Pese a sus dificultades, habían recibido mi llegada con curiosidad y atenciones de buen cicerón.

El Hadji Goudiaby, un colega senegalés que me acompañaba aquellos días para ayudarme como traductor, había vaticinado aquellas sonrisas amables. Días antes, al plantearle mis dudas por cómo aquellas personas iban a recibir mi visita sin previo aviso, había respondido con una risotada.

—No te preocupes por eso, esta gente no tiene puertas en sus casas.

Aquellos hogares abiertos al forastero eran una declaración de intenciones. La hospitalidad, aprendí después, forma parte intrínseca del hombre y la mujer fulani. Está escrito en su sangre. El padre de Penda, un hombre espigado, con la barba rasa y canosa, me explicó por qué. Se llamaba Amadou, vestía una túnica lila, tenía una cicatriz antigua en la frente y se tomaba el tiempo necesario para charlar. Después de mandar a un nieto adolescente a que metiera en un corral a tres cabritos blancos, me condujo a una sombra y me contó. Cualquiera fulani, dijo, habite en las dunas de Mali, en las planicies del norte de Camerún o en las estepas de Sudán, rige su vida por

las normas *pulaaku*, un código de conducta transmitido de generación en generación y que durante siglos ha conservado la identidad de este pueblo nómada más allá de las fronteras físicas y del paso del tiempo. Aunque actualmente hay fulani sedentarios y que han cambiado la vida peregrina junto al rebaño por la ciudad, estas leyes no escritas se conservan imperturbables. Luego cada hombre encierra sus propios demonios, pero el *hakiile*, un concepto fulani que aúna sabiduría, sentido común y hospitalidad, es uno de los cuatro cimientos indispensables de la base de comportamiento *pulaaku*. Otros tres pilares más —podrían resumirse en paciencia y disciplina, modestia y respeto y finalmente esfuerzo y valor— completan una escala de valores sagrada, que ancianos como Amadou transmiten a sus nietos desde tiempos inmemoriales.

Aquella hospitalidad sincera facilitó las cosas. Al principio, cualquier gesto o conversación era velada por miradas curiosas, pero pronto mis visitas se tiñeron de normalidad y, mientras charlaba con unos, los demás arreglaban el cercado, ordeñaban las vacas o cortaban leña para la cena ajenos a mi presencia. A Penda le encantaba que le enseñara vídeos de Lena y se maravillaba con la piel rosada de la niña. Llevaba a su hija en brazos y envuelta en una tela verde y naranja y sonrió cuando le pregunté el nombre de su bebé. Todavía no tenía uno. Penda era la explosión de colores tradicional de las mujeres fulani: pañuelo azul zafiro en la cabeza, túnica holgada de colores alegres, conchas trenzadas en el pelo, tatuajes en las sienes y tinta índigo alrededor de los labios. No era el único arco iris con pies. Mientras los hombres jóvenes llevaban túnicas oscuras o camisetas y pantalones de colores claros, al estilo occidental, las mujeres eran un estallido cromático. Sus rasgos negros contrastaban con camisetas naranjas, verdes y azules, faldas de estampados multicolor, trenzas adornadas con pedazos de ámbar o pañuelos teñidos para recoger sus largas cabelleras. En las muñecas tintineaban pulseras plateadas y de sus orejas colgaban pendientes de latón dorados.

Aquella familia fulani me tenía fascinado. Yo había llegado a aquel rincón del norte senegalés porque quería saber cómo la desertificación y el cambio climático estaban marcando las costillas de los habitantes de la región, pero la rutina de aquellos días me daba respiro para visitarlos a menudo. Mi estancia

en una garita militar cercana, el único sitio donde podía pernoctar porque no había hoteles cerca, tenía como único aliciente vespertino ver dormitar a tres militares jóvenes destinados muy lejos de casa y hastiados del calor y de las moscas. Por eso después de trabajar, a mediodía o antes del atardecer, me escapaba a visitar a Penda y su bebé.

También porque quería cumplir mi parte del trato con Lena. Estaba decidido a que aquel muñeco del hospital no fuera un regalo sino un puente. Después de casi veinte años de idas y venidas por África, sus gentes y territorios forman parte de mi vida, así que quería acercar el continente a mi hija. Y empezaría por sus juguetes. Resolví que, en cada viaje, llevaría conmigo uno de sus muñecos, que entregaría a un niño con el que hubiera convivido unos días, y le explicaría quién era ella. A su vez, enviaría fotos del juguete mientras viajaba y le explicaría a Lena con quién iba a quedarse el muñeco y cómo era la vida allí. Después de aquel primer juguete para la hija de Penda siguieron otros. Cuando creció, Lena empezó a escoger ella misma el muñeco antes de mi marcha y yo la dormía con cuentos inventados sobre el país por el que iba a viajar su juguete. El juego servía para alegrar las nostalgias, pero sobre todo para estrechar lazos entre Lena y los habitantes del continente africano. Y funcionó. Con el tiempo aquellos peluches se han convertido en preguntas. ¿Quiénes son? ¿Cómo viven? ¿Les gustará esta muñeca? ¿Te doy dos? Esa ilusión infantil por el juguete compartido con niños desconocidos a miles de kilómetros se ha fortalecido. Ahora Lena quiere meter en mi mochila juguetes cada vez más grandes, más bonitos, más nuevos; incluso sus favoritos.

El día en que fui a despedirme, Penda me apartó a un lado tranquilo e insistió en que le enseñara un vídeo a su madre. Me sorprendió ver a la anciana porque no la había visto en los días anteriores. Era una mujer mayor, tenía la cara surcada de arrugas, una ligera cojera y vestía una tela de cuadrados blancos y amarillos. En cuanto llegó, se asomó decidida a la pantalla. Yo empecé a enseñarle un vídeo cualquiera, pero Penda me cortó. Quería que le mostrara uno en concreto. Al final, por señas, logré entender: quería uno donde salía Júlia dándole el pecho a Lena. En cuanto di al *play*, las dos mujeres se desataron. Se quitaban el teléfono de las manos, hacían gestos

de lo grande que era el bebé y la anciana me abrazó, con una sonrisa cómplice. Penda señalaba divertida a su niña y a su pecho y hacía el gesto de que ella también. Era un vídeo sencillo, sin nada especial, pero aquellas mujeres se reconocían en aquel gesto universal. Aquella risa condensaba la fuerza de las historias cotidianas para entender al otro y para conectar realidades. Para comprender la necesidad no solo de tender puentes, sino de atreverse a cruzarlos.

Antes de despedirnos, Penda me anunció que habían decidido el nombre de la pequeña. Se llamaría Tana, como una de sus tías.

—Lena y Tana. Tana y Lena —dijo.

Mientras anunciaban su nombre, Tana permanecía dormida a pocos metros, encima de una esterilla, envuelta entre telas y a la sombra de un árbol. A su lado, el muñeco de camiseta azul y zapatos verdes estaba medio tapado, mirando hacia abajo.

Tana había tenido antes un muñeco que un nombre. A una bebé de Barcelona, miles de kilómetros más al norte, le ocurrió exactamente igual. Dio tiempo a que fuera el mismo.

## LOS OJOS DE MALICK

### Mali

Como no tenía ningún contacto ni mejor manera de llegar a él, cogí un taxi y me fui a su barrio a preguntar. Buscaba a una eminencia, el fotógrafo maliense Malick Sidibé. Sus retratos de las clases populares y sus icónicas imágenes de las fiestas a la orilla del Níger son aún hoy el mejor testimonio de la efervescencia que inundó el país cuando en 1960 se independizó de Francia. Tenía una pista para dar con él: su estudio estaba en Bagadadji, un barrio de Bamako, la capital de Mali. También la convicción de que existía una posibilidad de que me recibiera. La cercanía, la petición de ayuda improvisada y las manos encajadas siguen siendo una carta de visita más efectiva que la cita telefónica o por email en muchos rincones del continente africano. No fue difícil encontrarlo. Cuando no sabíamos hacia dónde avanzar, el taxista bajaba la ventanilla y preguntaba a cualquier tipo que caminara por la calle. Después de algunas vueltas, finalmente dimos con la dirección que nos habían ido dando a plazos: número 632 de la *rue* 508.

El estudio fotográfico era una casa baja pintada en un extremo con cuadros blancos y negros, a modo de tablero de ajedrez, y en el otro con rayas verticales, blancas y negras también. Me recibió en la puerta un joven sonriente que se presentó como Karim, hijo de Malick. Me dijo que su padre,

que entonces contaba setenta y cuatro años, tenía que llegar de un momento a otro, pero lo llamó para asegurarse. Escuché cómo le explicaba que un periodista de Barcelona quería conocerlo, y por los gestos de Karim intuí que la cosa iba bien. Cuando colgó, sonrió: a Malick Sidibé le había parecido genial.

Karim me invitó a entrar en el estudio y tomar asiento en un taburete. Sobre unos estantes llenos de polvo, había decenas de cámaras viejas y por todos los rincones había revistas antiguas amontonadas. También había fotografías en blanco y negro colgadas en las paredes, sábanas de colores mal dobladas sobre una silla y, frente a un panel de colores, una cámara sobre un trípode preparada para tomar retratos.

Sidibé había trabajado en esa habitación toda su vida, 14 horas diarias, para después salir al anochecer a fotografiar la vida en la calle. Su leyenda había empezado con 6.000 francos, unos nueve euros. En 1956, cuando Mali se despedía oficiosamente de Francia, un joven militar francés llamado Roger le vendió su cámara vieja por aquel precio antes de volver a Europa. Desde aquel día, Sidibé no había dejado de retratar la vida diaria de su ciudad. Fue testigo de excepción de la historia del nuevo Mali.

Karim se ofreció a preparar un té con menta para amenizar la espera, pero no hizo falta. Enseguida un coche color crema se detuvo delante del estudio. Del vehículo emergió la figura de un hombre vestido con una túnica verde y blanca, y apoyado en un bastón.

—*Ah, le journaliste de Barcelone! Voilà mon bureau!*

Sidibé murió en 2016 con ochenta años de edad, pero cuando lo conocí conservaba intacta su vitalidad y entusiasmo. Era sobre todo un tipo alegre. Aunque ya le habían llovido los reconocimientos más importantes e infinidad de premios internacionales, Sidibé parecía encantado de compartir un buen rato de charla con un tipo que ni siquiera le había pedido cita. Se acomodó en una silla en la terraza de su estudio y recordó los primeros compases de libertad de su país.

—¡Ah! ¡Aquellos primeros días! —exclamó—. Acababan de llegar al país el twist, el chachachá, la rumba y el merengue, había un aire de liberación en el ambiente, la gente estaba contenta y había música por todos lados. Y allí

estaba siempre yo con mi cámara.

Sidibé retrató el ánimo de un país que vivió la libertad en dos fases. En enero de 1959 se estableció la Federación de Mali, constituida por el actual territorio de Senegal y de Mali, pero un año después las divergencias entre unos líderes con caracteres de hierro —el senegalés Léopold Sédar Senghor, por un lado, y el maliense Modibo Keïta, por el otro— provocaron la división en dos países distintos.

En aquella época, la juventud maliense sentía que descubría el mundo. Aunque no había costumbre de tocarse o besarse en público, delante del objetivo de Sidibé los chicos y chicas se dejaban llevar. Para el anciano fotógrafo fueron tiempos imborrables porque la gente se abrazó a la cultura.

—A veces creo que la música y el cine nos hicieron evolucionar más que la independencia —aseguraba.

Mali añora ahora aquel delirio inicial, borracho de paz y libertad. El avance del yihadismo en el norte del país a partir del año 2012 ha marchitado las frentes de medio país. La enésima rebelión tuareg, secuestrada posteriormente por grupos yihadistas, aprovechó la debilidad del Gobierno, que acababa de sufrir un golpe de Estado en la capital, para avanzar y proclamar la independencia de Azawad, los territorios desérticos del norte del país. Duró poco, pero constató que un elemento nuevo había desequilibrado el juego de fuerzas en el Sahel. El regreso a casa de los mercenarios a las órdenes de Muamar el Gadafi, ejecutado un año antes, a punto estuvo de tumbar al país. Pero aunque la posterior intervención francesa evitó el avance yihadista hacia el sur —y de paso asentó la presencia e influencia gala en el país—, no sirvió para acabar con el fanatismo. Desde entonces, el país sufre constantes ataques extremistas y el norte es un avispero de grupos yihadistas con la ambición de poder como único objetivo común. Y no solo es la guerra: el pesimismo recorre un país en el que las visiones más conservadoras ganan terreno, y no únicamente en el norte.

Sidibé había conocido también épocas de prohibiciones y retrocesos.

—Nos las prometíamos muy felices con la independencia y nos cayeron encima un montón de reglas —decía.

Para Sidibé, llegaron demasiado pronto. Al poco de llegar al poder en

1960, el primer presidente, Modibo Keïta, instauró el socialismo de Estado en el país. A unos malabarismos económicos con olor a desastre añadió, influenciado por su admirado Mao, una revolución cultural que se escudó en valores supremos para recortar libertades.

Sidibé recordaba las brigadas de control que patrullaban las calles e impedían estar al aire libre más allá de las once de la noche o prohibían vestir al modo occidental. Como suele ocurrir, la pérdida de libertades desembocó en épocas aún más oscuras, y poco después un golpe militar pintó de verde uniforme las riendas del país durante 23 años.

Sidibé se recetó lo que el resto de la juventud: divertirse en la clandestinidad. En Bamako se celebraban fiestas en casas particulares, y él iba de una a otra, a veces tres o cuatro por día, haciendo fotos sin parar. También trabajaba en su estudio. Hasta aquella estancia donde nos encontrábamos se acercaban hombres y mujeres para ser inmortalizados con sus nuevos peinados, sus vestidos de gala o sus disfraces. En cientos de sus fotos aparecen malienses junto a objetos o animales como bicicletas, ramos de flores, motos o cabras.

En un momento de la charla apareció una joven con el pelo caoba, una camiseta rosa sin mangas y una falda azul que mostraba curvas generosas. Quería que Sidibé le hiciera un retrato. Él se levantó como un resorte, le pidió que se colocara delante del panel de colores y se puso a trastear con la cámara colocada sobre el trípode. Después de hacerle una toma frontal, Sidibé le pidió con toda naturalidad que se diera la vuelta para fotografiarle la espalda y el trasero. La chica sonrió, aceptó las indicaciones del artista y se dio la vuelta con una sonrisa pícara en los labios. Antes del clic, flexionó ligeramente las rodillas para resaltar un culo respingón. Fue un gesto sutil y elegante, y también una constatación: frente a los avances conservadores, de ayer y hoy, siempre quedará la gente.

Cuando la mujer se marchó, Sidibé se sentó frente a mí para continuar, pero antes de retomar la conversación, se inclinó un poco hacia delante, como si quisiera contarme una confidencia.

—Me ha dicho que quería la foto para regalársela a su novio.

Y me guiñó el ojo divertido.

## EL POEMA

### Sierra Leona

Un bebé lloraba y me desperté sobresaltado. Era de día.

Los rayos de luz de la tarde entraban como lanzas por los huecos de la persiana, la cabeza me daba vueltas y estaba sudando. Me incorporé sin saber dónde estaba. Cuando me acostumbré a la luz, vi delante de mí una mochila medio deshecha a los pies de la cama y una puerta entreabierta. El bebé lloraba desde la otra punta del pasillo, cada vez con más intensidad. Estaba cerca. Me levanté de la cama y entonces me di cuenta: no estaba en un hostel de un país africano; era mi casa de Cornellà, y el llanto no era de un bebé anónimo; era mi hija, Lena, de nueve meses.

Atravesé el pasillo con la urgencia desesperada de los padres primerizos, y al entrar en la habitación me detuve en seco. Espera, me dije, ¿la cabeza me da vueltas por el sueño o tengo fiebre? Lena lloraba. Me toqué la frente y estaba templada. ¿O quizás caliente? Dudé. ¿Son imaginaciones mías? El cerebro me empezó a funcionar a mil revoluciones. Lena había percibido mi presencia a pocos metros y estalló en un grito desencadenado. Yo seguía inmóvil como un imbécil. Lena lloraba. Me giré, salí de la habitación a toda prisa, entré en el baño y rebusqué en el armario. ¿Dónde demonios está? Algunas cajas de medicamentos cayeron al suelo y provocaron un ruido seco.

Clac, clac. Lena lloraba. Por fin encontré lo que buscaba. Encendí el termómetro, lo coloqué bajo la axila y me quedé quieto delante de la puerta de su habitación. Lena lloraba. Solo unos segundos más. Lena lloraba. Intenté decirle algunas palabras desde lejos para tranquilizarla. Sirvió para que llorara más. Por fin escuché el sonido. Pip, Lena, Pip, lloraba, Pip. 36,5 grados.

Me abalancé sobre la cuna, cogí a mi hija y la apreté contra el pecho para calmar sus sollozos. Fuimos a la cocina y el reloj de la pared marcaba las cinco de la tarde. Hacía menos de dos días que había aterrizado en Barcelona desde Sierra Leona, donde había ido a cubrir la peor y más compleja crisis de ébola de la historia. Regresé a mi habitación con Lena en brazos y miré la mesita de noche. Estaba donde lo había dejado antes de dormirme: un poema escrito a mano. El papel, ligeramente arrugado y con una mancha marrón en una esquina, estaba doblado y solo se veía en un costado el final de unos versos escritos con tinta azul y letra infantil. Me había leído aquel poema tantas veces que sus palabras se habían hundido en lo más profundo de mis pensamientos. Y eso que, en aquel momento, ni siquiera sabía aún que aquel texto iba a convertirse en una lección. Tardaría unos días en descubrirlo.

Guardé el papel en un cajón y suspiré derrotado. Había intentado mentalizarme, convencerme de la ausencia de riesgo de contagio y autoimponerme tranquilidad, pero no había servido de nada. Desde mi regreso, cambiaba los pañales a mi hija con el corazón acelerado. La improbable posibilidad de haberme contagiado y transmitir aquel virus del diablo me había perseguido durante las últimas noches en África como un sueño absurdo y aterrador. En realidad era un temor exagerado. De vuelta a casa simplemente debía respetar una cuarentena de veintiún días, tomarme la temperatura tres veces al día y mantener la calma, porque los infectados solo contagian el virus cuando aparecen los síntomas. Lena, ajena a mis excesos, me miraba con los ojos curiosos y pateaba rebelde porque quería jugar. La dejé en el suelo y le alargué una pieza de lego, que empezó a mordisquear con ansia. Gateó hasta la mitad del pasillo y se giró para ver si la seguía. Hacía rato que no lloraba, pero el surco de dos chorretones de lágrimas le recorría las mejillas. Nos quedamos un instante observándonos. Me miraba desde unos

ojos almendrados e inocentes, vivos y cansados a la vez. Llevaba una camiseta amarilla, unos pantalones cortos, también amarillos, y un collar negro anudado al cuello. En su muñeca izquierda alguien le había puesto una pulsera de plástico blanco y jugueteaba con uno de los extremos, que sobresalía un poco. Se incorporó con dificultad, sin dejar de observarme, y entonces la vi entrar: al final del pasillo apareció una figura cubierta con un traje de plástico de los pies a la cabeza, como si fuera un astronauta, con guantes de látex, gafas gruesas de buceo y botas de caucho. Se aproximó al bebé, lo cogió en brazos y caminó hasta la valla que delimitaba la distancia a la que podían acercarse los visitantes del centro de ébola. Se quedaron inmóviles. El bebé tenía dieciocho meses, se llamaba Ibrahim y era un milagro.

Cuando lo conocí, Ibrahim estaba a punto de convertirse en uno de los supervivientes de ébola más jóvenes de la historia. Si en aquellos días de caos y sistemas sanitarios desbordados en Sierra Leona, Guinea y Liberia la cepa del virus era un vals con la guadaña, con hasta un 62 por ciento de mortalidad, entre los menores de cinco años las posibilidades de sobrevivir eran prácticamente nulas. Ibrahim se aferraba a la vida en aquel centro de Médicos Sin Fronteras de Kissy, a las afueras de Freetown, junto a pacientes deshechos por la fiebre, las hemorragias o la diarrea. Cuando tenía fuerzas suficientes, Ibrahim correteaba torpemente entre cubos de plástico rojos, lonas azules y pasillos con el suelo sucio. Ibrahim había vivido aquel horror prácticamente solo. Al tratarse de un virus muy contagioso, que se transmite al entrar en contacto con cualquier fluido de un enfermo, solo los médicos y enfermeros podían acercarse a la zona, protegidos con trajes especiales que se quemaban después de cada visita. Los sanitarios le ponían todo el corazón posible, pero no había demasiado tiempo para el afecto porque el calor tropical convertía en un horno el interior de aquellos uniformes de plástico. Había que trabajar rápido. Ibrahim pasaba los días con la mirada confundida, tumbado o tambaleándose de aquí para allá y buscando a sus padres sin encontrarlos. Ellos, Mohamed y Kadiatu, lo observaban desde lejos. Como a Ibrahim lo había infectado su abuela, que murió poco después, y sus padres no estaban contagiados, solo podían darle cariño desde la distancia. Iban a ver a Ibrahim cada día y lo vigilaban desde el otro lado de una valla de plástico, a unos

cinco metros de distancia, con la urgencia de quien sí tiene motivos para estar desesperado. De quien necesita un milagro.

Minutos después de quitarse el traje de plástico, ya fuera de la zona de riesgo, Núria Carrera aún tenía las marcas de las gafas alrededor de los ojos y dos mechones de pelo pegados a la frente por el sudor. Teníamos más o menos la misma edad, Núria era de Bolvir, un pequeño pueblo del Pirineo catalán, y enseguida me cayó bien. Era una chica fuerte. Morena y delgada, era una médica comprometida con su oficio y sus pacientes y encajaba cualquier contratiempo —en aquellos días los había a diario— sin gravedad, con una sonrisa limpia y la determinación de quien hace todo cuanto está en su mano para solucionarlo. Ella fue quien me habló por primera vez de Ibrahim. Lo hizo con una predicción arriesgada.

—Tenemos un milagro; hay un niño que va a ser un milagro.

Al principio, Núria no pensó que pudiera ocurrir. Poco después de llegar al centro, Ibrahim se arrastraba por el suelo y estaba tan deshidratado que el *shock* era inminente. Parecía uno de los miles de casos de niños que sucumbían a la enfermedad en poco tiempo. Hasta que un día lloró. Aquel llanto lo cambió todo. Cuando Núria escuchó gimotear a Ibrahim, supo que se iba a salvar.

—Ibrahim lloró el día que ingresó, pero después estaba tan mal que ni siquiera tenía fuerzas; hasta que un día volvió a llorar y pensé: «Ya vuelve a ser un niño normal».

El centro de tratamiento de enfermos de ébola de Kissy estaba situado en una colina de un barrio humilde y ocupaba las instalaciones de una escuela metodista, vacía desde que se había declarado la epidemia. El recinto, rodeado por una valla, estaba compuesto por varios edificios levantados en una explanada de tierra. Cuando llegué, en la puerta había una muchedumbre y el guarda se mantenía firme en cerrarles el paso. Algunos hombres preguntaban por familiares y otros simplemente curioseaban. Núria prácticamente no se había movido de aquel lugar desde su llegada. Había cuidado a personas contagiadas sin descanso, arrimando el hombro para detener aquella epidemia que avanzaba sin freno.

Dos semanas antes de conocer a Ibrahim, pude percibir la alarma nada más

atterrizar en el aeropuerto de Freetown. En el vestíbulo de llegadas, la gente caminaba deprisa, sin mirarse a los ojos ni detenerse más de lo estrictamente necesario. Enseguida llegaba el olor. Al enfilear el pasillo para la inspección de pasaportes, el cloro, con el que había que lavarse las manos y empapar la suela de las botas antes de acceder a los edificios públicos u hoteles, impregnaba el ambiente con un olor ácido. Aquella pesadilla había cogido al mundo desprevenido. Desde 1976, cuando se documentó por primera vez el ébola en una zona remota de la selva congoleña, jamás se había visto un brote tan letal como el de aquellos días en el oeste africano. La reacción tardía y egoísta de los organismos internacionales, que actuaron tarde y solo cuando la epidemia rozó a los países occidentales, multiplicó el desastre. Hubo más casos y más muertes en la crisis de 2014 a 2016 en África Occidental que en todas las epidemias de ébola anteriores juntas. El brote no solo sacudió países que jamás se habían enfrentado a esa enfermedad —todas las crisis de ébola anteriores se habían producido en África central o del este: los dos Congos, Gabón, Uganda o Sudán—, sino que ocurrió en Estados pequeños, con ciudades abarrotadas y fronteras porosas, a menudo delimitadas por un río o un camino de tierra. El virus se propagó como la pólvora. El sistema sanitario devastado por la guerra o la corrupción fue otra causa del estallido de una emergencia sin precedentes.

La gravedad de la situación se intuía en los pequeños detalles. Mientras esperaba en la fila de visados, una mujer vestida con una bata blanca me apuntó a la frente con una pistola de plástico, que se iluminó y efectuó un pitido a los tres segundos: «36,5 grados, puedes pasar». Aquella mujer actuó mecánicamente, sin sonreír ni hacer comentarios sobre mi origen o mi estancia en su país. Fue otra señal de alerta. En la mayoría de los países africanos, incluso en lugares como el aeropuerto donde todo son prisas, el saludo es innegociable. Aquella altivez era un mal síntoma.

Pese a que sin duda aquella epidemia había desatado una emergencia sanitaria, el ébola había causado también una herida social profunda porque había atacado los cimientos culturales de pueblos históricamente golpeados pero acostumbrados a confiar; habituados a tocarse, abrazarse y bailar cuerpo con cuerpo. De repente, aquel virus había arremetido contra aquello que nos

hace humanos: utilizaba la empatía y la expresión humana —las lágrimas de dolor, el sudor del esfuerzo, la saliva de los besos— para colarse en un cuerpo sano y destruirlo por dentro. Y mandaba un mensaje terrible: cuando un familiar o un amigo enfermaban y requerían cuidados porque convulsionaban por la fiebre en sus camas, cuando más necesitaban un abrazo o una caricia, era cuando más debías alejarte de ellos. En sociedades con tanta calle como la sierraleonesa, el ébola tuvo un impacto brutal porque atacó su esencia más primaria: la vida en comunidad.

Dejó otras huellas menos sentimentales. En aquellos meses se cerraron las fronteras comerciales y la economía colapsó, se aisló a decenas de aldeas, y se acentuó la desconfianza de la población hacia sus gobernantes.

Para entender todo aquello había quedado con Albert Manley, *Wizzy*, un sierraleonés cuarentón y risueño que vivía en Yams Farm, una barriada a las afueras de la capital. El barrio había sufrido casos de ébola, pero, al estar apartado del centro urbano, prácticamente no había recibido atención humanitaria, lo que me permitiría observar el impacto de la crisis más allá del abrigo de las oenegés, que habían llegado en masa al África occidental. Aquellos días, además, *Wizzy* tenía tiempo libre de sobra: era entrenador de fútbol de un equipo de jugadores con amputaciones de guerra y el Gobierno había prohibido por ley la realización de actividades físicas o el contacto entre ciudadanos. Un equipo de personas con algún miembro amputado no era una rareza; por todo el país había miles de casos parecidos. Durante los años de guerra, en Sierra Leona se generalizó una práctica inhumana: al asaltar una aldea «simpatizante» del enemigo, como lección los atacantes cortaban brazos, piernas, nariz u orejas a cualquier persona que encontraban. Era un mensaje claro para quien osara no tomar partido: si no estás conmigo, lo pagarás.

Nada más llegar a la ciudad, observé que la ley de no tocarse tenía un cumplimiento escaso. *Wizzy* vino a buscarme al puerto —el aeropuerto está construido en un estuario y hay que coger un ferri para llegar hasta Freetown— con Musa, un conductor de mototaxi con gafas de sol redondas, el pelo lleno de rastas cortas y pinta de matón. Los tres, bien pegados y sin casco, partimos hacia su casa.

En cuanto Musa arrancó, me arrepentí. En la primera recta se cambió de

carril, se plantó delante de un camión que venía a toda velocidad en dirección contraria y, en el último instante, dio un acelerón para colarse entre dos coches. Dio más gas. A los pocos segundos, vio de nuevo un hueco —es un decir—, se pegó al lateral del vehículo de delante y lo rebasó como un rayo, rozándole el retrovisor.

—*We are not in a hurry, my friend!* —le grité para pedirle calma, pero él se lo tomó a guasa. Soltó una risotada y volvió a acelerar.

A esas alturas, yo ya andaba pegado a la espalda de Musa como una garrapata con vértigo, encajado entre él y Wizzy, y rezando para no tener un accidente y comprobar desde dentro el colapso de los centros médicos del país.

En realidad, la conducción chulesca y kamikaze de Musa apuntaba a las cicatrices del país. Tras el fin de la guerra en 2002, unos 72.000 combatientes, 7.000 de ellos niños soldados, se acogieron a un proceso de desarme y reintegración. La mayoría regresaron a sus hogares en zonas rurales o áreas de diamantes, pero algunos de ellos habían cometido tales atrocidades —antes de alistarlos, a veces los obligaban a asesinar a sus padres o a comerse el corazón de sus vecinos— que prefirieron el anonimato de la capital: fue así como se originó el fenómeno de los mototaxis, una forma de transporte habitual en otros países africanos pero casi inexistente antes de la guerra en Sierra Leona. Fue una salida laboral para miles de exguerrilleros —algunos cambiaron literalmente su fusil por una motocicleta— y una forma barata de pasar el mono. La velocidad y los adelantamientos imposibles eran su dosis diaria de adrenalina y combatían la nostalgia de los días de cocaína y pólvora. Fue uno de los primeros consejos que Wizzy me dio al llegar a la ciudad: mejor no discutas con los chicos de las motos.

Cuando vi una recta despejada, pregunté a Musa a bocajarro si se podía comparar el horror de la epidemia de ébola con el de la guerra civil. Ladeó la cabeza y fue escueto.

—*No fucking way, bro. War is war.*

Al cabo de unos minutos llegamos a Yams Farm. En el barrio había varias casas en cuarentena y solo en el último mes habían muerto de ébola 53 vecinos. La casa de Wizzy era una construcción sencilla, de una sola planta y

paredes grises. Era humilde y, lo descubrí al llegar, no tenía agua corriente. En otra ocasión habría sido un contratiempo sin importancia, pero en un contexto como aquel, con el virus del ébola campando a sus anchas, no poder ducharme o limpiar el material después de todo el día en contacto con zonas de riesgo me parecía una mala idea. Empecé a sudar. Wizzy, que quizás notó mi nerviosismo, me acompañó al cuarto donde iba a dormir en los próximos días.

—No tienes nada de qué preocuparte, en esta casa estamos bien.

Aquella noche no pegué ojo.

Al día siguiente había quedado con Agus Morales, un buen amigo periodista que en aquella época trabajaba en Médicos Sin Fronteras, para ir a dar una vuelta por Kroo Bay y Mabella Town, los dos principales barrios de chabolas de la capital. Aquellos suburbios superpoblados, donde la basura se acumulaba en los rincones y el olor a excrementos se mezclaba con el del sudor y el del pescado ahumado, eran el mayor foco de contagios de ébola del país. En cuatro meses, los casos sospechosos de infección en esos dos barrios habían pasado de 79 a más de 3.000. La política gubernamental de no tocarse sonaba a chiste malo en aquel laberinto de paredes de uralita, callejuelas atestadas y puestos de comida callejera.

Desde lo alto de una colina se podía divisar todo el barrio de Mabella. Frente a nosotros se abría un arenal de techos oxidados de hojalata y empalizadas de caña atravesado por un canal de aguas fecales. Desde allí arriba, las personas parecían hormigas que se desplazaban de un lado a otro en un frenesí desordenado. Agus percibió un punto junto al riachuelo de aguas negras donde se había reunido un grupo de gente.

—¿Vamos a ver?

Cogí la cámara y el trípode y, tras bajar una cuesta embarrada, descubrimos el motivo del alboroto. En mitad del río fecal, junto a unos cerdos que hundían el morro entre la basura, había un cadáver en avanzado estado de descomposición. Nadie sabía si había muerto de ébola, pero una mujer oronda opinaba que alguien se había deshecho del cuerpo río arriba y la corriente lo había arrastrado hasta allí. Avancé como pude hasta primera línea y grabé unas tomas con el pulso hecho unas maracas. Absolutamente nadie cumplía la ley del Gobierno de no tocarse. Un chico me tiró de la camiseta

para que me pusiera a su lado, donde se veía mejor, y unos niños me mostraron la palma de la mano para que les chocara los cinco. «*Hey, my friend, give me five!*» Unos metros más allá, un joven lanzó una piedra a uno de los cerdos que se había acercado a olisquear la columna vertebral del cadáver, que sobresalía del agua en forma de arco, y no salpicó por poco a los que miraban al otro lado, que le mandaron recuerdos a toda su familia en lengua criolla. Los vecinos decían que habían llamado varias veces a emergencias para que se lo llevaran, pero nadie había venido y ya no creían que fueran a venir. Si había muerto por ébola, aquel cuerpo era una bomba mortal porque la carga de virus llega a su punto máximo en el momento del fallecimiento, y manipular o acercarse al cadáver supone un riesgo de contagio superlativo. Me giré y Agus y yo nos entendimos sin hablar: había que largarse de allí.

Aquel caos alrededor del cadáver de Mabella explicaba por qué el ébola castigaba especialmente a los pobres. La guerra civil empujó a refugiarse en la ciudad a miles de campesinos, que ahora se hacinaban en barrios insalubres, sin posibilidad de protegerse del virus con las medidas de higiene más elementales. Por si fuera poco, las tradiciones locales habían agrandado el problema. Mientras que para los europeos el funeral tiene que ver con el respeto y el pasado, con el acto de despedir a una persona, en Sierra Leona el funeral tiene una relación indisoluble con el futuro. Si no se realiza correctamente el ritual, si se ignoran las leyes del traspaso al mundo de los espíritus, el muerto vaga por la tierra eternamente y maldice a la comunidad. De modo que, pese a la prohibición gubernamental —con penas de cárcel para quien celebrara funerales clandestinos—, la población seguía realizando entierros fuera de control.

La importancia de esos rituales funerarios para la población local fue uno de los mayores fallos de cálculo al inicio de la lucha contra la epidemia. En la región, tanto musulmanes como cristianos lavan el cadáver y lo perfuman y abrazan antes de despedirlo —envuelto en una tela blanca los primeros, en un ataúd de madera los segundos—, así que los ritos al difunto fueron uno de los principales focos de infección. Algunas etnias celebraban una ceremonia en el lugar de la muerte y otra en la tierra de nacimiento del fallecido, adonde transportaban el cadáver, por lo que el virus viajó a lomos de esas

costumbres. Además, durante los peores días de epidemia, el colapso sanitario significó que los hospitales, saturados y con pacientes por el suelo, transferían a los enfermos a otros lugares sin realizar un seguimiento del destino. Al morir, cientos fueron enterrados en fosas anónimas o incinerados, y las familias ni siquiera sabían adónde había ido a parar su ser querido. La desinformación dio alas a los rumores de que los extranjeros estaban haciendo negocio con los órganos de los muertos o que los propios enfermeros contagiaban a más pacientes para no perder sus trabajos.

Las creencias en espectros, magia negra y mitos, incluso mediante sociedades secretas que vertebran la vida de los sierraleoneses, fue otro punto de desencuentro en la lucha contra el ébola. Tuve ocasión de comprobarlo aquella misma tarde en Mama Beach, una playa larga, de arena blanca, a las afueras de la capital. Un pescador me aseguró que ninguno de sus colegas había enfermado porque un hechicero los había protegido con un consejo infalible: bañarse con agua salada entre las dos y las tres de la mañana. Aquel mismo hombre de manos callosas y bíceps de acero explicaba que en aquella playa no todos los que morían en el mar sufrían un accidente. Algunos eran asesinados por un ser espectral.

—Si mientras estás buceando te cruzas con el espíritu del mar y lo miras a los ojos, te lleva con él para siempre y no te deja salir jamás. Él se te lleva.

Al regresar a casa de Wizzy después de aquel primer día, seguían temblándome las manos. Al principio pensé que era consecuencia del calor o quizás del cansancio del viaje en avión, de la falta de sueño o de andar todo el día de arriba para abajo, pero cuando revisé las imágenes en el ordenador, vi claro que aquello no podía seguir así: no valía ni una sola de las tomas de vídeo. En todas me temblaba demasiado el pulso.

Miré a Wizzy, que me observaba desde el otro lado del salón, sentado en el sofá, e intuía lo que estaba a punto de decirle. Sonrió antes de que se lo dijera.

—Lo siento, Wizzy, necesito irme de aquí y alejarme de Freetown.

En aquel momento viví aquel miedo como una derrota. Con la perspectiva del tiempo, sé que, si no hubiera sido por aquella decisión, jamás hubiera ido a la ciudad de Moyamba, a dos horas de la capital. Y entonces nunca habría

tenido entre mis manos aquel poema.

Cuando Lena mordía la nariz roja de *Mic*, las piernas del peluche se quedaban colgando como si fueran espaguetis hervidos. Era su muñeco preferido. El juguete tenía la cabeza grande y naranja, unos zapatos de tela blanca y las orejas verdes. No era un muñeco sofisticado: no tenía luces ni ninguna cosa especial; solo sonreía y tenía una espiral dibujada en el ombligo. Era el protagonista de una serie de televisión y cuando sonaba la música de la cabecera, Lena se quedaba hipnotizada.

*Fa el mico, s'enfila  
i dorm a l'hamaca.  
Quan va amb bicicleta...  
Pedala, pedala!*

Lena aplaudió divertida cuando vio aparecer en la pantalla de mi móvil al muñeco de colores sobre un triciclo acompañado de una mosca hecha de alambres.

*Un nino de llana  
és el meu amic.  
Anem a jugar?  
Farem...  
Mac, mec, mic!*

Dejé a Lena ensimismada con la música y cogí el papel de la mesita de noche. Lo desdoblé con cuidado y empecé a leer. Probablemente era uno de los regalos más preciados que me habían hecho nunca. El poema empezaba así.

Me siento en la cama de mi habitación  
Y las lágrimas empiezan a rodar  
No han parado de caer en dos meses.

La primera vez que vi a Abi Ngegba, estaba sentada en una piedra frente a un centro de tratamiento de ébola en la ciudad de Moyamba. Aunque acababa de cumplir diecisiete años, Abi tenía cara de niña, si es que es posible que una niña tenga los ojos tan tristes. Escribía ausente en un papel y cuando la interrumpí para saludarla, bajó la mirada enseguida. Por vergüenza, pensé al principio, por tristeza quizás. Le pregunté qué hacía allí y me respondió como solo se puede responder una pregunta absurda en un lugar así: con un puñetazo de palabras en el mentón.

—Mi hermano mayor, que era doctor, está muerto. Mi hermano Samuel, que estudiaba derecho, también está muerto. Y mi padre, que era director de escuela, ahora también está muerto. Antes solíamos dar comida a los necesitados, ahora somos nosotros los que mendigamos para poder comer.

Para Abi, lo peor del ébola no era el pasado ni el presente, era el vacío del futuro. En veintiún días, el virus había matado a la mitad de su familia y había cambiado para siempre su suerte.

No hay nadie a quien pedir ayuda  
Nuestros padres fueron asesinados por el virus  
Y todos nos ven como si estuviéramos infectados  
Oh, Ébola, ¿qué nos has hecho?  
¿Por qué nos has escogido para ser huérfanos?

Apenas unos meses atrás, Abi habría sido considerada una chica con suerte en Sierra Leona. Una privilegiada. Vivía en una casa con un pequeño patio trasero, comía tres veces al día e iba a la escuela con una mochila nueva cada curso. Era una adolescente normal. Había crecido en el seno de una familia numerosa y fuerte, de seis hermanos, y habían superado juntos episodios negros como la muerte de su madre tres años atrás. Pese a aquella ausencia, su padre se esforzó en que todos sus hijos pudieran estudiar. Director de la escuela de Moyamba, el hombre estaba decidido a que el destino de todos sus vástagos estuviera entre los libros. Lo había logrado ya con los tres mayores. Joseph se había convertido en uno de los pocos cirujanos de Sierra Leona, un tesoro en un país con apenas un médico por cada 50.000 personas, y tenía un buen empleo en un hospital de la capital. Samuel

estaba a punto de terminar la universidad para ser un brillante abogado, y el tercero de los varones, Lanphia, recién iniciada la veintena, estudiaba enfermería. Las chicas debían seguir la misma senda. Tanto Abi como su hermana mayor Haja, de dieciocho, o la benjamina de la familia, Josephine, también iban a estudiar en la universidad, porque sí, porque en su casa era lo normal y nadie le da muchas vueltas a la normalidad. Fue Joseph, el orgullo familiar, el chico apuesto que con su sueldo de cirujano ayudaba a su padre a pagar las tasas escolares de sus hermanos, quien siempre tenía un rato para jugar con Josephine cuando regresaba tarde a casa, el que sonreía feliz el día de su graduación desde una foto colgada en el comedor, quien no se asustó cuando llegó el primer contagiado, quien no abandonó cuando el sistema colapsó de enfermos moribundos, el que se quedó para ayudar porque era médico y era su deber —si no, ¿quién?—, el hombre que no huyó cuando todo se hundía, fue Joseph, maldita sea, quien trajo el infierno a casa: fue el primer caso de ébola de la ciudad de Moyamba.

Ébola, no eres más que una vergüenza  
Y una desgracia para la humanidad.  
¿Cuándo crees que las lágrimas dejarán de brotar?  
A todos los huérfanos como nosotros:  
Por favor, seamos fuertes y valientes,  
y luchemos juntos contra nuestro enemigo: el ébola.

Sin sospecharlo, todas las caricias y besos que dieron a Joseph para reconfortarlo, todos los susurros al oído para que descansara, fueron una condena: él murió días después en casa y contagió a toda su familia, menos a la pequeña Josephine. No habrían podido evitarlo. Cuando su hermano enfermó, con el país en alerta máxima y envuelto en un caos asesino, las autoridades obligaron a toda la familia a encerrarse juntos en casa, les ordenaron no salir del edificio de planta baja, temerosas de que aquellas fiebres altas fueran síntoma de que el virus había llegado a la ciudad. Los sentenciaron. Poco tiempo después, el padre y Samuel, el estudiante de derecho, empezaron a desangrarse. En tres semanas, los tres pilares de la familia, el padre y los dos hermanos mayores, estaban muertos. Encerrados en

las mismas cuatro paredes, Abi, Lanphia y Haja se contagiaron y empezaron las fiebres altas y la diarrea. Un día vinieron a buscarlos y los llevaron a un centro de tratamiento de ébola. Al principio querían separar a Lanphia de sus dos hermanas, porque él estaba mucho peor, pero ellas se negaron en redondo. Apoyándose en la pared por la fatiga, sin casi fuerzas para hablar y atravesando a gatas los pasillos mugrientos, se las arreglaban para estar siempre juntos.

—Vieron que era imposible separarnos —recuerda él— porque ellas siempre se escapaban para darme de comer, acompañarme a la letrina y animarme. Por eso sobreviví.

Al cabo de unos días, milagrosamente empezó a mejorar. Sus hermanas también. Un tiempo después salieron de aquel centro con el título de supervivientes en la mano.

—Dábamos gracias a Dios por estar vivos —recordaba Abi—, pero acabábamos de perder a tres miembros de la familia en unos pocos días, ¿cómo podíamos estar felices? Sabíamos que nuestras vidas no iban a ser nunca como antes.

Pero Abi ni siquiera imaginaba lo que les esperaba.

Después de superar el virus y recuperarse lo suficiente como para volver a casa, intentaron armarse de valor para soportar el estigma que rodea a los supervivientes y los convierte en apestados. Estaban preparados. Les habían explicado que nadie iba a querer acercarse, por miedo o por precaución, a quien ha tenido el bicho dentro. Pero se encontraron con otro dolor inesperado, más desolador incluso que las miradas de temor: el odio. Como su familia había llevado el ébola a Moyamba, varios vecinos los culpaban de las muertes que el virus había provocado a los suyos. En veintiún días, Abi y sus hermanos se habían quedado huérfanos y absolutamente solos. Nadie quería acercarse a ellos porque, por su culpa, la muerte había llegado a Moyamba.

Quizás por esa soledad los hermanos me dejaron que los acompañara tantos días. «¿Quieres venir a casa? Claro, ven.»

Quizás por esa misma soledad, Abi escribía. Desde que era una cría siempre le había gustado plasmar sus pensamientos en un papel. Se quedaba despierta por las noches, encendía una vela y redactaba durante horas en la

mesa de madera del comedor. Solo que antes de la llegada del ébola, los textos eran diferentes: escribía sobre música, la escuela, su profesor preferido o algún amor adolescente. Cuando llegó el virus, las palabras cambiaron, los versos se oscurecieron y los títulos se hicieron amargos. «Ébola, mi enemigo», por ejemplo.

¿Cuándo pararán las lágrimas?

Nuestros corazones pesan por el dolor

Habla, Mr. Destroyer, nuestros oídos están abiertos

Después de sobrevivir al ébola, Abi y sus tres hermanos vivos se acostumbraron a desplazarse a pie. Desde su vuelta a casa, ni siquiera las mototaxis se paraban por miedo a un contagio, así que su vida se reducía al patio trasero de su casa y al centro de tratamiento de ébola de Médicos del Mundo a la entrada de la población. Cada día a las seis de la mañana se levantaban, rezaban juntos en el comedor y caminaban hasta un centro donde su condición de supervivientes los convertía en un tesoro: como su organismo había desarrollado anticuerpos, era prácticamente imposible que se volvieran a contagiar.

Meses antes, y pese al trauma, Lanphia se había plantado en la puerta del centro para decir que quería ayudar. Que sabía ayudar. «Cuando veo el miedo en las caras de los enfermos siento dolor, pero quiero hacer algo.» Antes de contagiarse, a Lanphia solo le quedaba una semana para licenciarse como enfermero, así que después de recuperarse en el centro le permitieron entrar a la sala de riesgo y cuidar a los pacientes. A su hermana Haja la enviaron a otra de las zonas rojas, donde se quemaban los trajes de los médicos, los utensilios de enfermería y otros desperdicios de la zona infectada. Aunque Abi también quería echar una mano —las escuelas estaban cerradas y necesitaban dinero para comer—, le decían que era demasiado joven para trabajar. Igualmente iba cada día con sus hermanos, a ver si le encargaban alguna tarea.

En el centro de ébola de Moyamba, los hermanos se habían ganado el cariño y la admiración de la gente. Para los enfermos eran un salvavidas al que agarrarse.

—A los pacientes —explicaba Lanphia— les digo que yo soy un superviviente, que si comen y beben mucha agua pueden sobrevivir como yo. Intento darles esperanza.

Aquella confianza era crucial. A menudo los enfermos venían de zonas rurales apartadas y, tras contagiarse y desmayarse por la fiebre, eran llevados hasta el centro. Al despertarse, confundidos y debilitados, aparecían en mitad de tiendas, rodeadas de hombres blancos y tipos vestidos de astronauta. Entraban en pánico. Para esas personas, ver un rostro de piel negra detrás de las gafas de protección era un consuelo extraordinario. Lanphia lo sabía.

—Sé lo que han sufrido y por lo que están a punto de pasar; yo estuve ahí. Les digo que soy como ellos, que soy su hermano, y que confíen.

Para Lanphia, ayudar no era una opción: era un deber. Por toda la región había miles de hombres y mujeres íntegros como él. Si el mundo hubiera respondido rápido a la epidemia, el virus se habría contenido mucho antes o no habría llegado a extenderse y se habrían salvado miles de vidas. Hubo la posibilidad. Solo cuatro meses después del primer contagio, Médicos sin Fronteras advirtió que el planeta estaba ante una crisis sin precedentes, gritó a la comunidad internacional que pusiera medios para evitar la catástrofe, y no se los escuchó. La Organización Mundial de la Salud no declaró la emergencia global hasta agosto, cuatro meses después, y para entonces los sistemas sanitarios habían colapsado, con enfermos en el suelo de los hospitales o huidos, sanitarios contagiados y cadáveres descomponiéndose. La parálisis de los líderes mundiales obligó a miles de africanos a dar un paso al frente para sobrevivir y ayudar a otros a conseguirlo. Pese a que algunos tenían los medios para comprar un billete de avión y huir con sus familias a algún lugar seguro, miles de médicos, enfermeros, conductores de ambulancia, psicólogos, comadronas o enterradores decidieron quedarse a combatir la enfermedad. Ante el olvido del mundo y pese al enorme riesgo —los trabajadores sanitarios en contacto con enfermos tenían treinta veces más posibilidades de contagiarse que la población en general—, hombres y mujeres convencionales se rescataron a ellos mismos y a sus vecinos. Algunos pagaron un alto precio. En los dos años de epidemia, más de 800 trabajadores sanitarios se contagiaron de ébola y murieron 488. Pese al miedo, miles de africanos se

enfrentaron a la epidemia, y ante uno de los virus más inhumanos que existen en la faz de la tierra respondieron con las únicas armas de las que disponían: valor y humanidad.

Cuando le reconocía su valentía, Lanphia se quedaba callado, sin saber qué decir.

Cada tarde, después del trabajo, íbamos juntos a su casa. Al principio, sus recuerdos estaban llenos de dolor. No cabía nada más. Cualquier conversación derivaba en el ébola y sus consecuencias. Con el tiempo, sus respuestas se intercalaron entre partidas de parchís, cuando hacía la colada y escuchaba música en la radio o durante largos paseos por el pueblo. Poco a poco surgieron las bromas. Un día, Abi pinchó a Lanphia porque su novia había salido pitando cuando se enteró de que se había contagiado. Ponía voz de princesa de Disney para imitarla y se desternillaba.

—Juraba que nunca lo abandonaría, aunque enfermara; «¡Te amo, te amo!», pero cuando supo que de verdad tenía ébola, dijo «lo siento, cariñoooo» y ¡salió corriendo!

Y se moría de la risa. Al principio Lanphia ponía una mueca de fastidio, pero acabábamos riéndonos todos porque Abi pestañeaba sin parar con las manos entrelazadas.

Con el paso de los días, Abi y sus hermanos pasaron de hablar conmigo de enfermedad y muerte a hablar de la vida. A menudo ocurre. Cuando los periodistas nos acercamos a un escenario golpeado por la guerra, el hambre, una catástrofe o una epidemia, las conversaciones giran primero alrededor de la muerte, de la herida. El horror y la urgencia convierten en secundario todo lo demás. Pregunta tras pregunta, las personas son reducidas a su dolor. ¿Cuándo huiste? ¿Cuántos de tus hijos han muerto? ¿Cuándo te reclutaron? ¿Qué ocurrió cuando enfermaste? Ellos se convierten en hombres refugiados, esclavos o rebeldes; ellas en mujeres violadas o viudas, los niños en soldados o víctimas de abusos. O en supervivientes de ébola. Esas heridas son, además, lo que más diferencia al lector occidental de ellos, los africanos; el dato que más nos aleja, porque nosotros no huimos, nosotros no somos obligados a disparar, nosotros no morimos. Pero si la pausa vence y si se dedica el tiempo suficiente, de esa cicatriz afloran las historias ocultas debajo de tanta tristeza;

surge la dignidad de lo cotidiano. Las veces en que se habla de la felicidad al contar África son rarísimas porque se habla demasiado de dolor y poco de seres humanos. Si más allá de contar el sufrimiento, las conversaciones giran también alrededor de la vida, algo mágico ocurre: la superviviente se convierte en una niña que odia las espinacas, que baila y canta y que hace trampas al parchís cuando su hermana no mira. Que tiene problemas, miedos y dudas, por supuesto, pero sueños también. Como nosotros.

A veces, también, solo había tristeza. La última habitación antes de salir al patio, al fondo de un pasillo corto, tenía la puerta cerrada y todos los hermanos evitaban entrar. Al tercer día, Abi me llevó hasta allí. A la izquierda, pegada a la pared, había una pequeña cama y a su lado una mesa estrecha de madera sobre la que había un reloj de pulsera negra.

—Es la cama de papá —dijo Abi—, estuvo en ese colchón hasta el final.

No me había dado cuenta de su presencia, pero Lanphia se había colocado detrás de mí y fue como si él quisiera expiar también aquel recuerdo. Señaló un punto al lado de la cama y habló pausadamente:

—Allí es donde se cayó por última vez.

Abi abrió un cajón y sacó una foto de su padre. El hombre estaba de pie, vestía un traje gris y miraba a la cámara serio, con los brazos rectos y estirados. Abi acarició la foto, susurró que su padre era un buen hombre y la volvió a guardar en el cajón.

Lanphia aún no sabía cómo hacerlo, pero sentía que debía tomar las riendas; sin sus padres y sus dos hermanos, se había convertido sin esperarlo en el mayor. Se sentía responsable de sus hermanas. El trabajo en el centro de tratamiento de ébola había solucionado momentáneamente las premuras económicas, pero sabía que no iba a durar. Cuando los contagios se redujeran y terminara la epidemia, las oenegés dismantelarían los campamentos y se irían. Con su sueldo, además, apenas llegaba para pagar los gastos de todos, e iba a ser imposible pagar las tasas escolares o universitarias cuando se retomaran las clases, suspendidas por la epidemia. Lanphia había tomado prestado el deseo de su padre: quería que sus hermanas estudiaran.

—Derecho, medicina, lo que quieran. Pero ¿cómo?

Dejé atrás un cielo azul salpicado de nubes blancas, me guardé el poema en el bolsillo trasero del tejano y bajé las escaleras hacia la sala de actos del Instituto Joan Boscà de Barcelona. El último día en Sierra Leona, Abi había decidido regalarme la hoja donde había escrito aquellos versos tristes. La tarde antes de mi marcha le había dado a Abi un pájaro kiwi neozelandés de peluche, una bola de pelo gris con un pico amarillo de aguja, que era uno de los juguetes favoritos de Lena. Abi no tenía ni idea de que un ave así existiera y le hizo gracia su pinta de bicho torpón.

—Lo llamaré *Kiwi*, por supuesto —dijo.

Al día siguiente, al ir a despedirnos me alargó el poema y se disculpó por no tener nada más.

Habían pasado varios meses desde mi viaje a Sierra Leona cuando salté el último peldaño de las escaleras y entré en el salón de actos de aquel instituto barcelonés. En el último momento había decidido llevar aquel papel de Abi para enseñárselo a unos chavales de su edad. La culpa había sido de Josep Maria Descarrega. Era profesor de Geografía Humana en aquel centro público y me había escrito días antes para pedirme si podía dar una charla sobre África a sus alumnos de tercero de ESO, que habían estado trabajando algunas de mis crónicas en clase. No nos conocíamos, pero me contagió su entusiasmo y me pilló con un hueco en la agenda. En la sala, una treintena de adolescentes ocupaban las primeras sillas frente a un escenario. Charlamos de África en general y también del ébola, que había sido uno de los temas informativos de primer orden en España meses antes, sobre todo después de que la enfermera española Teresa Romero se convirtiera en la primera persona en contagiarse de ébola fuera de África, las autoridades decidieran sacrificar a su perro *Excalibur* y se montaran manifestaciones de protesta. Les conté la historia de Abi, sus ganas de estudiar y el privilegio que significa ir a la escuela. Que ella y sus hermanos querían hacerlo, pero no podían, y que darían un brazo por estar en un instituto como ese. Los chavales, muy atentos y despiertos, aguantaron la chapa de buena gana y preguntaron sin parar. Antes de marcharme me quedé charlando con un grupo que tenía más preguntas todavía.

Fue el propio Josep Maria quien me llamó días después, con más

entusiasmo aún que la primera vez.

—Me han dicho que quieren ayudar a Abi.

Sus alumnos, me explicó, iban a organizar una fiesta solidaria, con venta de pasteles y lotería, teatro y otras actividades, para recolectar dinero para los estudios universitarios de Abi. Y a final de curso cumplieron lo prometido: recaudaron 2.500 euros para pagar la matrícula del primer año de carrera de Administración y Finanzas de Abi en la Universidad de Sierra Leona. Era dinero suficiente para costear también su alquiler y manutención en la capital.

Aquel gesto se convirtió en un aprendizaje para aquellos alumnos barceloneses, que, a través de Skype o WhatsApp, mantuvieron el contacto con Abi y supieron qué significaba vivir y estudiar para un huérfano de ébola en Sierra Leona. «El regalo ha sido para ellos», decía Josep Maria.

En realidad lo fue para toda la escuela. Aquel profesor, uno de esos miles de maestros que con su pasión y entrega diaria contagian las ganas de aprender a sus alumnos, decidió que cada nuevo curso los estudiantes de 14 y 15 años se harían responsables de que no se cortara la ayuda para Abi. Algunos alumnos de aquel primer curso quisieron seguir vinculados a su amiga sierraleonesa, pero durante los años siguientes el compromiso recaía en los chicos y chicas de tercero de ESO de la escuela. Y no fallaron.

Tres años después de nuestro primer encuentro en Sierra Leona, Abi me escribió un mensaje de WhatsApp al día siguiente de sus últimos exámenes. Me dijo que, aunque estaba sola en Freetown, la ciudad era tranquila y *cool*, que el estigma casi había desaparecido y ya nadie la miraba de reojo. Que el ébola era pasado, aunque a veces era difícil olvidar, pero que lo llevaba bien. También me explicó que Lanphia estaba trabajando en el hospital público de Moyamba y Haja había decidido estudiar enfermería. Y que la benjamina, Josephine, iba a terminar ese año la secundaria.

Antes de despedirse me mandó una foto de *Kiwi*, el peluche de Lena.

—¡Mira! Aún tengo a *Kiwi* conmigo —escribió.

Y yo aún tengo el poema, Abi.

# EL ÚLTIMO GUERRERO EN PIE

## Senegal

Kim Manresa venía de otro mundo y yo pensaba que ojalá hubiera vivido en él. Era nuestro primer viaje juntos, estábamos a punto de despegar hacia Dakar, la capital de Senegal, y yo entonces era un periodista veinteañero con más hambre de contar historias que paciencia. Me había preparado concienzudamente el viaje. Bajo el brazo llevaba una carpeta a rebosar de papeles para repasar en el avión. Al tomar asiento, Kim, que tiene veinte años más que yo, se la miró de reojo.

—¿Qué llevas?

—Documentación y reportajes del lugar de destino que he encontrado en internet —contesté.

Kim amagó con darse por satisfecho con mi respuesta, pero era una artimaña para que me confiara.

—¿Reportajes para qué?

—Bueno, para mirar enfoques, sacar ideas de posibles temas, ese tipo de cosas.

Aquí no dejó margen, directamente dio la estocada.

—Pero si lo has visto en la red, es que ya lo ha hecho alguien, ¿no? Mejor vamos a divertirnos.

Nunca he visto a nadie disfrutar tanto de África como él.

Kim no es un fotógrafo convencional. Es un antropólogo con una cámara en las manos y un defensor de las causas perdidas, es decir, de las imprescindibles. Es un fotorreportero excepcional porque tiene ética y escogió su oficio casi sin querer: no utiliza la cámara para retratar sino para acercarse a los demás. Es también caótico, despistado y confunde a menudo fechas y nombres. Un tipo entrañable, vaya. Lo mejor es que Kim no da lecciones: te las muestra. Con él aprendí que la principal herramienta de nuestro trabajo son unos ojos y unos oídos abiertos. Y que, como en la vida, para un reportero crecer es cambiar de preguntas.

Debió ser en nuestra quinta o sexta noche en Senegal cuando vivimos juntos cómo casi se hunde Dakar.

El estadio estaba lleno a la africana, los policías de la entrada repartían porrazos para controlar a las masas y la gente se lo tomaba a guasa. En la puerta, un guarda orondo gritaba que ya no cabía nadie más y empujaba con furia a dos chicos sudorosos en primera fila de la multitud. El uniformado embestía con todas sus fuerzas, pero aquel muro humano no se movía ni un milímetro.

Cuando vi aquel caos pensé que jamás conseguiríamos entrar. A mi lado, Moussa ni se inmutó. Me cogió de la mano, se vistió de kamikaze y se lanzó contra la masa humana. A mi espalda, agarrado a mis hombros, Kim parecía disfrutar con aquella locura. Aún no sé cómo, pero Moussa se abrió paso entre la gente y al llegar delante de una puerta lateral, tiró de galones. En cuanto el vigilante lo vio, se echó a un lado y nos dejó pasar. Moussa era representante de Youssou N'Dour, el músico más famoso de Senegal y uno de los artistas más populares del continente africano. Sus canciones sonaban por todas partes, especialmente en los barrios humildes, y él había respondido con fidelidad. Aunque, como le aconsejaban los gurús del negocio, podría haberse ido a vivir a París, Nueva York o cualquier parte del mundo para impulsar todavía más su carrera musical, le tiró más su apego a las calles donde, de crío, vendía casetes de música pirata para poder comer. N'Dour tenía un

imperio: era dueño de un periódico, de una emisora de radio, de una discográfica, de un estudio de grabación, de un club nocturno y de un canal de televisión. No tardaría en meterse en política. También tenía buen ojo con sus colaboradores. Moussa, su mano derecha, tenía ese desparpajo barriobajero que, sin saber muy bien por qué, a veces en las élites cae de pie.

Habíamos conocido a Moussa porque íbamos a entrevistar a N’Dour para un reportaje en el dominical del periódico sobre música senegalesa, una de las escenas artísticas más importantes de África Occidental junto con las de Mali —por lo menos antes del avance yihadista— y la de Costa de Marfil. La historia de Senegal siempre ha estado ligada a la música y al fervor cultural. Las dos figuras intelectuales más importantes del Senegal moderno, el poeta y primer presidente del país Léopold Sédar Senghor y el historiador, escritor y matemático Cheikh Anta Diop, pusieron en el mapa occidental la estrecha relación entre las artes y la cultura popular senegalesa. El terreno estaba abonado desde antes. Fértil en ritmos, el país es un cruce de pueblos —no es casualidad que sea uno de los países africanos con mejor convivencia entre musulmanes y cristianos— donde modernidad y tradición se mezclan sin contención. Músicos como Ismael Lô, Baaba Maal, la Orquesta Baobab, Coumba Gawlo, Thioné Seck, Omar Pene, Kiné Lam o Daara J son ejemplos de una identidad múltiple y vibrante que se extiende al cine, la literatura, la pintura o el estilismo.

Como la entrevista con N’Dour se canceló varias veces, Moussa se ofreció de cicerón para suavizar los días de espera. Quería enseñarnos cómo latía Dakar. Caminamos durante horas por la ciudad, envueltos en el sonido constante de los cláxones, el color de las paredes grafiteadas y el aroma a fritura de los puestos de comida callejeros. Como ocurre en todas las grandes urbes africanas, los edificios altos y modernos convivían con comercios instalados en las aceras por campesinos urbanos y quiosqueros que tendían los periódicos con cuerdas al sol. Una tarde, mientras cenábamos cordero a la brasa en un garito de carretera, Moussa propuso aquel plan. Fue parco en detalles.

—Si venís, no lo olvidaréis.

Kim y yo accedimos, y Moussa salió a la calle para pedir un taxi. Como

única indicación le dijo al conductor que íbamos al estadio. El tipo asintió, nos subimos los tres y aceleró. A medida que nos acercábamos, empezamos a intuir la magnitud del evento. Adelantamos a cientos de personas que avanzaban en la misma dirección.

Dos minutos después, habíamos atravesado a pie una marea humana ansiosa por acceder al estadio y estábamos dentro.

Las gradas estaban desbordadas y olía a tierra, humedad y expectación. Una docena de percusionistas tocaba tambores y varias mujeres entonaban temas tradicionales. La cantante Mayé Ndeb, una celebridad local de mofletes rotundos, bajó al rectángulo de arena micrófono en mano y encadenó varios versos en wólof. El público enloqueció. Algunos hombres lanzaban billetes sobre la mujer, envuelta en un vestido azul eléctrico y un turbante a juego. Si el mecenas era generoso, Ndeb detenía el canto y con el fajo de billetes entre los dientes, se ponía a danzar. Enseguida aparecieron los luchadores. De un lateral surgieron hombres musculosos en pantalones cortos, descalzos y con amuletos atados en los brazos y las piernas. Eran colosos. De casi dos metros de altura y gesto amenazante, se daban golpes salvajes en los pectorales desnudos para amedrentar al rival. De vez en cuando se agachaban para coger un puñado de arena y restregárselo por las manos y las piernas. El estadio tronó: estaba a punto de empezar el mayor combate de lucha senegalesa del año.

El fútbol, que se sigue con fervor en África, no ha conquistado todos los rincones de Senegal. El *laamb* o lucha tradicional senegalesa es el deporte rey en un país que siente devoción por sus gigantes. Tradicionalmente se celebraba tras la temporada de lluvias y el vencedor se llevaba un cordero o una vaca; pero los tiempos modernos habían convertido a aquellos campeones en héroes de la nación, por lo que, además de gloria, ahora ganan mucho dinero. Tenían, eso sí, que estar dispuestos a escupir sangre en la derrota: pierde el luchador que toca el suelo con la espalda, el culo o la cabeza; vence el último que queda en pie.

Como en la grada no había un alfiler y Moussa tenía buenos contactos, nos sentamos en el suelo, al nivel de la arena. Kim aprovechó la libertad y se perdió con la cámara entre los percusionistas, las bailarinas y los luchadores. Yo me quedé embobado, envuelto por el ritmo, los alaridos esforzados de los

deportistas y los gritos de entusiasmo de la multitud. Cuando no estaban compitiendo, los luchadores realizaban danzas tradicionales alrededor del ring. Balanceaban sus hombros y caderas al son de los tambores, en una liturgia a medio camino de la diversión, el calentamiento de los músculos y la intimidación del rival.

Moussa percibió mi fascinación.

—Esto es mejor que el fútbol, ¿eh? —dijo.

Yo sonreí y él continuó.

—¿Y sabes por qué es mejor? Porque esto es nuestro.

Al día siguiente aún nos retumbaba el sonido de los tambores en los oídos cuando cogimos un taxi desvencijado para cruzar la ciudad. Como parte del reportaje musical, habíamos quedado para comer con Numukunda Cissoko, miembro de una extensa familia de *griots*. Músicos natos, los *griots* son una suerte de juglares que conservan la historia a través de la tradición oral. A lo largo de los siglos, estos narradores pertenecientes a castas especializadas han usado cuentos, poemas y canciones para relatar gestas guerreras, recorrer genealogías que se pierden en la memoria de los tiempos o transmitir acontecimientos que conforman la identidad de los pueblos. Aún hoy, los mejores *griots* son una pieza indispensable en bodas, fiestas o celebraciones y se desplazan por los pueblos para recitar la historia del apellido de cada familia o recordar el origen de las tradiciones de la región.

A medida que el taxi se adentraba en el barrio, el conductor debía esquivar corderos que deambulaban por las calles polvorientas o detenerse para que los vecinos apartaran las sillas que habían dispuesto en corro frente a sus casas para charlar. En cuanto frenó el vehículo, nos recibió Cissoko. Era un hombre corpulento, de rostro redondo, que estrechaba la mano como si se la quisiera quedar de recuerdo. Sus colgantes de plata y anillos dorados en los dedos anunciaban que su trabajo como *griot* no era incompatible con su otra pasión: el hip hop. Aunque queríamos hablar de música, nos cortó.

—No se puede conversar con la barriga vacía. Mi esposa ha preparado arroz.

Cissoko era padre de siete hijos y defendía que el hip hop, si mantenía su raíz contestataria y de lucha por la cultura africana o los derechos de la gente,

podía servir como forma de expresión de su oficio de *griot*. No le gustaban los videoclips de tipos duros con chicas moviendo el culo a su alrededor y se lamentaba porque las estrellas africanas hubieran copiado la ostentación de los clips estadounidenses, pero sí veía la utilidad del hip hop para que los más jóvenes escucharan. En su caso, la mezcla de modernidad y tradición era literal. Diaria. Como cada tarde, había quedado con varios familiares y amigos para ensayar canciones tradicionales. Cissoko nos pidió que nos pusiéramos cómodos y tuviéramos paciencia.

—Valdrá la pena esperar.

Y valió la pena.

En cuanto el sol descendió, el patio de cemento de la casa se convirtió en un escenario improvisado. Primos, tíos y abuelos aparecieron en la puerta cargando yembés, guitarras, koras —un instrumento tradicional de cuerda— y un balafón, una especie de xilofón hecho con listones de madera rectangulares y calabazas huecas. A un lado, los hombres empezaron a recitar versos antiguos en wólof y a cantar cuentos sobre la historia de la familia; enfrente, las mujeres danzaban. En unos minutos, decenas de vecinos se acercaron a compartir la fiesta. Kim sacó su cámara e hizo varias fotos, pero enseguida se puso a hacer bromas y simular que quería tocar un yembé. Al rato, dejó definitivamente la cámara y se puso a bailar. La gente se desternillaba y algunos niños se pusieron a bailotear con él.

A mi lado, Cissoko lo miraba sonriente, casi en trance y con la cara llena de sudor, y lo animaba a seguir el ritmo. Como vio que yo me descojonaba, me miró satisfecho y se acercó a mi oreja para que pudiera oírlo.

—¿Ves? En África, la música forma parte de la familia. ¡Somos *griots*!

La puesta de sol y las primeras luces encendidas sorprendieron a Kim dando saltos aún al son de ritmos eternos. La gente se reía con él y la fiesta seguía. Y Kim era el que mejor se lo pasaba. Yo lo miraba y pensaba que probablemente nunca iba a volver a ver a alguien que se divirtiera tanto en África. Y en aquel atardecer de Dakar, embriagado por los versos de una familia de *griots*, me propuse disfrutar siempre tanto como él.

## VIDAS SUSPENDIDAS

### Senegal, Gambia y Níger

#### EL CHICO DEL MÓVIL ROTO

Tenía la cabeza cubierta de rastas cortas, la cara estrecha y la nariz ancha. Miraba fijamente a la cámara con la boca entreabierta, amagando una sonrisa que no acababa de serlo. Llevaba una chaqueta oscura, morada en la parte interna del cuello y abierta a la altura del pecho. Alrededor de la cabeza se había colocado unos auriculares o unas orejeras para el frío, no se veía bien porque la pantalla del móvil donde aparecía la imagen estaba rota. O quizás es que la foto estaba borrosa desde el principio. Se llamaba Lamine Deme, tenía veintiocho años y esa fue la última foto que le hicieron antes de que se ahogara en el mar.

Gawane Deme la había recibido una semana antes y sostenía el teléfono para mostrarme a su hermano mayor sin acabar de hacerse a la idea de que nunca más lo volvería a ver.

—Hace tres semanas estaba aquí y ahora está muerto.

A Gawane le habían dado varias versiones de aquel final. Lamine viajaba con una mafia marroquí, esa era la única certeza. Unos le habían dicho que el cayuco estaba cerca de la costa española, y que a Lamine y a dos más les pudo

el ansia y saltaron para llegar a nado. Y no pudieron. Otros le habían asegurado que la embarcación era vieja, tuvo problemas durante la travesía y se averió.

Mientras hablaba, Gawane se había quedado con el brazo extendido, como si enseñar la imagen de su hermano fuera lo único que pudiera hacer después de llorarlo tanto.

—Él al principio no quería ir a España. Su plan era marcharse a trabajar de albañil a Marruecos, pero acabó intentando cruzar el mar por la influencia de sus amigos. Uno del grupo vivía en Europa y lo animó a que lo intentara. Días antes, yo había aterrizado en Senegal con el fotógrafo Edu Ponces para recorrer las rutas migratorias africanas hacia Europa, desde su origen en África Occidental hasta el mar. Era un proyecto de largo aliento por varios países africanos junto a otros colegas como Pau Coll y Toni Arnau, de Ruido Photo —una organización de fotógrafos honestos y comprometidos de Barcelona—, en el que buscábamos entender las motivaciones pero también las consecuencias humanas de uno de los fenómenos más importantes de nuestro siglo. Enseguida nos aconsejaron acercarnos a Thiaroye-sur-Mer.

Situado en la periferia de Dakar, Thiaroye-sur-Mer era un barrio pesquero de calles de arena y gente trabajadora que durante mucho tiempo fue una de las puertas abiertas de la migración hacia Canarias. Las mejores casas del barrio, decían los vecinos, estaban construidas con las remesas que enviaban desde España quienes habían conseguido completar el viaje. No eran la mayoría. En cada hogar, subrayaban también, había por lo menos un muerto enterrado en el mar. Cientos de jóvenes senegaleses habían salido del barrio rumbo a Europa, primero directamente hacia Canarias y luego, cuando la vigilancia costera cerró el paso en el mar senegalés, rumbo al norte, por Marruecos, o hacia el este, a través de Mali, Níger y Libia, por la vía central hacia Italia.

Gawane recordaba a su hermano en el patio de la casa familiar, una estancia modesta pero digna, con los muros de cemento y el techo de chapa. En el suelo había una capa fina de arena blanca de playa y las gaviotas surcaban el cielo y graznaban felices y excitadas cuando veían acercarse un cayuco con las redes llenas de peces.

Al conocer el trágico final de su hermano, a Gawane le costó afrontar dos

cosas. La primera, no poder recuperar el cadáver de su hermano, tres años mayor que él, perdido para siempre en el fondo del mar. La segunda, cómo explicar aquella muerte a la abuela, Faye, de ochenta años.

Faye había criado a Lamine y Gawane como la madre que los dos hermanos nunca tuvieron. Ellos eran muy pequeños cuando la mujer que los trajo al mundo falleció de forma repentina. Faye, con la ayuda de la tía Mariene, se encargó de sacarlos adelante.

La anciana escuchaba a su nieto desde el porche de la entrada, sentada sobre una esterilla, y cuando oyó su nombre se incorporó. Quiso decir algo: su nieto murió un martes. Luego se llevó la mano derecha al antebrazo izquierdo e hizo el gesto de quererlo cortar.

—Cuando murió mi hija, sentí como si me amputaran un brazo sin anestesia. La muerte de Lamine ha sido como si me cortaran el otro, para que entiendas cómo duele.

Gawane sentía pena y también rabia. Su hermano trabajaba de albañil con su padre Alioume y aun así había querido marcharse. Por eso no se confundía a la hora de repartir responsabilidades.

—La culpa es vuestra. Los europeos primero nos esclavizasteis y ahora pescáis nuestros peces y nosotros estamos condenados a una vida miserable.

Hasta ese momento, el cabeza de familia, Alioume, había cedido la palabra a su hijo y había estado todo el tiempo sentado en una silla, pensativo y casi ausente. Ahí ya no pudo más.

—Y los políticos. A mi hijo lo ha matado el Gobierno senegalés. Los presidentes africanos están locos. Tenemos mucha tierra, pero no hay nada para los jóvenes. Ni trabajos dignos ni futuro. Solo hablan, hablan y hablan y nuestros hijos migran y mueren.

Después se hizo el silencio. Gawane asentía y apretaba los labios, como si buscara las palabras exactas. Al final le salió una pregunta.

—¿Tú vives en una casa bonita?

No me esperaba aquella interpelación y me desarmó por completo. Gawane no necesitaba mi respuesta.

—¿Sabes? Yo también quiero eso. Como tú. Una casa buena y ayudar a mi familia, eso es todo. Y aquí no hay nada.

Gawane estaba triste, pero no quería mi compasión: quería no tener que irse. A menudo me incomoda cuando oigo que los periodistas vamos a África para dar voz a quien no la tiene. Los africanos ya tienen voz. Por muy pobres que sean, o ricos, da igual; por muy difícil que sea su situación, todos mantienen intacta la voluntad de protesta, la capacidad de indignarse y el deseo de cambio. El problema no son ellos ni una supuesta ausencia de voz. El problema es que nosotros no escuchamos.

Gawane había pensado en ir a Europa varias veces, pero después de aquello no lo iba a intentar. Al menos, no por mar.

—Solo iría a trabajar si pudiera llegar en avión. Si no, me quedaré aquí.

Absorto en la conversación con Gawane, no me había percatado de que su padre se había marchado sin decir nada. Apareció en aquel momento de nuevo por la puerta con dos pequeñas bolsas de agua mineral fría en las manos. Nos dio una a Edu y otra a mí.

—Para vosotros debe hacer bastante calor, ¿no? —dijo con una sonrisa amable.

Tenía razón. Ya era mediodía y el sol lanzaba sus rayos con furia sobre nuestras cabezas. Justo al lado de Faye, dos gatos habían buscado cobijo junto a la pared y retozaban a la sombra. En el cielo, las gaviotas habían dejado de graznar.

## LOS JÓVENES SE VAN

En Doooboo, una aldea en el centro de Gambia, los ancianos se reúnen cada tarde bajo la sombra de un árbol para conversar y fumar en pipa. Hablan en tono reposado, así que de fondo se oye perfectamente el trino de los pájaros o el balido de las cabras. Los hombres charlan de la rutina: de si los cultivos crecen, de cómo van los achaques de la edad, de si tienen alguna cabra enferma. De si los nietos que se fueron hace meses no han vuelto a llamar.

Doooboo era como casi todas las aldeas gambianas: tranquila, silenciosa, de calles de arena blanca y población anciana. En sus calles no había jóvenes. En prácticamente todos los hogares había algún familiar que había hecho el

*backway*, el viaje hacia Europa, con final feliz o no. Los veintidós años de dictadura de Yahya Jammeh, un iluminado que asesinaba a opositores, amenazaba con matar a los homosexuales como mosquitos y juraba poder curar el sida con una pócima de hierbas, habían dejado al país en caída libre, con una economía en bancarrota, pobreza por todos lados y la mitad de la población joven de brazos cruzados. Pese al desaliento general por tantos años de desastre, Gambia vivía aferrada aquellas semanas a la esperanza del cambio. Una coalición de partidos liderada por Adama Barrow, un próspero empresario propietario de una agencia inmobiliaria, había derrotado inesperadamente a Jammeh en las elecciones de unos meses atrás. El dictador vendió cara su piel: rechazó los resultados y abocó al país a una crisis política que a punto estuvo de acabar con sangre en las calles. El aislamiento internacional y regional al mandatario, y el despliegue de tropas de la Comunidad Económica de Estados de África Occidental (Cedeao) le forzaron finalmente a renunciar a su cargo y exiliarse en Guinea Ecuatorial.

Pese a que el fin de la era Jammeh se había hecho realidad, muchos gambianos ya no podían esperar más. Quien conseguía ahorrar algo de dinero, se marchaba a hacer su *backway*. A veces, la familia o incluso la aldea entera vendía vacas o tierras para costear los aproximadamente 1.500 euros —la mayoría para pagar a traficantes— del viaje a Europa de los más jóvenes.

En Dooon no era diferente. Quien no se había marchado ya, estaba a punto de intentarlo. Después de pasear un rato por el pueblo, me tropecé con tres chicos jóvenes sentados a la sombra frente a una casa. El mayor acababa de estrenar la treintena y se llamaba Adama Dibba. Él habría preferido no estar allí.

—En cuanto tenga dinero, me iré a Europa por la ruta de Agadez (Níger) y Libia. Sé que es peligroso, pero prefiero morir de una vez que ir muriéndome poco a poco aquí, sin nada que hacer.

Adama nunca había tenido un empleo fijo. Sobrevivía haciendo pequeñas faenas intermitentes, alguna chapuza aquí o allá o echando una mano para cargar sacos. Cuando no había trabajo, que era casi siempre, simplemente se sentaba frente a su casa a ver pasar las horas. Para él, lo peor no era el tedio: eran las miradas de los demás.

—Es humillante porque ves que tú no haces nada por tu familia, mientras que otros que se fueron mandan dinero a sus casas.

Antes, cuando había jóvenes, Adama jugaba en el equipo de fútbol de Dobo. De los 22 jugadores, 18 se habían ido hacia Europa. Pero para Adama, esa no era la cifra importante. Había otra.

—Por lo menos quince han llegado.

## TRAFICANTES DE ARENA

Al quinto giro entre callejuelas de arena y edificios de adobe ya no sabíamos dónde demonios estábamos. Nos habíamos metido de lleno en un laberinto de calles estrechas que se retorcían y escupían pasadizos laterales aún más angostos o se estrangulaban en pasillos sin salida. Era imposible orientarse. Dentro del todoterreno hacía un calor asfixiante y a esa hora del día solo los burros y las cabras se dejaban ver en la polvorienta ciudad de Agadez, el último punto del norte de Níger antes de la inmensidad del Sáhara. Como el sol abrasaba, las cabras se colocaban en paralelo a la pared, con la cabeza apurando los últimos centímetros de sombra del mediodía, y mordisqueaban la basura omnipresente en cada rincón. Había plástico por todos lados y, cuando soplaba el viento, trozos de bolsas se enredaban en las ramas de los árboles secos y les daban la apariencia de abetos de Navidad tristes. Al doblar la enésima esquina, Moussa, un nigerino gigantón tubu —una etnia no árabe y seminómada que habita en las fronteras de Níger, Libia, Sudán y Chad—, detuvo el 4x4 delante de un restaurante y se giró hacia nosotros.

—Bajamos aquí.

A mi lado, Pau Coll se ajustó la gorra sin decir nada y saltó del todoterreno. Pau siempre se transformaba cuando agarraba la cámara de fotografiar. En un segundo, aparcaba su temple pausado habitual, afilaba la mirada y fijaba los cinco sentidos en lo que ocurría a su alrededor. Buscaba imágenes, pero su rastreo del instante preciso o de la luz adecuada nunca pasaba por delante de lo importante: se tomaba el tiempo necesario para saludar a la gente. Es, dicho sin ripios, primero un buen tipo; luego, un buen

fotógrafo.

Pau y yo habíamos llegado a Agadez con la sensación de entrar en el ojo del huracán. Desde el año 2011, la ciudad nigerina se había convertido en el principal lugar de paso de cientos de miles de africanos que subían hacia territorio libio para alcanzar Europa. Aunque aún quedaban casi 1.000 kilómetros hasta Libia, y 1.700 kilómetros en total hasta Sabha, que era la primera ciudad importante, a partir de Agadez solo había desierto. La ciudad era una suerte de frontera final. Y sus calles tenían el aroma canalla de los lugares sin ley.

Apenas unos meses atrás, hasta doscientos todoterrenos salían cada día y a la vista de todos a rebosar de migrantes para atravesar el Sáhara. Ya no. Las cosas, al menos en apariencia, habían cambiado. Tras una cumbre en la isla de Malta entre los líderes de varios países europeos y africanos, se había acordado un plan para atajar la migración hacia el viejo continente. A cambio de un suculento fondo de ayudas europeo, las autoridades africanas se habían comprometido a controlar el tráfico de migrantes hacia sus fronteras del norte. Por eso, el escenario había virado hacia la clandestinidad. Bajo el *harmattan* de Agadez se manejaban igual que siempre cientos de migrantes de paso, policías corruptos, bandidos y traficantes, aunque todo el mundo aparentaba que nada de eso existía ya. Era difícil percibir a simple vista su presencia si no sabías dónde encontrarlos. Pero Moussa sabía.

Entramos en un edificio de dos plantas, atravesamos dos habitaciones sombrías y llegamos a un patio interior rodeado de muros de adobe. Allí nos esperaba un tipo alto. Vestía una camiseta de rayas horizontales, un pantalón de pinzas gris y nos dio la bienvenida con una sonrisa rasgada. Se llamaba Adoum. En el cuello llevaba un pañuelo pálido que era a la vez adorno y condición: solo accedería a hablar con nosotros si no salía su rostro en ninguna imagen. Se lio la tela en la cabeza a modo de turbante, se tapó la boca y la nariz hasta solo dejar descubiertos sus ojos y se acomodó en una silla de tiras de plástico azul, amarillo y rojo entrelazadas.

—¿Qué queréis saber?

En un lateral del patio había un somier metálico sin colchón y, justo enfrente, un palomar de madera con una rejilla de alambre en la parte frontal.

La caseta estaba abierta y las aves entraban y salían libremente. En el suelo de la jaula, entre plumas y excrementos, había dos huevos blancos y un par de aves acurrucadas en un rincón. Cuando vio que observaba el palomar, Adoum aprovechó para atacarme con la guardia baja.

—Son bonitas, ¿verdad?

—Sí, me gustan los pájaros —contesté—. ¿Son palomas mensajeras?

—No, las degollamos y nos las comemos.

Adoum no pretendía ser amable; era un hombre de negocios. También un visionario. Quince años antes había sido de los primeros en ver algo distinto en las miradas de los migrantes que llegaban a Agadez. Aquellos chicos jóvenes, recuerda, no querían ir a trabajar temporalmente a Libia como había ocurrido durante décadas; buscaban ir más allá, atravesar el mar. Iban rumbo a Europa. Aquel olfato le hizo rico. Sacó la calculadora. Aunque no tenía medios —«entonces no podía comprar ni una bici»—, abandonó su precario empleo de mecánico y abrazó el tráfico de migrantes por el desierto. Al explicar su negocio, Adoum cumplía el requisito fundamental del buen traficante: negaba ser uno de ellos.

—¿Traficante? Solo soy un pasador de personas. La gente viaja por el desierto desde siempre.

Su suerte, decía Adoum, había cambiado con una muerte. En 2011, la ejecución del dictador Muamar Gadafi en Libia provocó un terremoto en toda la región. La caída de Gadafi no solo llevó a sus miles de mercenarios bien armados y entrenados de regreso al norte de Mali, donde engordaron las filas de los grupos yihadistas del Sahel y regaron de inestabilidad el desierto, sino que también abrió la puerta libia de par en par. De la noche a la mañana, las barreras del país se derrumbaron y se abrió una vía libre en la ruta más directa de África central hacia el Mediterráneo que pasaba por Agadez. Pronto se convirtió en la más utilizada. También en la más peligrosa.

Adoum comprendió que era el momento de invertir. Compró tres todoterrenos y reclutó a una flota de captadores de confianza (intermediarios que buscan a clientes-migrantes) y también de chóferes que se turnaban para atravesar el desierto con las *pick-ups* atiborradas. Ganó una fortuna. De beneficio final, tras pagar sueldos, restar gasolina y mordidas a la policía,

Adoum se sacaba más de 3.000 euros limpios a la semana, más de 12.000 euros al mes. En un abrir y cerrar de ojos se convirtió en un magnate en un país de ahorro improbable —el nigerino medio gana 1.050 euros al año— y se hizo hueco en un negocio que parecía no tener fin. A medida que llegaban más migrantes y la demanda crecía, los beneficios se inflaron aún más. Si al principio el viaje de Níger a Libia se hacía en camión de mercancías y costaba 100 euros, en los tiempos de mayor afluencia —en 2016 pasaron por Agadez hasta 334.000 migrantes— el trayecto pasó a hacerse en 4x4 y el pasaje costaba 250 euros por persona. En poco tiempo se corrió la voz de aquel nuevo El Dorado y llegaron a la ciudad decenas de tipos poco aconsejables dispuestos a sacar tajada del negocio. En el momento más álgido, se repartían el pastel hasta 700 traficantes, algunos llegados a Agadez desde Ghana, Gambia o Nigeria y que trataban exclusivamente con clientes de su nacionalidad. El aumento de las ganancias también disminuyó los escrúpulos. Algunos traficantes subían hasta 40 tipos hacinados en la parte trasera de una ranchera. Adoum afeaba la avaricia de sus colegas, pero tampoco es que él se considerara un Nobel de la Paz.

—Esto lo hago por dinero, no por ayudar. Si no, llevaría al tipo desesperado al que le faltan unas monedas. Y no lo hago.

En aquellos días de discreción obligada, en Agadez no se hacían favores, se hacían tratos. Adoum admitía haber levantado un pequeño imperio sobre la desesperación ajena, pero se refugiaba en el argumento universal de quien no busca hacer pactos con su moral: si no lo hubiera hecho él, decía, lo habría hecho otro.

Oficialmente, él había dejado el oficio cuando la policía le había confiscado meses atrás un todoterreno y detenido a uno de sus chóferes, a quien le habían caído cinco años de condena. Extraoficialmente, simplemente se cobraba los riesgos por adelantado. Ahora exigía 550 euros por cabeza para cruzar a Libia, y siempre salía de noche hacia el desierto.

Con esos euros de más cubría su riesgo, no el de los demás. Como habían aumentado los controles y las multas, se habían abierto nuevas rutas clandestinas en el desierto, con casi 200 kilómetros añadidos de rodeo para evitar a la policía. Como consecuencia, se habían multiplicado los accidentes

y la inclemencia: ante el riesgo de ser atrapados y enviados a la cárcel, algunos chóferes hacían bajar a los pasajeros, les prometían que volverían a buscarlos más tarde y jamás regresaban. Los abandonaban a una muerte segura en el desierto. Desde la implementación de las nuevas leyes de control, la Organización Internacional de las Migraciones (OIM) había realizado más de 50 operaciones de salvamento en el Sáhara y había rescatado a casi 6.300 migrantes. En sus oficinas de Agadez y Niamey, se esforzaban por gritarle al mundo que morían el doble de migrantes en el desierto que ahogados en el Mediterráneo. Aunque eso era imposible saberlo. La cifra —de ser cierta sumaría más de 10.000 cadáveres anuales— no se podía verificar porque la arena hacía desaparecer los cuerpos en pocas horas y, a veces, cuando ocurría un accidente o el todoterreno se estropeaba, ni siquiera se encontraba el vehículo jamás.

Le pregunté a Adoum si ahora tenía más dificultades para encontrar a chóferes dispuestos asumir los riesgos y soltó una carcajada.

—A esos tipos no hace falta explicarles los peligros del Sáhara. Los tuaregs y los tubus son los dueños del desierto y siempre ha sido un lugar sin ley. — Y añadió—: Os están esperando.

Adoum había accedido a que fuéramos a ver a dos de los chóferes que le ayudaban a traficar migrantes, así que nos pasó una dirección en el otro extremo de la ciudad y una indicación precisa sobre uno de ellos.

—No hay nadie que conozca el desierto como Salym.

## COYOTES DEL DESIERTO

Moussa lo hizo a posta, por orgullo. Aunque podría haber cogido otro camino más directo para llegar a casa de Salym, pensó que aquella sería una sorpresa agradable. Actuó sin preguntar: dirigió el coche a la avenida principal y torció a la izquierda en una calle de tierra para que nos la encontráramos de frente, de improviso. Esperó paciente a que dos camellos dejaran el paso libre y señaló hacia el cielo.

—*Voilà, mes amis.*

Delante de nosotros se erigía la imponente mezquita de Agadez, coronada por un minarete de 27 metros de altura, la construcción de barro más alta de mundo. El monumento de arcilla, levantado alrededor del siglo XV, recordaba el esplendor del sultanato de Aïr, que escogió ese punto exacto del desierto, donde antiguamente acampaban los nómadas tuareg durante sus travesías por el Sáhara, para instalar su capital. Las laberínticas calles de adobe del centro eran un legado de aquellos días. La mezquita no era solo una belleza arquitectónica: era la constatación de la grandeza de una ciudad que en el pasado había sido uno de los enclaves de intercambio comercial y cultural más importantes de la Antigüedad.

—Hubo un día que este lugar fue uno de los centros del mundo —dijo Moussa orgulloso.

Cuando se hubo asegurado de que habíamos observado aquella joya de tierra cruda, arrancó de nuevo el motor y, con una media sonrisa de satisfacción en la comisura de los labios, nos llevó a casa de Salym.

Después de unos minutos de trayecto, giramos por una calle ancha y, tras perdernos de nuevo en un barrio popular, llegamos frente a una puerta metálica oxidada. En cuanto Moussa aparcó, apareció sonriente un hombre con un bigote recto enfundado en una camisa azul cobalto. Era Salym.

—Sed bienvenidos, que Alá os bendiga.

A continuación ejerció de tuareg: pidió que nos sentáramos en unas colchonetas enfundadas en telas de leopardo en el suelo del comedor de su casa y sirvió unas tazas de té con menta sobre una esterilla rota. En cuanto nos acomodamos entre los cojines, apareció su amigo Ahmed, que se presentó como tubu, y se sentó justo delante de nosotros.

La habitación era amplia, pero no había mucha luz porque las ventanas estaban cerradas. La pintura azul de las paredes, que había empezado a desconcharse, reforzaba el aspecto decadente de la estancia. No estábamos solos: al fondo de la sala, junto a la puerta, tres niños nos observaban con curiosidad. En cuanto empezaron las preguntas, Salym les ordenó marcharse.

—No quiero que mis hijos oigan estas cosas.

Salym había nacido en el desierto libio, pero al preguntarle por su nacionalidad, alardeó de su origen. Él solo era tuareg; pertenecía al desierto.

Había empezado a trabajar como transportista de mercancías en el año 1998 y desde entonces había cruzado el Sáhara más de 200 veces. Había pasado tantos días entre las dunas que sabía, por ejemplo, que el calor del mediodía reblandece el caucho de los neumáticos y los hace vulnerables a las rocas afiladas, que solo la leche de cabra y los dátiles evitan la sed en el viaje y que, si se desorientaba, la única esperanza era esperar a la noche para situarse con la ayuda de las estrellas. Hablaba con afecto de sus raíces tuareg, pero tenía también un respeto reverencial por la etnia tubu de su colega.

—Cada etnia controla diferentes rutas. Solo los tuareg y los tubu somos los dueños del desierto. Nadie más.

Si apretaba el acelerador, y él lo hacía, podía alcanzar en tres días la ciudad libia de Sabha con un 4x4 repleto de migrantes. Asumía que su vida dependía de un milímetro. Como en las dunas no hay rutas marcadas, una pequeña distracción, un leve giro de volante sostenido significaba alejarse fatalmente de la ruta y perderse para siempre en las profundidades del desierto. Un problema mecánico o quedarse sin gasolina tenían el mismo final probable: la muerte. Salym había estado dos veces a punto de morir en el Sáhara. En la primera, las estrellas le regresaron al camino, y en la segunda tuvo un golpe de suerte descomunal: después de ser asaltados por unos bandidos que les robaron el dinero y el combustible —por suerte, el coche no—, consiguieron llegar andando hasta un pequeño oasis donde milagrosamente un hombre les prestó la gasolina suficiente para llegar a una población cercana y pedir auxilio.

—Fue Alá, fue Él. Solo sabe Alá por qué aquel hombre generoso estaba allí.

Salym hablaba del desierto con un tono pausado, casi de admiración. Describía aquel mundo de arena infinita, de dunas altas como montañas y de barrancos profundos como si fuera el paraíso en la tierra. Como si fuera su hogar. No daba excesiva importancia a su trabajo ni exageraba los riesgos, simplemente describía la muerte como una fatalidad posible en aquel entorno.

—¿No te da miedo el desierto? —pregunté.

—Siempre hay que tener miedo —respondió—; el desierto está lleno de muertos.

A Salym, el bolsillo le compensaba los riesgos. Cuando años atrás el tráfico estaba tolerado —entonces la policía cobraba un soborno de unos tres dólares a cada pasajero indocumentado o sin el sello de la frontera—, hacía hasta tres trayectos de ida y vuelta al mes y ganaba entre 230 y 300 euros por viaje. Pero con el aumento de controles, los rodeos y el peligro constante de ser detenido, no se ponía al volante por menos de 700.

A Salym a veces los migrantes le daban lástima. Solo con echarles un vistazo al subirse al coche, sabía cuáles de ellos no iban a conseguir llegar al otro lado. Él les aconsejaba que no comieran carne ni bebieran agua antes del trayecto —«enseguida se ponen a sudar y se debilitan»— y les advertía de los peligros del viaje, pero, para la mayoría, saberlo no cambiaba nada. Aunque todos temían el calor del Sáhara, el enemigo oculto era el frío. En una ocasión, Salym había visto morir a un chico de hipotermia, incapaz de soportar las temperaturas gélidas de la noche en el desierto. Además, como la presencia policial obligaba a conducir más deprisa, el viento rebajaba aún más la sensación térmica en la parte trasera de la ranchera. Se congelaban vivos.

—Cuando detenía el vehículo para dormir, muchos tiritaban y temblaban como si fueran niños enfermos de malaria. Algunos ni siquiera podían bajar solos del vehículo porque tenían los músculos agarrotados.

Además de soportar la fatiga del viaje, esquivar los bandidos y sobrellevar el calor asfixiante durante día y el frío helador por la noche, la vida de los migrantes dependía también del equilibrio. Muchos llevaban consigo un palo de más de un metro que anclaban en el suelo del vehículo y que se colocaban entre las piernas para tener un punto donde agarrarse. Les iba la vida. Si se caían del vehículo, los chóferes no siempre paraban. Salym decía que en sus travesías veía continuamente bultos semienterrados en la arena, pero no siempre podía saber si eran personas, mercancías caídas o animales muertos. No se detenía a comprobarlo.

—Si alguno de mis pasajeros se cae —juraba—, yo sí me paro; pero hay mala gente.

Al escuchar esas palabras, Ahmed, que escuchaba atento a su compañero, se revolvió en su asiento y quiso intervenir.

—Yo también me paro si alguien se cae —subrayó—. Si me doy cuenta.

## LA CAÍDA

—Hay hijos de puta.

Charif Vafing no necesitaba ser diplomático, simplemente hablaba con conocimiento de causa. Era de Guinea-Conakry y cuando lo conocí en un centro de migrantes de Niamey, la capital nigerina, me dio buena impresión desde el principio. Tenía veintitrés años y la mirada cicatrizada de quien había sufrido demasiado, aunque sonreía mucho. Había algo en su voz, en sus gestos, que transmitía confianza, pese a todo. Regresaba a casa, decía, porque, cuando su madre se había enterado de que estaba en Libia —al partir él le había mentido diciendo que iba a trabajar a Mali—, le había dado un ataque de nervios. Abandonaba el viaje a Europa por ella, decía. Al segundo día de conocerlo, admitió que un poco por miedo también.

Fueron dos chicas que viajaban a su lado, apretadas junto a 27 personas en la parte trasera de un Toyota Hillux, las que cayeron. El vehículo dio un bote en una duna baja y las dos mujeres salieron volando, aún abrazadas, y desaparecieron en una nube de polvo que las engulló. Charif ni siquiera las vio impactar contra el suelo. No las conocía de nada, pero reaccionó por instinto: empezó a golpear el techo de la cabina del conductor.

—«¡Para, para, para!» Todos gritábamos, pero el tipo no hizo nada, siguió su camino.

Después de 20 minutos en los que Charif no dejó de golpear la chapa del todoterreno, el chófer por fin detuvo el coche. Salió de la cabina hecho una furia. Cuando el joven guineano intentó explicarle lo ocurrido, recibió una lluvia de latigazos por respuesta.

—Sacó una tira de plástico y empezó a golpear a cualquiera que abría la boca. Zas, zas, zas, zas.

El hombre les gritaba que se metieran en sus asuntos o, si tanto les importaba, regresaran a pie a buscarlas. Amenazó con dejar en tierra a quien siguiera protestando.

En aquel momento, Charif tenía la excusa perfecta para bajar los brazos. El riesgo a ser abandonado, asesinado incluso, era un motivo suficiente para admitir que la suerte de aquellas chicas estaba echada. Que era imposible

ayudarlas. Pero no lo hizo. Mientras esquivaba los azotes, mentó al buen musulmán que el chófer llevaba dentro y a su humanidad como hombre religioso. Le imploró que no abandonara a aquellas chicas, que no las dejara morir así, y le aseguró que Dios pagaría aquel gesto de bondad. Aún no sabe muy bien por qué aquel hombre cruel accedió.

—Quizás los remordimientos, quizás era buena persona, quizás fue Alá — especulaba Charif.

Lo convenció. Volvieron a buscar a las dos chicas y comprobaron que una de ellas había muerto por el golpe. La otra tenía la pierna rota y sollozaba. Se llamaba Saleh, tenía veintiséis años, era de Costa de Marfil y observó el vehículo que iba a rescatarla como si viera un espejismo.

—Cuando llegamos aún tenía el pánico en la cara —recordaba Charif.

Tras recogerla, el conductor aceptó llevarla solamente hasta Al Qatrun, un pueblo libio en mitad de desierto, y dejarla allí. El coche debía seguir hasta su destino acordado, en Sabha, así que Charif no tuvo opción: se bajó del todoterreno y se quedó con ella para cuidarla. Como no conocía a nadie en Al Qatrun, dejó a la chica en una sombra y salió a pedir ayuda. Tuvo suerte. Un chico chadiano que trabajaba en el pueblo se apiadó de la chica y accedió a ayudarles sin pedir nada a cambio; consiguió un coche y los llevó a una clínica. A Charif aún le quedaban parte de los 900 euros con los que había salido de Conakry meses antes y pagó los medicamentos para Saleh. Los había ahorrado durante años, vendiendo zapatos en las calles de la capital guineana hasta que se hartó de tener siempre el agua al cuello y no poder dar una vida digna a su madre viuda y a sus siete hermanos pequeños.

Después de unas semanas, la pierna de Saleh mejoró y encontraron el modo de llegar a la ciudad de Sabha. Allí se separaron, aunque continuaron en contacto y se veían a menudo. Charif se sentaba cada mañana en una rotonda para ver si alguien lo contrataba y tuvo suerte. Una familia le dio trabajo como jardinero. Y eran buenas personas. El hombre le pagaba bien, le daba de comer y cuando hacía frío, le dejaban dormir en un cobertizo. Era una familia numerosa, con varios bebés, niños y adolescentes por la casa. Uno de los hijos mayores, rememoraba impresionado, le regaló incluso una chaqueta.

Hasta que un día todo se torció.

Durante la madrugada, unos bandidos armados saltaron la valla del perímetro, mataron a dos de los niños y desvalijaron la casa. Aquel hombre, explicaba Charif, tuvo claro desde el principio que se trataba de un ajuste de cuentas de un grupo de rebeldes que se la tenía jurada. Al día siguiente, la familia huyó y Charif no los volvió a ver. Aquellos días, Libia era un hervidero de ladrones, rebeldes y hombres armados sin escrúpulos, y Charif lo comprobó de cerca. Después de aquello trabajó en un supermercado que sufrió tres asaltos a punta de pistola en menos de dos meses y vendió gasolina en el mercado negro —compraba bidones de gasoil, los guardaba y los vendía cuando había escasez y el precio subía— hasta que un tipo árabe le sacó un arma en mitad de la calle, le robó y le dio una paliza.

—Me azotó con un látigo y gritaba que me podía matar como a un perro porque era negro. Nadie me ayudó.

Cuando Charif y Saleh volvían a verse, a veces soñaban despiertos. La pierna de Saleh había mejorado bastante y los dos habían decidido dar media vuelta y regresar a sus países porque no podían soportar más los robos y las humillaciones. Calculaban el tiempo que tardarían en ahorrar la cantidad para costear el trayecto de retorno y les parecía un imposible. Cuando conseguían empleo, apenas ganaban para mantenerse. Si lo ganaban, porque a veces ni les pagaban.

Fue en la mezquita donde aquel imposible dejó de serlo. Charif iba cada día allí a rezar sin falta, y, una mañana, otro de los habituales en el templo, un hombre corpulento de rasgos árabes, se le acercó a la salida del edificio y le preguntó qué hacía en la ciudad. Charif desconfió al principio, pero luego le explicó su historia y cómo la pierna rota de su amigo Saleh le había dejado anclado en la ciudad porque se había quedado sin ahorros y ya no podía continuar ni regresar a casa. Le contó su desesperación por vivir en un limbo sin puerta de salida. Después de un buen rato escuchando pacientemente, aquel hombre se puso la mano en el bolsillo y le preguntó qué necesitaba. Charif no supo bien a qué se refería aquel hombre, pero cuando por fin lo comprendió, casi se pone a llorar.

—¿Por qué me ayudó? No tengo la respuesta. Solo sé que fue un ángel; estoy seguro de que Dios le envió.

Le dio 1.500 dinares, casi 900 euros, y la oportunidad de su vida. Charif decía que el gesto de aquel hombre anónimo no se le olvidará jamás.

—Ahora sé que hasta en el infierno hay bondad.

Aquellas palabras de Charif a menudo regresan a mi mente. En los últimos años he ido perdiendo ídolos: ya no me admira tanto el ingenio. Hay muchas personas con una inteligencia portentosa o habilidades extraordinarias. Lo que me fascina de verdad es la bondad. El ingenio al fin y al cabo es un don o una suerte, pero la generosidad es una elección. Cuando se desata el odio, la inteligencia sin humanidad es peligrosa porque alcanza poder y riqueza rápido. Es precisamente entonces cuando más me asombra la bondad. Porque es improbable y, sin embargo, aparece.

Luego fue Charif quien hizo que la generosidad de aquel hombre de la mezquita fuera para dos. Sin pensárselo, fue a buscar a Saleh y le ofreció la mitad del dinero. Podían regresar a casa. Él a Guinea, ella a Costa de Marfil. Al señalar los destinos distintos, a Charif se le aflojó la voz por la emoción. A Saleh también: le propuso que se casaran y vivieran juntos para siempre. Semanas después, en el centro de migrantes de Niamey, Charif recordaba aquel momento con un gesto de nostalgia; quizás arrepentimiento. Pero le dijo que no.

—Saleh estaba loca de contenta aquel día, pero ella tenía que regresar con su familia y yo no podía abandonar a mis hermanos y a mi madre. Además, yo no le ayudaba por eso; simplemente hice lo que debía hacer.

Aunque parecía que el riesgo había terminado, el camino de regreso no fue tan fácil. Mientras atravesaban el desierto de vuelta a Níger en la parte trasera de una ranchera, unos bandidos atacaron su vehículo. Robaron el coche — Charif les dio un poco del dinero, escondió el resto y ninguno de los ladrones imaginó que podía llevar más— y abandonaron a todos los pasajeros y al chófer en mitad del Sáhara. Después de un día entero en mitad de la arena, Charif y Saleh pensaron que iban a morir deshidratados. No había ninguna sombra donde guarecerse, ni una sola señal de vida a la vista. Entonces ocurrió un milagro. Aunque estaban en medio de la nada, donde a menudo pasan días o semanas sin que un coche recorra el mismo camino que un vehículo anterior, por el horizonte apareció una nube ocre provocada por un

camión cargado de mercancías. Todos saltaron a hacer señas, desesperados, y el vehículo se detuvo. Los salvó. Además de darles agua y comida, accedió a llevarlos a todos hasta Agadez.

Al recordar su odisea, Charif aún se conmovía por su suerte y se estremecía con la maldad. Como si las heridas y las caricias aún estuvieran recientes bajo la piel. Hablaba con conocimiento de causa.

—Hay hijos de puta, mala gente. Pero hasta en el infierno hay seres humanos bondadosos, eso también es verdad. Y a veces conoces a gente especial.

Antes de despedirnos, pregunté a Charif dónde estaba Saleh y no me lo supo decir. Habían llegado juntos al centro de Niamey, pero tres días después ella había partido en un autobús hacia Costa de Marfil, y como a él le habían quitado el teléfono en el asalto del desierto, no tenía forma de contactar con ella.

—Si Dios quiere, estoy seguro de que nos volveremos a encontrar.

## EUROPA O NADA

Binaté Bemssi no quería ni oír hablar de dar media vuelta. Tampoco de caerse de un vehículo en marcha en el desierto, porque estaba convencido de que él no se iba a caer. Estaba seguro de que nada malo iba a ocurrirle. Había partido de Costa de Marfil con su amigo Arnaud Zokou un año y medio atrás, y tenía la chulería y el vacile propio de un chaval de diecisiete años. Compartía una casa baja de adobe detrás del aeropuerto de Agadez, al final de una calle de arena, con una docena de jóvenes de Senegal, Gambia, Togo, Camerún y Guinea. Todos iban a Libia. Había decenas de guetos similares en la ciudad. En aquellas casas clandestinas, con las ventanas tapiadas para evitar miradas indiscretas, los migrantes aguardaban la señal del traficante para iniciar la travesía por el Sáhara. Algunos jóvenes esperaban meses en estos agujeros mientras ahorraban el dinero para continuar su viaje, así que a menudo se hacinaban varias personas en un espacio reducido y con pocos lujos: apenas una esterilla en el suelo, un agujero por lavabo y media docena de bidones de

plástico como taburetes. Las paredes de la habitación estaban llenas de bendiciones, versos del Corán e inscripciones escritas con carbón.

«¡La miseria de Europa es la riqueza de África!»

«África es rica, pero sus hijos deben huir.»

«Dios está contigo.»

«Europa o nada.»

Como la policía los hostigaba si salían a la calle, la mayoría optaba por encerrarse y mataba las horas jugando a las damas en un tablero de madera tallado a mano. Era la calma previa al momento más peligroso del viaje. Después del desierto, en Libia deberían enfrentarse a mafias que los torturaban para pedir rescates a sus familias o los vendían como ganado en los mercados de esclavos. Si conseguían superar aquello, aún quedaba el Mediterráneo. La muerte era una opción asumida. Incluso calculada.

Durante los viajes por la ruta migratoria me crucé con personas que no sabían prácticamente nada del camino que tenían por delante, que incluso creían que el Mediterráneo era apenas un río estrecho y fácil de cruzar. Otros se dejaban embaucar por las promesas de éxito asegurado de los traficantes. No siempre era así. En aquel gueto de Agadez, Mazou Souleyman, un extaxista togolés de veintidós años que llevaba dos meses en ruta, se había estudiado hasta el último detalle de su viaje a Europa. Como todos los demás en aquella habitación, pensaba que las historias que se explicaban sobre lo que ocurría en Libia eran exageradas y un intento de las autoridades de asustarlos para que bajaran los brazos, pero sabía perfectamente cuáles eran los riesgos. Y estaba dispuesto a asumirlos.

—¿Cuántos de los que intentan cruzar el mar no lo consiguen? — preguntaba con una sonrisa confiada—. ¿Un 3 por ciento? ¿Un 5 por ciento se ahoga? En mi país no ganaba para dar una vida digna a mi familia, allí no hay futuro, ¿tú no te arriesgarías si tuvieras un 97 por ciento de probabilidad de éxito?

Mazou era padre de un niño de un año y planeaba ir a Bélgica, aunque dudaba si no sería mejor ir a Noruega o Suecia, donde le habían dicho que se

vivía bien. Quería trabajar unos años, enviar dinero para que su crío pudiera estudiar y después regresar con los suyos. Casi todos en aquella habitación pensaban igual. Querían ir para volver. Al contar sus planes de futuro, Mazou miraba hacia atrás. Describió cómo era su aldea camerunesa, y cómo añoraba el aroma de la comida que preparaba su esposa por las noches. Aquellas palabras despertaron algo en los demás. Zokou explicó que echaba de menos los partidos al atardecer con sus amigos en los descampados de Daloa, en el centro de Costa de Marfil. Y bañarse en el río. Un togolés veinteañero dijo que, más que a su madre, lo que extrañaba era beber una Coca-Cola bien fría, y todos se rieron. Omar Van Persie, un guineano que se inventó descaradamente su apellido, se sumó a la conversación con la nostalgia desbordada: echaba de menos a su hermana pequeña, que siempre llevaba, explicó, unas trenzas con unos lazos de colores y cuando corría parecía un pulpo multicolor. Omar iba a Europa para que el día de mañana ella pudiera vivir bien. Otros añoraban la charla con los vecinos, el colchón mullido de su habitación o las cervezas con el amigo de la infancia mientras veían juntos un partido en el bar. En su viaje a Europa, al migrante habitualmente se le niega su origen y su identidad. Es alguien de paso. Aún no es inmigrante ni refugiado porque no llegó; es sólo una cifra, un muerto, un ilegal. Por eso quien lleva tanto tiempo en movimiento se aferra al pasado: porque cuando no estás en ningún sitio, tu única patria son los recuerdos.

Ese amor a los orígenes era común en todas las personas que había conocido a lo largo de la ruta. A menudo, cuando se analiza el fenómeno migratorio desde Europa, la atención se fija en el movimiento, las cifras o los muertos, pero el amor nunca está en el centro de la narración. Sin embargo, esa mirada atrás, esa migración de raíces profundas, estaba presente en casi todos los que arriesgaban sus vidas para llegar a Europa. Casi nadie se expone a un sinfín de maltratos, robos y violaciones, a la posibilidad de morir en el desierto, a ser esclavizados o a ahogarse en el Mediterráneo por mejorar únicamente su vida. La migración no se explica solo por un anhelo de paz o riqueza individual. Si aquellos chicos no sucumbían al miedo era por amor a los que se habían quedado atrás. A sus parejas, a sus hijos, a sus hermanos. Había quien buscaba un futuro mejor para sí mismo, pero eran minoría; la

mayoría migraba por los demás. La migración africana es una cuestión familiar.

También es inevitable. Además de abrir una ventana al mundo, la globalización ha unido, como nunca antes en la historia, la esperanza humana con el movimiento. Ha hecho más pequeño el planeta. En la playa de Hann, uno de los puntos de Senegal desde donde a principios del siglo XXI partieron más cayucos hacia Canarias, un hombre me explicó desesperado que los jóvenes del barrio ya no querían escucharle cuando les contaba las penurias que él mismo había vivido al llegar a España.

—Les explico que aquello no es el paraíso, que es duro, la policía te persigue y vives en edificios abandonados, pero ¿sabes qué responden? Que no hace falta que les cuente cómo es aquello, que ya tienen Facebook y lo ven ellos mismos.

La globalización ha abierto millones de ventanas en el sur. Miles de africanos observan el mundo desde sus ordenadores, móviles o televisores. Charlan por WhatsApp o Instagram con sus colegas que viven en Europa. Leen en internet lo que ocurre en Londres, Madrid o París. Y ocurre siempre: cuando se descubre el mundo, surgen las preguntas y la gente empieza a tener deseos. El acceso al conocimiento directo de otras formas de sociedad, a veces más prósperas y pacíficas, que tienen Gobiernos más respetuosos con los derechos humanos o simplemente que ofrecen más oportunidades, se combina con el enorme desarrollo de los medios de transporte del mundo. Por primera vez, alcanzar ese otro mundo es una posibilidad. Antes no era así. Aunque desde el inicio de la humanidad el hombre siempre se ha movido para dar respuesta a sus urgencias o sus anhelos, lo hacía a pie, a lomos de animales o en medios de transporte rudimentarios. No podía llegar lejos. Hasta finales del siglo XX, la tierra era un lugar gigantesco y recóndito, con cientos de realidades desconocidas e inalcanzables para millones de personas. Pero aquel mundo ha terminado.

Occidente lleva décadas alimentando esa necesidad de cambio: aunque la pobreza global en África ha descendido, la desigualdad no para de crecer. En el año 1980, la diferencia del PIB per cápita entre quince países de la Unión Europea y África subsahariana era de 7 a 1. Hoy es de 11 a 1. Si tiene la

suerte de encontrar un trabajo estable, un subsahariano en Europa puede multiplicar sus ingresos por diez. ¿Qué europeo no aceptaría vivir unos años en otro país a cambio de un aumento de ingresos equivalente?

Esas diferencias entre el norte y sur, además, no existen por desgracia o por torpeza de sus habitantes; existen por avaricia. Ni siquiera hacía falta irse muy lejos de Agadez para constatarlo. La inestable historia reciente de Níger, llena de golpes de Estado, puso en bandeja sus riquezas naturales a precio de saldo: de la mano del conglomerado empresarial galo, la multinacional líder en el sector de la energía nuclear, Francia extrae uranio de su excolonia desde 1970 —hasta tres cuartos de su electricidad dependen de la energía nuclear— y se beneficia de unas condiciones extremadamente ventajosas. Cuando recientemente se filtraron los contratos de la compañía, información que la empresa se negó a confirmar, se descubrió que Areva pagaba al Gobierno de Níger un 5,5 por ciento de los royalties por la producción de uranio. En otros países productores de uranio donde opera Areva, como Canadá y Kazajistán, ese porcentaje es del 13 por ciento y el 18,5 por ciento respectivamente.

Pero más allá de los abusos, a menudo aliñados de corrupción o falta de escrúpulos de algunos mandatarios africanos, dispuestos a vender a los suyos para gozar de una vida de camisas de lino, otro cambio está a punto de reformular para siempre el futuro de la migración: la explosión demográfica. Si en 1980 la población europea y la de África subsahariana era similar, a finales del siglo XXI habrá cinco veces más africanos que europeos. Más de 3.000 millones de personas en el mundo serán africanas. Mientras, centenares de miles de africanos deberán competir cada vez más por recursos como el agua, la tierra fértil y un empleo escaso, en el norte habrá un territorio próspero y pacífico que se vacía por el efecto del descenso abrupto y constante de la natalidad europea.

La mayoría de los migrantes de aquel gueto de Agadez buscaba su sitio en ese futuro incierto. Después de un rato de charla, varios se tumbaron a dormir sobre las esterillas o a mirar como el togolés y el camerunés echaban una partida de damas. Justo en ese momento, me saltó una alerta en la pantalla del móvil. Acababa de celebrarse el sorteo de las semifinales de la Champions e informé en voz alta de los emparejamientos. Se montó una

revolución. Todos salieron de su letargo y se arremolinaron sobre la pantalla del teléfono para debatir acaloradamente sobre quién sería el vencedor del campeonato. Unos apostaban por Leo Messi, otros por Cristiano Ronaldo y los de más allá hablaban de la fuerza del bloque italiano o la electricidad del equipo inglés. Como los robos y los bolsillos flacos eran constantes en el trayecto, la mayoría había perdido o vendido sus teléfonos, y quienes lo conservaban no podían costearse el acceso a internet, así que aquella simple noticia de un sorteo de fútbol fue como si se hubiera encendido la luz. Durante un buen rato discutieron las posibilidades de los equipos, felices, burlándose del rival e imaginando goles imposibles.

Cuando llegó la hora de despedirse, Bemssi y Arnaud, los marfileños, me pidieron la libreta y escribieron el nombre por el que podría encontrarlos en Facebook. Se pondrían en contacto conmigo, prometieron, cuando llegaran a Libia. O, mejor, cuando pisaran Italia. Querían ir a España o Alemania y buscar fortuna como futbolistas, camareros o como peones en la construcción. Estaban convencidos de que les iría bien. Ambos sostenían que no tenían miedo y que en pocas semanas la suerte estaría echada.

Nos dimos un abrazo y salí del edificio con la sensación amarga de las despedidas que probablemente lo son para siempre. Me equivoqué, al menos a medias. Siete meses después recibí un mensaje en Facebook desde Libia. Eran Bemssi y Arnaud. Habían estado medio año escondidos en varios pisos abandonados, huyendo de las mafias que secuestraban y esclavizaban a subsaharianos. Trabajando para tipos sin escrúpulos que los explotaban por una miseria o desaparecían sin pagarles después de emplearlos durante meses. Los noté agotados y con ganas de echarse al mar. Habían alcanzado la costa libia y esperaban en una casa clandestina la señal del traficante para subirse a una lancha y probar fortuna. Tenían el dinero para el pasaje. Solo quedaba llegar a Italia. El último paso.

El traficante les había dicho que debían estar preparados para salir en cualquier momento así que, calculaban a ojo, la zódiac partiría hacia las costas italianas en tres o cuatro días. Quizás sentían vértigo o miedo, pero evitaron escribir sobre ello. Bromeamos con la pizza que se iban a comer al llegar y quedamos en que vendrían a verme a Barcelona e iríamos al Camp

Nou juntos. Les deseé suerte y quedamos en que me escribirían en cuanto les fuera posible para confirmarme que todo estaba bien. Se despidieron sin demasiadas ceremonias. Hasta la semana que viene, un abrazo, que te vaya bien.

No han vuelto a escribir desde aquel día.

## DIENTES

A Issakha le habían partido los dientes por amor. Le faltaban los dos incisivos superiores, uno inferior y un canino y el agujero en la boca le daba un aspecto de anciano, como si cada golpe con aquella barra de hierro le hubiera sumado años, además de dolor. Tenía cincuenta y cuatro años y era demasiado viejo para casi todo. Para llevar seis años en ruta desde su Senegal natal hacia Europa, para atravesar el desierto embutido entre chavales que podrían ser sus hijos, para que una mafia lo secuestrara nada más entrar a Libia. Para que le importara morir.

Los secuestradores los interceptaron poco después de pasar la frontera, antes de llegar al pueblo de Al Qatrun. Condujeron a los 27 pasajeros directamente a una casa en mitad de la nada y los metieron en una habitación, donde había encerrados unos 80 subsaharianos más. En aquella sala había africanos de diferentes nacionalidades, pero no mujeres. A ellas las separaban y se las llevaban. No volvían a verlas.

De aquel primer día, Issakha apenas recuerda el hacinamiento, las caras de miedo y el olor a excrementos que emanaba del único lavabo que había para todos. Estuvo allí encerrado dos meses y medio, y tuvo tiempo a acostumbrarse al hedor. Del día de su llegada, sobre todo recuerda los primeros gritos, porque las palizas empezaron pronto. La rutina era similar: los sacaban uno a uno, los llevaban a una habitación y empezaban a pegarles. Luego los obligaban a llamar a un familiar en su país y pedir un rescate. A Issakha le dijeron que pidiera a su familia 150.000 cefas, unos 225 euros, y que los enviaran a una cuenta en Egipto. Mientras hablaba con su esposa, volvieron a golpearlo.

—Te pegaban mientras estabas al teléfono para que lloraras y tu familia se diera prisa en reunir el dinero. No todos eran capaces de hacerlo. Vi como pegaban hasta la muerte a varios que no pudieron reunir el dinero. Los mataron delante de los demás.

Issakha estuvo a punto de ser uno de ellos. Desde el primer momento se negó a llamar. La idea de dejar a su mujer y a sus seis hijos una deuda tan descomunal le resultaba insoportable. Años atrás trabajaba como costurero en un pequeño local de Dakar, la capital senegalesa, hasta que un robo truncó su suerte. Los ladrones entraron de noche y le quitaron la máquina de coser y la ropa que remendaba.

—Me arruiné. Tuve que pagar el género perdido a los clientes y los plazos que me quedaban de la máquina de coser. Por eso decidí marcharme.

Cuando se fue, su mujer estaba embarazada por cuarta vez e Issakha partió hacia Gambia, donde pensó que le sería más fácil que en su país encontrar mafias que le llevaran hacia Mauritania y Marruecos. Cuando Issakha y yo nos conocimos, aquel niño ya había cumplido cinco años y medio y padre e hijo jamás se habían visto.

—Necesitaba el dinero para sacar adelante a mi familia; si no me hubieran robado, no hubiera intentado llegar a Europa; sé que soy viejo, pero no tuve opción.

Aquel primer intento, como los posteriores, salió mal. Durante el trayecto trabajó de cualquier cosa para ahorrar, con la constancia de una hormiga, para pagar el viaje. Aprendió el valor de sagrado de cada céntimo cuando cuesta un mundo ganarlo. Por eso cuando aquellos tipos encapuchados lo amenazaban con la barra de hierro y le decían que o llamaba o lo mataban, volvió a decir que no. Fue entonces cuando le partieron los dientes y perdió el conocimiento por primera vez.

Le pegaron tanto que hasta sus compañeros de cautiverio intentaron hacerle entrar en razón.

—Me decían que no valía la pena, que si no hacía lo que me decían me iban a matar y tampoco podría ayudar a mi familia.

Al final, Issakha llamó. Cuando su esposa dejó de llorar, le juró que conseguiría el dinero, que se endeudaría con quien hiciera falta y pediría

prestado a los vecinos para sacarlo de allí. Lo consiguió dos semanas después. Tras mandar la cantidad pactada, los secuestradores lo dejaron ir.

Cuando volvió a ver la luz del día, Issakha notó que se le habían agotado las fuerzas. No podía intentarlo más. Estaba cansado de golpes, robos y torturas, de gente que se aprovechaba de su debilidad. Seis años después de partir de su Dakar natal, decidió regresar a casa.

Cuando lo conocí en Agadez, estaba feliz porque en menos de una semana iba a ver a su esposa y a sus hijos. Me dijo que le daba un poco de vergüenza que su mujer lo viera sin dientes, pero qué le iba a hacer, lo importante es que iban a estar otra vez juntos. Issakha caminaba con el porte digno de un anciano, como si aquel viaje de seis años hubiera durado en realidad veinte y, cuando el silencio se alargaba unos segundos, fijaba la mirada en cualquier punto y su mente se perdía. Parecía cansado. También arrepentido.

—Ojalá no hubiera intentado nunca este maldito viaje —repetía—. Ojalá pudiera volver atrás.

## ESCLAVOS EN EL SÁHARA

Mubarak Abdaha corría con una sola certeza: si lo atrapaban, iban a matarlo. Corría cuando oscurecía, sin descanso, ocultándose entre los arbustos, desconfiado y decidido a escapar de una pesadilla propia de otro siglo: seis meses como esclavo en Libia.

Pau y yo encontramos a Abdaha, de veintitrés años, en un cobertizo en Agadez (Níger), junto a medio centenar de compatriotas sudaneses demacrados y con el gesto desencajado que acababan de huir de una suerte parecida. Estaban apiñados sobre esterillas, tumbados o en cuclillas, y la mayoría tenía marcas de palizas recientes. Lo primero que hicieron, después de saludarnos, fue invitarnos a comer. Señalaron un plato enorme de arroz con salsa y zanahorias hervidas, a todas luces insuficiente para todos ellos, e hicieron el gesto de adelante. En apenas unos meses habían llegado a la ciudad nigerina desde territorio libio hasta 1.200 sudaneses en busca de refugio y escapando del horror. Algunos habían sido obligados a trabajar durante meses

en granjas, otros en minas o canteras. La cicatriz fresca en la cabeza de Abdaha —un bastonazo por trabajar despacio en una mina al este de Sabha, nos explicaría después— era el síntoma de que Libia se había convertido en una ratonera. Las mafias libias habían establecido un mercado de esclavos en pleno siglo XXI y estaban atrapando a miles de subsaharianos nada más entrar en suelo libio para venderlos como esclavos. La magnitud del negocio era tal que a menudo la venta se efectuaba por paquetes. Diez sudaneses jóvenes para trabajar en una mina por 3.600 dinares —2.250 euros—, cinco chicas nigerianas por 1.000 dinares. El precio fluctuaba según la demanda. Oferta había de sobra.

Abdaha no tuvo que hacer demasiada memoria para relatar su horror. Solo diez días atrás, corría de noche para alejarse de la mina de oro propiedad de un hombre de negocios libio en la que durante medio año lo habían rebajado a ser un animal. Ideó un plan poco sofisticado: amontonó ropa para hacer bulto debajo de la manta donde dormía cada noche, pidió permiso a los guardias armados para ir a orinar y, en cuanto se alejó diez metros, echó a correr sin mirar atrás. Sabía perfectamente que, si lo atrapaban, iba a pagar su osadía con la vida.

—Los hombres de seguridad de la mina mataban a quien intentaba escapar y exponían el cadáver delante de todos para evitar más huidas.

Aquel riesgo era menor que su desesperación. Cada día, durante medio año, unos guardias libios lo habían despertado a latigazos a las cinco de la mañana para obligarlo a picar piedra bajo el aplastante sol del sur del país. Sin apenas agua ni comida ni descanso, a golpes. Hasta el anochecer. Vio como aquellos tipos degollaban o descerrajaban un tiro a quienes eran incapaces de continuar o se revolvían durante una paliza.

—Nos mataban como si fuéramos corderos.

Cuando rememoraba su historia, los demás lo escuchaban sin pestañear. Aquel relato era el de casi todos. Palizas, humillaciones, tortura y asesinatos. Y antes, guerra. Como todos sus compañeros, Abdaha había huido medio año antes del conflicto de su país en Darfur (Sudán) con el sueño de encontrar la paz en Europa y poder seguir estudiando. Pero sus sueños se quebraron pronto. Tras atravesar el norte de Chad y entrar en Libia, empezó su calvario. Unos

milicianos armados detuvieron el coche en el que viajaba y secuestraron a todos los pasajeros.

Abdaha hablaba con las cejas apretadas y las piernas cruzadas, con un aire que no supe descifrar si era de alivio, trauma o arrepentimiento. Quizás un poco de los tres. Él había huido, pero había dejado a muchos amigos atrás. Cada noche soñaba con ellos.

—La noche en que hui no pensaba en los demás; solo quería sobrevivir; pero ahora sí pienso en los que están allí. Me pone triste.

Según Abdaha, en aquella mina libia trabajaban más de 200 esclavos sudaneses, chadianos, cameruneses y nigerianos.

—Algunos llevaban dos años allí y les habían pegado tanto que habían enloquecido.

Abdaha parecía sereno y, pese a las heridas, hablaba de su experiencia en la mina como quien recuerda una pesadilla de la noche anterior. A veces tomaba aire para recordar una paliza especialmente dura, pero parecía un tipo entero. Por eso me atreví a preguntarle.

—Abdaha, ¿qué sientes por tus secuestradores?

Tardó unos segundos en contestar, respiró profundo y finalmente contestó.

—Estoy harto de tanta violencia y tanto odio. ¿Qué siento por ellos? Nada, solo quiero olvidarlos. Solo quiero olvidar.

## EL MAR

En la peluquería, mientras Alex Jallah cortaba el pelo a un adolescente, no parecía un hombre roto. Por eso me sorprendió que minutos después no pudiera parar de llorar.

A Jallah fue el Mediterráneo quien lo derrotó. Durante una odisea de casi diez años desde su Liberia natal hacia Europa, atravesó fronteras y desiertos, lo estafaron, padeció robos, torturas y secuestros y casi se muere de sed; pero jamás se planteó detener su camino hacia una nueva vida. Hasta que llegó al mar. Los ojos se le llenaban de lágrimas cuando recordaba el momento en el que llegó a la costa de Libia y se dispuso a subir a un bote precario para

intentar cruzar a Italia. Se quedó paralizado. Cuando recordaba aquel instante, se tapaba la cara con las manos.

—Tuve miedo. Tuve miedo. El mar me aterrorizó. Mucha gente moría.

En el último instante, cuando Jallah rozaba Europa con la punta de los dedos, no se atrevió a continuar. Vivió aquel miedo al mar como una traición a Lobetto, su hija, que estaba a punto de cumplir diez años. Ni siquiera la había visto crecer y cuando se despidió de ella en Monrovia era apenas un bebé, pero Jallah aseguraba que todo lo había hecho por ella.

La echaba de menos.

—Quiero estar con ella, pero no puedo volver con las manos vacías. ¡Me avergüenzo tanto! No puedo volver sin nada, todos se reirán.

Níger se había convertido en el refugio de miles de vidas suspendidas. Jóvenes subsaharianos que habían fracasado en su intento de llegar a Europa y abandonado la ruta por miedo, tras sufrir experiencias traumáticas o quedarse sin dinero, permanecían bloqueados en territorio nigerino sin opciones ni voluntad de seguir hacia delante ni de regresar a sus países. Estaban avergonzados porque sus familias, humildes y sin demasiados recursos, habían ahorrado para pagar su viaje y ellos no lo habían conseguido. Se sentían humillados. Eran los habitantes de un limbo terrenal que no sale en las estadísticas pero que alberga la desesperanza de quienes han abandonado a la fuerza el sueño migratorio hacia el viejo continente.

Jallah buscaba una salida a esa realidad. Había empezado a trabajar de peluquero en el barrio de Gamkale II de Niamey, pero los días con suerte solo ganaba 1.000 cefas —1,5 euros— y para él ahorrar era imposible. Se desesperaba.

—¿Cómo voy a volver? No tengo nada. Estoy atrapado.

Antes de despedirnos, quiso enseñarnos su casa, una chabola de hojalata que estaba a cien metros de la peluquería y que compartía con unos amigos. La estancia estaba casi vacía, solo había un par de colchones en el suelo, ropa arrugada en una esquina y unas botas viejas de fútbol colgadas de un clavo en la pared.

Después de que Pau le hiciera unos retratos, Jallah hizo un aparte conmigo detrás de una puerta y me pidió si podía prestarle algo de dinero. Necesitaba

5.000 francos —unos 7 euros— para acabar de pagar la máquina con la que cortaba el pelo en la peluquería.

En cuanto me lo dijo, se arrepintió, le dio vergüenza y me pidió perdón.

# LAS BRUJAS

## Sudáfrica

Algunas noches, Lena tenía pesadillas con brujas. Se despertaba llorando, convencida de que el sueño había sido real, y era imposible tranquilizarla, por más que le dijéramos que aquellas señoras con escoba y verrugas en la nariz estaban solo en su imaginación.

—¡Que no, papá, que eran de verdad! ¡Que las he visto!

Y lloraba todavía más. Como todo el mundo sabe que a las tres de la mañana las brujas y las mentiras no existen, a la cuarta noche opté por un acto de supervivencia que nos permitiera a ambos conciliar el sueño: le conté una trola descomunal.

Me tumbé a su lado y le dije entre susurros que no tenía de qué preocuparse y que le iba a contar por qué. Pero que sería un secreto entre los dos. Se abrazó a mi cuello y puso orejas de felino. En mi último viaje a África, le expliqué, me habían enseñado un conjuro mágico que me permitía generar una burbuja invisible alrededor de nuestra casa que nos protegía de los malos. A cualquier bruja, ladrón o amigo de Gastón —en aquella época Lena estaba obsesionada con la película de *La bella y la bestia*, que veía en bucle— le iba a ser imposible acercarse a nuestra casa. Si lo intentaban, de la burbuja saldría una pierna gigante y, booooooooooing, recibirían una patada

morrocotuda que los enviaría bien lejos de allí.

Mano de santo.

Desde aquel día las brujas dejaron de desvelar a Lena por las noches, aunque por supuesto siguió despertándose igualmente porque, papá, tengo frío, calor, sed, hambre, no puedo dormir, no me gusta dormir, ya es un poco de día, hoy es la última noche que vengo a vuestra cama, ¿vale?

Pero no se despertaba por las brujas.

Toda mi vida he tenido una relación complicada con la brujería. Cuando vivía en Johannesburgo, Sudáfrica, mi amigo Mophethe me dejó pronto claro que él no es que creyera en brujas: es que las había visto. Su madre, Mametsi, era sangoma, una figura a medio camino entre la curandera tradicional, la sanadora, la santera y la bruja buena, y su convivencia con los espíritus y el más allá había sido constante a lo largo de su vida. Su caso no era una excepción: en Sudáfrica, donde el propio Gobierno admitía una carencia de 6.500 médicos y 15.000 enfermeros —las oenegés duplicaban esa cifra, sobre todo en zonas rurales—, la medicina alternativa y espiritual es la única realidad accesible para la población pobre. Los tres o cuatro euros por consulta del sangoma o chamán son lo único que muchos de ellos pueden pagar. Solo en Sudáfrica hay unos 200.000 curanderos; con cifras tan generosas, la profesión es permeable a charlatanes o falsos brujos que prometen enamoramientos a la carta o curar el sida y el cáncer. A veces ocurrían incluso casos con tintes macabros, con brujos sin escrúpulos que acababan siendo cómplices de asesinatos para conseguir partes de cuerpo humano con las que realizar rituales.

El Muti Market de Johannesburgo ilustra la constante presencia del sangoma en la sociedad sudafricana. Debajo de los atascos diarios en el puente de la N1, en el centro de la ciudad, más de doscientos puestos ofrecen todos los ingredientes para los conjuros de los sangomas. Amuletos hechos con dientes de mono, plumas de cuervo, tarros con hierbas secas o huevos de serpiente se exponen a la vista de todos.

Mophethe aceptaba bien mi incredulidad, sobre todo porque soy blanco.

—Vosotros no entendéis estas cosas. Pero yo sé que son verdad —decía.

Habíamos quedado en la 7th Street de Melville —donde cada tres semanas

abría un nuevo restaurante *cool*, una cafetería con wifi o un bar musical— para ir a ver a su madre a Lawley, una barriada pobre a las afueras de la ciudad. En aquella época, yo me acababa de mudar a una casa que estaba cerca de allí. La noche anterior, dos felinos se habían peleado debajo de mi ventana de madrugada y me habían despertado con sus maullidos, gritos y revolcones. Al día siguiente me encontré un escenario dantesco: había pelos arrancados, sangre en una piedra y un montón de flores rotas por todos lados. Yo, por supuesto, no le di más importancia y me limité a ojear un poco entre las flores, no fuera a ser que hubiera un gato cadáver que en dos días oliera mal. Luego fui a mi cita con Mophethe quitándome las legañas.

Ni siquiera se lo comenté a él mientras esperábamos el minibús. Y eso que tuvimos tiempo. Como era sábado, los minibuses tardaban una vida en pasar. Aquella espera era herencia de injusticias pasadas. Durante el *apartheid*, el Gobierno sudafricano no creó ninguna red de transporte público para conectar los barrios negros, unos guetos construidos por las autoridades para alojar a los obreros, que solo podían vivir allí si trabajaban para los blancos y debían salir siempre con un carnet de identidad o arriesgarse a ser detenidos e incluso expulsados. Pero como los blancos seguían queriendo que les barrieran la casa, les lavaran la ropa y les limpiaran los baños, se permitió la aparición de una red de transporte informal que operaba sin ningún tipo de regulación y al margen de la ley. Cientos de minibuses realizaban a diario rutas fijas sin ningún tipo de horarios, fiabilidad —si no venían, no venían y punto— ni seguridad. El negocio de los minibuses rozaba el crimen organizado. Los tipos más poderosos controlaban las mejores rutas y sobornaban a la policía para que pasara por alto su conducción temeraria. Había violencia constantemente. Aún hoy en día se mantiene el mismo sistema, y no hay peor crimen que intentar robarle una ruta a otro grupo de conductores. Quien lo intenta, recibe un castigo resuelto: un tiro en el pecho.

Cuando finalmente llegó el minibús, nos subimos y nos dirigimos hacia Soweto, donde teníamos que coger otra furgoneta para llegar a casa de la madre de Mophethe. Nos acomodamos en los asientos traseros y al cabo de un rato se me ocurrió contarle la pelea gatuna debajo de mi ventana. Mientras se lo explicaba, noté como algunos pasajeros se giraban hacia mí con una

expresión de espanto. Yo contaba la anécdota como quien cuenta que se te han quemado las tostadas por la mañana, sin darle demasiada trascendencia, pero para Mophethe sí la tenía. Se pasó todo el tiempo negando con la cabeza, con el gesto preocupado.

—Oh, no, no, Xavi. Eso es muy malo, muy malo. Hay que hacer algo ya. ¡Eso son brujas!

Al principio me reí, pero para él no tenía ninguna gracia. Llamó a su madre para avisarla de que iríamos a verla otro día, le preguntó unas cuantas cosas en lengua shoto y cuando llegamos a Soweto nos fuimos a buscar un *spaza* o un *shebeen*. También son una reminiscencia del *apartheid*. Los *spaza* son colmados informales y los *shebeens*, bares ilegales que surgieron como setas y de una forma poco elaborada en los barrios negros. Alguien construía un quiosco en su garaje o en la parte trasera de su casa, compraba huevos, cigarrillos, azúcar, pan de molde y cerveza, y abría el negocio. En los *shebeens* había sobre todo música y cerveza, y los hombres se pasaban las tardes allí, bebiendo hasta que el alcohol les aguaba la vista, así que eran sitios duros.

La primera vez que fui a uno, me llevé una lección. Pedí una cerveza — aunque no bebo alcohol, sé ver cuándo el contexto aconseja no pedir un zumo — y el camarero me la dio sin abrir. Cuando la coloqué en el canto de la barra para abrirla de un golpe, apareció un niño de unos once o doce años y me puso la mano en el botellín. Hizo un ademán de «déjame, yo te ayudo, que tú no sabes». Se colocó la boca de la botella delante del ojo, encajó la chapa entre el pómulo y la ceja, hizo palanca y la cerveza se abrió con un plof seco. Por un momento dudé de si recuperar la bebida o regalársela y aplaudir.

Los *shebeens* eran lugares de vacile y los *spaza*, territorio de economía de guerra. Como en los barrios segregados casi nadie tenía dinero y no podía permitirse comprar un pan entero, media docena de huevos o un kilo de sal, los alimentos se vendían en cantidades diminutas. La gente compraba un huevo, tres cigarrillos, una taza de azúcar o dos rebanadas de pan de molde. Para lo que Mophethe andaba buscando, nos servía tanto un *spaza* como un *shebeen*: necesitábamos cigarrillos.

Yo no tenía demasiada idea de qué demonios estábamos haciendo, pero

como veía el gesto angustiado de Mophethe, lo seguía sin hacer demasiadas preguntas. Él me iba explicando. Teníamos que regresar rápidamente a mi casa, recoger todos los pelos de los gatos desperdigados por el jardín, hacer una montañita, poner encima hojas de tabaco y quemarlos. Cuando me lo dijo, no pude contener una risotada.

—Venga, no me jodas, Mophethe. No me lo estarás diciendo en serio.

Ahí Mophethe se cuadró. Detuvo el paso, me puso la mano en el hombro y por un momento, más que un sermón, pensé que iba a darme el pésame. Me miró fijamente a los ojos.

—Tú no lo entiendes, pero, por favor, déjame hacer esto.

Creo que hay pocas frases más efectivas que decir algo así con tono grave, así que asentí, dije «vale, haz» y salimos del *spaza* con seis cigarrillos y un paquete de cerillas.

De vuelta a Melville, Mophethe entró en mi casa con el rictus serio. A los pocos minutos habíamos hecho una montañita de pelos blancos y grises sobre la que habíamos esparcido el tabaco de los cigarrillos. Prendió rápido y enseguida ascendió hacia el cielo una diminuta columna de humo. Nos quedamos los dos allí de pie, en silencio, mirando como ardía la montañita de pelos de gato en mi jardín.

Cuando se consumió del todo, Mophethe cerró la escena sin ponerse ceremonioso.

—Ya está, ya nos podemos ir. ¿Vamos a tomar algo?

Entramos al bar Antz, él pidió una cerveza y yo una bebida de limón amargo, y no comentamos lo que acababa de ocurrir. Yo me alegré sobre todo porque Mophethe tuvo la deferencia de no inventarse la trola de que, desde aquel momento, una burbuja gigante e invisible rodeaba la casa y me protegía de las brujas.

# EL HOMBRE QUE NO CORRÍA

Kenia

Hacía una mañana para enmarcar. No había una sola nube en el cielo, el sol empezaba a calentar los huesos y una bruma ligera se levantaba sobre las plantaciones verdes de té. Se oía el balido de las cabras, y de las chimeneas de las casas ascendían hilos de humo del primer fuego. Era un día perfecto y a Daniel Ori Kiplimo no le importaba un comino. A sus cinco años, estaba enfadado a la vez con su suerte, con el mundo y con su tobillo vendado. No estaba para mañanas bonitas. Si para cualquier niño del mundo tener una pierna hecha cisco es un fastidio, para un chaval del pueblo de Iten era además una punzada en el orgullo. Por eso, cuando su profesora, Stella Kipyego, trazó con un palo una línea de salida en la tierra, se puso a resoplar. No quería ni mirar.

—Preparados...

La escuela Katalel Academy, un edificio de ladrillos con cuatro aulas estrechas, llenas de pupitres de madera y niños apretujados, está situada a la entrada de la población. Aquella mañana, incluso desde la carretera se veía el ajetreo. En el terreno frente al colegio, medio centenar de niños vestidos con

petos de color amarillo fosforescente daba saltos y gritaba con ansia porque la carrera iba a empezar.

—Listos...

De vez en cuando, Daniel echaba un vistazo fugaz a sus compañeros, frustrado por aquella lesión inoportuna, y volvía a apartar la mirada. Cuando la profesora se dispuso a dar la señal de salida y los niños inclinaron levemente la espalda hacia delante para tomar impulso, él hizo como si observara algo en el interior de una taza roja. Pero la taza estaba vacía.

—¡Ya!

Los chavales salieron disparados y empezaron a dar vueltas a la escuela como si les fuera la vida en ello. Uno de los chicos, con un problema congénito en las piernas, avanzaba con torpeza, dando zancadas con la cabeza agachada y los hombros pegados al cuello. Aunque pronto quedó claro que iba a llegar el último, a mucha distancia de los demás, apretaba los puños y los dientes. No se iba a parar.

El valle del Rift keniano es la cuna de los mejores atletas del mundo. Este rincón del oeste keniano, donde los niños juegan a correr en el recreo, el atletismo es pasión, genética, esfuerzo, gloria y un ascensor social: no hay una forma más rápida de salir de la pobreza rural keniana. Probablemente tampoco una más bonita. Cada mañana, unos dos mil corredores locales salen a entrenarse por un laberinto de caminos de tierra entre montes y bosques frondosos a 2.400 metros sobre el nivel del mar. En esa tierra fue donde, a finales de la década de 1930, nació Wilson Kiprugut, el hombre que inició la leyenda: en Tokio 1964 ganó la primera medalla en unos Juegos Olímpicos para Kenia. Desde entonces, y hasta los Juegos de Río de Janeiro, el atletismo keniano ha ganado 96 medallas olímpicas, 30 de ellas de oro.

Aquella era mi tercera visita a la zona y estaba feliz. Además de la belleza del paisaje, de Iten me atrapaba el ambiente de esfuerzo y de camaradería. Campeones del mundo y futuras estrellas entrenaban cada día, codo con codo, con tipos que corrían por placer o que nunca iban a lograr marcas mundiales. Correr en Iten era una actividad social y también un peaje hacia la libertad para las mujeres. Aunque Iten conservaba la fragancia rural, el atletismo no solo había cambiado la cara de la localidad gracias a las inversiones

millonarias de los atletas campeones, sino que también se había convertido en un vehículo hacia la igualdad de sexos. Después de viajar por el mundo y conocer otras formas de ver la vida, las atletas campeonas regresaban a casa con una mentalidad abierta, con estatus de heroínas nacionales y de ejemplos a seguir y, sobre todo, con independencia financiera. Si en el resto de la Kenia rural las niñas estaban destinadas a ocuparse de la casa y de los niños, en Iten las atletas habían derribado un muro hacia la igualdad.

La amabilidad, además, es una de sus señas de identidad. Los atletas, la mayoría de etnia luo o kalenji, son gente sencilla y abierta, y no es extraño acabar desayunando con toda la familia de un récord del mundo de maratón o bailando *La Macarena* en casa de una campeona olímpica porque el día de la entrevista es su cumpleaños y te invita a ir con sus amigos a celebrarlo.

Siempre que había visitado Iten había permanecido únicamente en el pueblo, de modo que en aquella ocasión me prometí que, al acabar el reportaje, exploraría un poco el resto de la región. En ocasiones anteriores había estado tan enfocado en los atletas que apenas había prestado atención a lo demás. Así, mi penúltimo día en Iten me desperté temprano, enfilé un camino de tierra y salí a caminar. No tenía un rumbo fijo y tampoco la más mínima idea de a dónde dirigía aquel sendero, pero la belleza del paisaje hacía innecesario tener más motivos para estar allí. Después de un buen rato, me senté a descansar en una piedra junto al camino y a admirar un valle ancho que terminaba en una ristra de colinas verdes. Debía de estar absorto ante el panorama, porque no lo vi venir. Se colocó delante de mí, arrugó una gorra marrón entre las manos y sonrió con amabilidad.

—¿Estás enfermo?

Como me pilló por sorpresa, tardé en reaccionar. Por fin caí. En un lugar de tantas agujetas diarias, donde correr es lo normal, aquel hombre no entendía qué hacía yo ahí parado. Asumió que si aquel chico blanco estaba sentado junto al camino era porque estaba enfermo o le había ocurrido algo. Por eso se acercó a preguntar.

Se llamaba Mark K. Kimutai.

No hablaba casi inglés, así que intenté explicarle por signos que todo iba bien, que simplemente estaba dando un paseo. Le pregunté hacia dónde iba y

cuál era su profesión. Como los dos queríamos entendernos, de alguna manera lo logramos. Hice el gesto de cavar la tierra para preguntarle si iba a trabajar el campo y asintió sonriente. Yo le hice el gesto de escribir en un papel para decirle que era periodista, y entonces su cara se iluminó. Se señaló el pecho entusiasmado, golpeándose la chaqueta con el dedo índice, y me pidió que lo acompañara.

—*Your home?* —pregunté.

—*Yes, my home.*

Le pregunté si estaba cerca y Kimutai dijo que sí. Tras hora y media andando, llegamos a su jardín. Era un terreno amplio, cercado por una verja de madera, con una casa sencilla justo en medio. Había también un corral con unas ovejas y dos vacas que pastaban relajadamente, atadas a un árbol con una cuerda larga. Nos recibió su hijo Abel, un chaval veinteañero que puso cara de sorpresa cuando vio llegar a su padre con un tipo blanco. Como Abel sí chapurreaba inglés, nos hizo de traductor.

Kimutai también era kalenji, pero no corría. Tenía una afición oculta: le gustaba escribir. Lo comprendí cuando me invitó a entrar a su salón y le brillaron los ojos al abrir una caja de madera y sacar un viejo archivador con el logo de Seúl 88. Guardaba cientos de hojas escritas a máquina y a mano.

Además de costumbres y folklore kalenji, Kimutai había reescrito leyendas como la de Cheptalel, una chica ofrecida en sacrificio al Dios del sol para acabar con una severa sequía que afecta a toda la región y que salva su vida *in extremis* gracias a la valerosa intervención de un apuesto chico.

Le expliqué que en Cataluña celebrábamos la tradición de Sant Jordi, una historia bastante similar, y que existía la costumbre de regalarse libros y rosas. La coincidencia le pareció extraordinaria. Kimutai contagió su emoción a Abel, que intervino para preguntar.

—¿Y también asustáis a los niños con el monstruo Kerit?

Como puse ojos de interrogante, Kimutai pidió con las manos que aguardara un instante, buscó entre sus papeles y señaló unos párrafos.

Kerit es un mito de la cultura popular kalenji. Un monstruo de apetito voraz, mitad oso, mitad hiena gigante, que se pasea elusivo por las montañas y se alimenta únicamente del cerebro de los humanos. Una criatura mitológica

como el chupacabras, el hombre de las nieves o el monstruo del lago Ness, adaptada a la historia del valle del Rift.

Le pregunté a Kimutai si había intentado publicar todas aquellas páginas y se encogió de hombros. Su expresión no hizo falta traducirla. Era un campesino humilde, venía a decir, y no tenía ni idea de por dónde empezar. Lo había escrito porque le apetecía. Se quedó un momento callado, pero a los pocos segundos retomó la palabra y estalló en una sonora carcajada.

Escribir le había afilado el ingenio.

—Dice mi padre —tradujo Abel mientras su padre aún se reía— que aquí explica las tradiciones y la cultura de nuestro pueblo por si algún día le interesan a alguien, cuando todos se cansen de correr.

## ESPOSAS

### Uganda

Lena solo tenía cuatro años y, cuando le conté la historia, le pareció tan mal que me dio un juguete especial para ella: un oso de peluche rosa. También se enfadó con el mundo.

—Muy mal. Los niños y las niñas son iguales. Si no quieres hacer algo, no lo tienes que hacer, ¿a que no?

Una incipiente feminista estaba floreciendo en el interior de mi hija mayor y a mí me parecía emocionante. Días antes, Lena había salido de colegio enfadadísima porque un niño de un curso superior le había dicho en el recreo que las niñas juegan con muñecas y los niños a fútbol. A ella no le atrae en absoluto la pelota —su mayor diversión cuando yo veo un partido en casa es apagar la tele y salir disparada con el mando para que la persiga—, pero aquella distinción hizo que se rebelara. No por ella, sino por su hermana pequeña. A Aina, decía, puede que sí le gustara el fútbol cuando fuera mayor.

Aquella tarde, al salir de clase, se lanzó a mis brazos y buscó apoyo moral.

—Papá, ¿a que, si Aina quiere, podrá jugar?

Cuando una semana después le expliqué que iba a Uganda a conocer a una niña a la que por serlo la obligaban a irse a otra casa sin sus padres, se le

acabó la paciencia. Al llegar a su habitación me dio el peluche rosa, que le gustaba un montón, para que se lo regalara a aquella chica y no estuviera triste. Pactamos que a la vuelta les traería a las dos una muñeca ugandesa a la que llamaríamos *Kampala*. También se había convertido en costumbre: siempre que les traía un muñeco africano, lo bautizábamos con el nombre de la capital. En la estantería de su habitación compartida reposaban *Addis*, *Cairo*, *Nubia* —llamar a un juguete *Jartum* me pareció excesivo— (*Kin*)*Sasha* y *Dakar*.

En realidad, a Margaret no la habían obligado a irse de casa. O no solo la habían obligado a eso. Esa era la forma de suavizar la historia para Lena, pero aquella no era la principal cuestión. A Margaret, a sus trece años, acababan de casarla con Okot, un chico que le doblaba la edad.

Margaret Ayo era lista y guapa. Tenía las facciones suaves, la nariz estrecha, el pelo corto y una sonrisa franca y timorata que delataba la niña que llevaba dentro. Aquella primera impresión se quedó corta: detrás de aquel velo de timidez adolescente descubrimos en los días siguientes una determinación infatigable y un carácter insumiso. Margaret vivía en Bad Munu, una diminuta aldea de media docena de chozas de adobe al final de una pista de tierra cerca de Pader, en el norte de Uganda. En cuanto le estreché la mano, supe que había en ella algo especial. A mi lado, el fotógrafo Alfons Rodríguez pensó lo mismo. Alfons, que ha afinado el instinto durante más de treinta años de fotografía social por medio mundo, supuso más. Iba a costar tiempo ganarse su confianza. Meses atrás habíamos iniciado un proyecto, de casi dos años de duración, para contar diez historias de diez niños o niñas en diez países africanos. Cuando encontrábamos un hueco entre nuestros compromisos y trabajos, nos escapábamos a África a buscar a personas que, pese a las adversidades, pelearan por superar su destino, aunque no siempre lo consiguieran. Al terminar, queríamos convertir el proyecto en una exposición itinerante en escuelas occidentales. Para nosotros era innegociable presentar a aquellos niños como protagonistas de los cambios del continente y no como meras víctimas pasivas. No era un matiz ligero: mientras que la víctima sufre por su pasado, el superviviente mira hacia el futuro. Y con un 60 por ciento de la población con menos de veinticinco años, no hay un continente con más futuro que África.

El presentimiento de Alfons fue certero: costó tiempo acercarse a Margaret. Aquel primer día nos rehuyó todo el tiempo. Le daba vergüenza. En cuanto nos vio aparecer, agachó la cabeza, se refugió en su timidez y dejó que fueran su esposo y el jefe de la aldea —el abuelo de Okot— quienes hablaran todo el tiempo. Nos pareció bien. Tampoco habría servido de nada preguntarle a ella aquel primer día porque sus respuestas probablemente habrían sido las que la convención social ordena. «¿Estás enamorada de tu esposo?» «Claro.» «¿Querías casarte con él?» «Sí.» «¿Te parece bien el matrimonio infantil?» «No sé.» Etcétera.

El segundo día, Margaret tampoco quiso saber nada de nosotros. El tercero probablemente seguía sin apetecerle, pero la desconfianza ya era menos y la hospitalidad obligaba. Aquella tarde me dejó acompañarla a buscar agua al pozo mientras Alfons se quedaba en la aldea con Okot. Aunque iba descalza, caminaba deprisa, en silencio, con la espalda erguida. Vestía una falda blanca hasta los tobillos, una camiseta azul con el número 19 en la espalda y cargaba una garrafa en cada mano. En un momento del camino, pasamos junto a un grupo de niñas de aproximadamente su misma edad que se lanzaban la pelota las unas a las otras. Reían divertidas cuando el balón golpeaba el cuerpo de alguna de ellas y caía al suelo. Margaret pasó de largo sin detenerse, pero noté que las miraba de reojo y aquello me sirvió para romper el hielo. Me contó que el juego se llamaba *ayuu*, me explicó las reglas y también que a veces echaba de menos poder jugar como las demás. Añoraba igualmente la escuela, que había abandonado para irse a vivir con Okot. Mientras accionaba la manivela de la fuente, a Margaret se le desbordó la nostalgia.

—Cuando recuerdo cómo jugaba a *ayuu* con mis amigos, me siento feliz y me entran ganas de ir con ellos a jugar de nuevo, como antes —dijo—. Pero ahora ya no tengo tiempo. Sé que ya no volveré a jugar.

Margaret trabajaba sin descanso. Mientras esperábamos a que se llenaran los recipientes, me explicó su rutina. Cada mañana, tras preparar el desayuno, salía a trabajar el huerto con Okot. Luego iba a buscar agua y a cortar leña, pelaba cacahuets, machacaba los cereales y ayudaba a su suegra a conservar semillas para la próxima cosecha. También limpiaba la casa y preparaba la comida o la cena. A veces, por la tarde, ayudaba en el huerto otra vez.

De regreso de la fuente a casa, Margaret guardó silencio casi todo el camino. Quizás, pensé, se había arrepentido de abrirse un poco delante de un extranjero a quien acababa de conocer. Avanzaba pensativa, con una garrafa en equilibrio sobre la cabeza y otra en la mano derecha, mirando al frente. Al cabo de unos minutos dejó escapar un suspiro en voz alta.

—Dejé de ser una niña demasiado rápido. Demasiado joven.

Me quedé estupefacto. No esperaba un comentario tan rotundo. Fue como si la breve conversación sobre el *ayuu* hubiera resquebrajado un dique de contención que había estallado definitivamente en aquel momento. Decenas de palabras contenidas fluyeron de sus labios.

—La forma en que dejé de ser una niña, tan rápido, no está bien...

No es justo que ocurra de esta forma. Una niña debería ser una niña, debería poder vivir su infancia hasta el final.

A pesar de su desahogo, Margaret hablaba sin amargura. Se advertía en sus palabras la aflicción por haber tenido que dejar atrás su infancia, pero su tono era dulce y parecía que algo la espoleaba en su interior a cambiar las cosas. Cuando llegamos a su aldea, la conversación se cerró en falso. Pero, días después, envuelta en la discreción de su choza y a solas, retó definitivamente las convenciones.

—Si en el futuro Dios me da el regalo de tener hijas, me gustaría estar con ellas y que no se casaran tan pronto. Para su felicidad, creo que sería lo correcto.

Margaret hablaba con la tranquilidad y el aplomo de una adulta. O de una niña a la que han obligado a crecer antes de tiempo. No le avergonzaba tomarse tiempo para responder y el silencio entre respuestas se convertía en un espacio de reflexión y no en una incomodidad. A Margaret le apetecía sincerarse. Estaba sentada en un colchón en el suelo, delante de un tapiz verde, azul y blanco que resaltaba las expresiones de su rostro. De fondo solo se oía el cacareo de las gallinas. La estancia apenas estaba iluminada por la luz que entraba por la entrada principal, cubierta con una cortina blanca. Margaret no quería que sus hijas sufrieran un matrimonio infantil, decía. Y en aquellas palabras no solo mostraba la rabia de una niña obligada a casarse: anunciaba que algo estaba cambiando en el continente.

No hay un solo motivo que empuje a una niña a un matrimonio prematuro. La pobreza, el patriarcado, la religión o el honor familiar condenan a miles de niñas de todo el mundo a casarse con hombres mayores. Aunque la práctica ocurre en muchos países, en África central y del oeste se producen más matrimonios infantiles que en cualquier otro lugar del planeta, con 4 de cada 10 niñas casadas antes de los dieciocho años. Luego no hay una África, hay Áfricas. Mientras en Ruanda las bodas con menores son una rareza, en Níger es lo habitual.

Pero en aquella choza sombría, las cifras habían dejado de ser importantes. Aunque Margaret era incapaz de revertir una realidad que la superaba y no podía evitar su matrimonio, su rebeldía respecto a un sistema machista anunciaba una revolución. Un cambio que ya había comenzado en muchos rincones del continente. El avance del feminismo africano ha empezado a transformar la mentalidad de millones de mujeres. A menudo es una evolución social lenta, imperceptible a la vista e insuficiente para impedir injusticias actuales, pero constante e imparable. Y poderosa. Capaz de cambiar, con todo en contra, la percepción de una niña de trece años en una aldea perdida del norte rural de Uganda.

La representación política es la punta de lanza del optimismo. En la última década, en África se ha triplicado el número de mujeres en puestos ministeriales, mientras que el número de parlamentarias ha alcanzado una media similar a la de los países europeos y es incluso superior a la de Estados Unidos. Aunque las desigualdades entre sexos son enormes en África (igual que en el resto del mundo), se han producido avances incluso en cuestiones relacionadas con la tradición y la religión, donde el cuerpo de la mujer históricamente siempre ha salido perdiendo, como la mutilación genital femenina. Todavía son demasiadas, pero hoy, en el África occidental se producen un tercio de las ablaciones que se realizaban hace veinte años.

Buena parte de esos avances no están exentos de dolor. A menudo son fruto de la posición activa de la mujer africana durante décadas en las luchas por la independencia colonial o por la paz tras situaciones de conflicto. Ruanda es un ejemplo de progreso con raíz femenina y con cicatrices. Veinticinco años después del terrible genocidio de 1994, cuando más de 800.000 tutsis y hutus

moderados fueron masacrados en apenas cien días, el pequeño país de los Grandes Lagos se ha convertido en el primer Estado del mundo en representación femenina en el parlamento, con casi un 60 por ciento de los escaños. La evolución es consecuencia indirecta de su época más oscura: tras las matanzas, miles de mujeres quedaron viudas y al frente de sus familias o comunidades, por lo que la sociedad se vio obligada a reaccionar y se cambiaron leyes para permitirles a ellas tener la propiedad de la tierra y representación pública. Desde entonces, las ruandesas han crecido con oportunidades similares a las de los chicos, con leyes paritarias y en un contexto que les permite alcanzar su potencial. A pesar de la falta de libertad de expresión y la mentalidad machista que aún impera en Ruanda, el Gobierno ha aprobado leyes de defensa de los derechos de las mujeres y para facilitar su acceso al mercado laboral. Han dado resultado: el 93 por ciento de las ruandesas en edad de trabajar tiene empleo, el porcentaje más alto del mundo. Aunque el ejemplo de Ruanda es especialmente positivo, no es único. Países africanos como Burundi, Namibia, Sudáfrica o Mozambique tienen una brecha de género inferior o igual a la de España.

Hay otra herramienta indispensable para que la mujer africana ocupe su lugar: la educación. En una ocasión tuve la oportunidad de charlar durante horas con la que fue primera ministra de Educación mozambiqueña, la activista Graça Machel. Para Machel, apoyarlas a ellas era la pieza del cambio.

—Invertir en mujeres es una inversión estratégica porque no solo mejora su vida, sino la de sus familias y la sociedad. Ellas tienen la capacidad de empoderarse a sí mismas y también a sus familias, sus comunidades y sus naciones.

Para Margaret era tarde. En la diminuta aldea de Bad Munu, el tren de la educación se le había escapado definitivamente. Ella lo asumía con resignación. Ni siquiera era discutible que, tras casarse, pudiera seguir yendo al colegio, así que tampoco había peleado por lo que veía imposible. Su rebeldía se ceñía al destino de sus futuras hijas; ella aceptaba su presente. Aseguraba que amaba a Okot porque notaba que él la quería y era buena persona. Lo que más le gustaba de él era que trabajaba duro y trataba bien a

los demás. No le dolían prendas en admitir que también estaba con él por pena.

—Cuando me contó lo que le había pasado, sentí lástima por él. Creo que por eso hemos acabado juntos.

A los cinco años, Okot se había quedado huérfano de una forma cruel. Después de la repentina muerte de su padre, su madre lo abandonó. Se fue. Lo dejó con su abuelo y desapareció. Nadie volvió a verla más. A Okot lo criaron sus abuelos en el seno de una familia humilde y rural. Fueron tiempos de escasez y privaciones obligadas: al poco tiempo dejó la escuela porque en casa no la podían pagar.

A Margaret había otra cosa que le gustaba de Okot: era divertido y tenía mucha imaginación. Al caer la noche, le gustaba contar historias increíbles. En cuanto el cielo se llenaba de estrellas, Margaret y el resto de la familia se reunían alrededor de la hoguera —en la aldea no había luz eléctrica— y lo escuchaban con devoción. Al narrar los cuentos y leyendas, Okot los sazonaba con anécdotas o exageraciones, así que todos esperaban expectantes aquellos momentos de teatro improvisado junto al fuego.

—Tendrías que verlo —decía Margaret divertida—, se levanta y hace gestos y muecas con la cara. Es divertidísimo. ¡Y cada noche cuenta una historia diferente!

Okot me desconcertaba cada vez más con el paso de los días. Yo había ido a Uganda cargado de rabia por la injusticia de los matrimonios infantiles. Me repugnan. Y había ido al norte ugandés dispuesto a encontrar a un tipo despreciable, mezquino, a un abusador de menores, a un hombre que se aprovechaba de una niña como Margaret. Pero Okot era un tipo normal. Un chico prácticamente sin educación y maneras algo rudas, pero cariñoso con Margaret, sus abuelos e incluso con los niños de los vecinos. Y, aunque no sabía de convenciones o mayorías de edad occidentales, sí era consciente de que había algo torcido en la diferencia de edad con Margaret.

—Siento que una persona de veinticinco años no debería estar con una niña de trece años. Está mal. No está bien en absoluto, pero son cosas que pasan a veces. Esa práctica debería acabar conmigo.

La víctima era Margaret, nadie más, pero aquella práctica los atrapaba a

los dos. Okot simplemente no luchaba contra aquella injusticia y se dejaba llevar por las convenciones locales que empujan a los hombres a casarse con una menor a la que doblan o a veces triplican la edad. Porque siempre se ha hecho así.

Okot solo tenía un argumento para justificar su decisión. Cuando miraba a Margaret, se le encendían los ojos. Sintió lo mismo, juraba, cuando la vio por primera vez en una aldea cercana y se paró a charlar con ella. A Margaret le dio vergüenza y al principio rechazó su invitación de verse de nuevo y dijo que quería pensárselo. Pero él insistió. Fue a arreglar el matrimonio con los padres de ella.

—La razón por la que me enamoré de Margaret —recordaba Okot— es, en primer lugar, su rostro. Me gusta mucho. Pero no solo fue eso.

A Okot también le gustaba trabajar el campo con Margaret. Era su momento favorito del día. Decía que verla allí a su lado, cavando junto a él la tierra, le hacía quererla todavía más.

—En esos momentos —decía— siento que mi amor no se detendrá nunca.

La última tarde, aunque el horizonte acercaba un muro negro de nubes y rayos, se apoyaron cada uno la azada al hombro y se dirigieron a un huerto cercano detrás de su casa. Ambos removían la tierra concentrados y arrancaban malas hierbas con un gesto mecánico, sin descanso. A veces comentaban algo entre ellos, pero la mayor parte del tiempo permanecían en silencio. Trabajando. De vez en cuando, Okot paraba de cavar y observaba —o admiraba— con disimulo a su esposa durante unos instantes. Ella simulaba no enterarse y seguía cavando como si nada.

Al rato, a Margaret, por el esfuerzo, le aparecieron cientos de gotas diminutas de sudor en la cara que brillaban cuando el sol asomaba entre los nubarrones. Cuando se acumulaban unas cuantas, le resbalaban por el cuello y empapaban su camiseta verde, con un estampado de flores en el centro. En la manga izquierda tenía escritas tres palabras en letras blancas: «I love Africa».

## PAPELES

### Costa de Marfil

Dos bidones de metal en mitad de la carretera solo podían ser una mala señal. Al girar una curva y encarar una recta, Abdulayé tensó el gesto, aminoró la marcha y apretó las manos en el volante. En el sillín del copiloto, el fotógrafo Kim Manresa, gato viejo, bajó la cámara disimuladamente y la ocultó entre los pies sin dejar de mirar al frente. Yo me hundí un poco en el asiento de atrás y me dio tiempo a ver cómo tres tipos armados con ametralladoras salían del margen de la carretera y se situaban en medio del camino. Ya era imposible dar la vuelta. El tipo más alto, con gafas de sol en la cabeza, camiseta blanca de tirantes y pantalones de camuflaje, hizo un gesto con el brazo para que el chófer parara el motor y se acercó a la ventanilla. En cuanto vio a dos blancos dentro del vehículo, le brillaron las pupilas. Mascaba tabaco con chulería y nos echó una larga mirada a Kim y a mí, regodeándose en su inesperada fortuna. Abdulayé, un amigo de Mali a quien conocía desde hacía años, reaccionó por reflejo y le mostró temeroso un salvoconducto con el sello gubernamental que nos habían dado en la capital. Desde Abiyán hacia el norte, toda la pista que cruzaba el país de abajo arriba era una cremallera de controles militares, y aquel documento oficial nos había permitido sortear las barreras y avanzar hacia el norte. Pero en aquel momento, el gesto de

Abdulayé era una apuesta arriesgada. Nos acercábamos a la ciudad de Buaké y en aquellos días de 2010, Costa de Marfil era un país en combustión y partido por la mitad, con el ejército del Gobierno al mando del sur del país, y el norte controlado por las fuerzas rebeldes. Si habíamos pasado a territorio subversivo, aquel papel oficial no servía absolutamente para nada. Y salió cruz. En cuanto Abdulayé levantó el folio, el tipo de las gafas arrugó la frente, le arrancó el documento de la mano y lo lanzó hecho un demonio contra el salpicadero.

—¿Qué me das? ¡Aquí eso no vale, los papeles oficiales no me importan, me molestan!

El tipo gritaba como si aquel papel fuera la mayor de las ofensas, y Abdulayé intentó pedir disculpas.

—*Je suis vraiment désolé, mon chef...* —El tipo le cortó en seco y acentuó su indignación.

Kim y yo guardábamos silencio, pero cuando el hombre ordenó a Abdulayé que descendiera del coche, reaccionamos al unísono. Si bajaba del vehículo, la situación se iba a volver más imprevisible y, en el mejor de los casos, aquellos tipos nos robarían todavía más.

—*Mon ami, mon ami, je m'excuse* —dije.

—Barcelona, Barcelona —gritó Kim.

Y esta vez salió cara. El rebelde hizo una mueca, sonrió levemente y se giró hacia él.

—*Barcelone? Pas de problème* —y levantó el pulgar.

El tipo seguía indignado, pero se dirigió a nosotros en un tono menos amenazador. Nos explicó que estábamos en zona rebelde y enseñar documentos del enemigo era un insulto. Lo dijo muy serio, negando con la cabeza, como si no fuera evidente qué significaba en realidad aquella farsa. Nos disculpamos cien veces —Abdulayé, aún con las sienes llenas de perlas de sudor, unas doscientas mil cada minuto, de media— y el tipo al final propuso un acuerdo. Tuvo el decoro de vestirlo de apoyo a la causa. Podríamos avanzar por su territorio, dijo, siempre y cuando realizáramos una «donación voluntaria a la lucha por la libertad». Después de cinco semanas por varios países del oeste africano, hacía días que nos habíamos pulido todo

el presupuesto del viaje, y Kim y yo nos miramos fugazmente, con las cejas arqueadas y un picor incómodo en la cartera.

En cuanto volvimos a arrancar, Kim se giró hacia mí con la cara pálida. Aún estábamos a varios kilómetros de Buaké, la capital rebelde, y no nos quedaba ni un céntimo. Nada. Si nos volvían a parar en un puesto de carretera, y era más que probable que hubiera controles rebeldes más adelante, tendríamos problemas. Tampoco podíamos regresar. Además de hacer un reportaje sobre niños soldados y las cicatrices de la primera guerra marfileña, que duró de 2002 a 2007, en Buaké necesitábamos conseguir dinero y seguir nuestro camino hasta Mali, desde donde salía nuestro avión de regreso a casa. Tampoco era buena idea quedarse mucho más en la zona. Costa de Marfil no vivía días de guerra abierta, pero atravesaba una etapa convulsa con un Gobierno de unidad de cartón piedra, y las brasas del enfrentamiento no se habían enfriado. Al fin y al cabo, el desastre había tenido tiempo de coger temperatura. Tras la muerte en el año 1993 de Félix Houphouët-Boigny, presidente durante los primeros 33 años de libertad y aliado favorito de Francia, el país se había agrietado. El camino hacia el desastre no fue demasiado original. El hundimiento de la economía, que a golpe de billetera había sostenido la unidad social durante las primeras décadas de independencia, dejó vía libre a políticos irresponsables, que utilizaron el descontento y el miedo al otro para auparse en el poder. Por ganar un puñado de votos, acuñaron un concepto inventado —*ivorité*, palabra derivada de *ivoire*, «marfil» en francés— para determinar la pureza y derechos de los ciudadanos marfileños en un país con casi un tercio de población extranjera. El desastre tuvo una avanzadilla en 1999, con un golpe de Estado, y se desencadenó en 2002: estalló la guerra civil. Fue el primer capítulo de una pesadilla que duraría varios años.

Mientras nos dirigíamos a Buaké todavía no lo sabíamos, pero aquellos días de tregua iban a durar poco y la segunda guerra civil marfileña estaba a punto de destrozar lo que quedaba de Costa de Marfil. Solo unos meses después, la disputa por decidir el vencedor en las elecciones terminó de nuevo en guerra y con las tropas francesas en las calles marfileñas para apoyar descaradamente un cambio de régimen en el poder.

En aquel coche, en mitad de una carretera cosida de controles rebeldes y sin dinero, aquel futuro cercano nos parecía menos urgente. Resolvimos jugarlo todo a nuestra única oportunidad: escondernos. Si desde lejos los rebeldes veían a dos blancos, pararían el vehículo con total seguridad, así que debíamos evitarlo. A Abdulayé le pareció tan buena idea que se puso a rezar para sus adentros. Kim pasó conmigo a la parte trasera del coche y nos tumbamos en los asientos. Admito que no era un gran plan. Sin duda, si se acercaban a la ventana nos verían sin ninguna dificultad, pero como la mayoría de los puestos militares estaban formados por dos o tres rebeldes aburridos, que si no veían dinero fácil ni siquiera se levantaban, el truco funcionó. Cuando nos acercábamos al control, nos hacíamos los dormidos y Abdulayé saludaba con un gesto de mano para que le dejaran pasar. En cuanto veía vía libre, aceleraba.

Así pasamos dos controles. Luego llegamos a la entrada de la ciudad. Apenas unos metros después de atravesar la última barrera, en la que ya había bastante más movimiento, un chaval que vendía refrescos en la carretera se acercó al vehículo y nos descubrió. Intenté hacerle gestos de que no dijera nada y debió entenderme perfectamente porque se giró hacia los militares y empezó a chillar como una hiena.

—¡Hay blancos, ahí hay dos blancos!

Abdulayé reaccionó con temple. Como técnicamente ya le habían abierto paso, invirtió los tres segundos que los militares tardaron en levantarse para hacerse el sueco a la maliense: clavó su mirada al frente, ignoró los gritos como si oyera llover y pegó un acelerón. No se detuvo hasta que llegamos al otro extremo de la ciudad. Al apagar el coche, se giró hacia nosotros y por fin habló.

—Amigos, creo que es mejor que saquéis algo de dinero.

Aquella tarde hicimos varias entrevistas discretas, sin dejarnos ver demasiado por la ciudad, y nos recogimos pronto en el hostel después de cenar en un garito de chapa en una callejuela. Pedimos arroz blanco y unos plátanos. Por ir ahorrando hasta la frontera.

# EL COLOR DE LAS JACARANDAS

## Zimbabue

Aquella semana las jacarandas habían florecido, y las calles de Bulawayo, en el sur de Zimbabue, estaban teñidas de lila y parecían una película de dibujos animados. El aroma de flores envolvía la ciudad y había un sol radiante en el cielo, quizás por eso se me clavó en la garganta tanta oscuridad. Al principio, Tendai y su hermana Violet abrieron la puerta de su casa asustados, pero enseguida se echaron a un lado y me invitaron a pasar. Una vecina, enfermera en un hospital cercano, les había advertido de mi visita y los dos niños habían accedido a charlar. Tendai y Violet, de once y catorce años, hacía cinco días que se habían quedado solos. Sus padres, consumidos por el sida, habían fallecido prácticamente al mismo tiempo y, como los dos menores no tenían familia en la ciudad, simplemente esperaban en casa, desatendidos y con el alma aturdida. Vivían en una estancia pobre, de muros de ladrillo, con una cocina eléctrica en una esquina, un sofá en mitad del cuarto y una ventana cerrada en la pared del fondo. El habitáculo estaba en penumbra, desordenado y había basura por todos lados. La única luz emanaba de un televisor encendido donde emitían un partido de la liga zimbabuense. En aquellos días,

Zimbabue se desmoronaba por la recesión económica y no había rastro de los servicios sociales. En realidad, no había casi de nada. El Gobierno de Robert Mugabe, desesperado por la inflación, imprimía billetes de trillones de dólares que perdían su valor en pocas horas, y culpaba de todos sus males a las sanciones económicas y el bloqueo de Estados Unidos, Europa y el Fondo Monetario Internacional. En los peores momentos, los zimbabuenses cobraban el sueldo en bolsas de plástico llenas de billetes y salían corriendo a comprar pan y otros alimentos al supermercado antes de que, apenas unas horas después, los precios hubieran vuelto a multiplicarse. Más allá de sus malas relaciones internacionales, Zimbabue había firmado su sentencia tras una reforma de la ley de la tierra que supuso la confiscación de cientos de granjas privadas a sus propietarios blancos, a menudo expulsados de forma violenta. La medida, que trataba de paliar la injusta repartición de la tierra fértil en manos blancas para distribuir las entre granjeros negros, se tiñó pronto de racismo y nepotismo: las mejores granjas fueron a parar a políticos, militares u hombres bien conectados con el poder que no tenían la más mínima idea de cómo cultivar el campo o cuidar el ganado. El resultado fue el desastre: en una década, la producción nacional de alimentos se desplomó, los precios subieron y el desempleo se disparó. La decisión del Gobierno de involucrarse en la costosa guerra de su vecino Congo, con sueldos desorbitados para los jefes militares, puso otra estaca en el corazón de la economía zimbabuense. Millones de ciudadanos huyeron a Sudáfrica en busca de un futuro.

Por suerte para Tendai y Violet, Zimbabue sufría los efectos de una economía destruida, pero no había perdido la humanidad: ante la adversidad, las redes sociales vecinales se estrecharon. Cada noche, algún vecino se apiadaba de aquellos niños huérfanos y les llevaba algo para cenar. Eso era lo que comían.

Tendai vestía una camisa azul arrugada, llena de lamparones, y Violet una camiseta verde y una falda roja que le cubría las rodillas.

Ella hablaba entre susurros, rehuendo siempre el contacto visual, y Tendai no dejaba ni un solo segundo de mirar la televisión. Si le preguntaba directamente, me dirigía un vistazo fugaz, para dar a entender que me había oído, y respondía con monosílabos mientras seguía viendo el partido. La luz

blanca de la pantalla iluminaba el rostro del niño, que parecía hechizado por el balón. Intenté ganarme su atención, le dije que venía de Barcelona y le pregunté si le gustaba mucho el fútbol. Me dijo que no. Pensé que no me había entendido bien e insistí porque lo veía tan concentrado en el encuentro que su respuesta me había pillado a contrapié. Volvió a decir que no. Ese fútbol no, matizó por fin.

—A mí me gustaba el Manchester United.

Lo dijo en pasado, así que le pregunté medio en broma si ya no le gustaban los *Diablos Rojos* porque ya no eran tan buenos como antes, y no lo vi venir.

—Bueno, aún me gusta el United, pero cuando nos corten la luz ya no podré verlo más.

Era solo un niño, pero Tendai ya se había hecho a la idea de que, para él y su hermana, muchas cosas habían cambiado para siempre. El fútbol solo era una más.

## JALIMA Y AREATZA

### Etiopía

Lautzin siempre había sido uno de los últimos caseríos de la cuesta. Ahora mi primo Antxon quiere hacer quesos con la leche de sus ovejas y está construyendo una casa-establo un poco más arriba, pero durante un siglo y medio aquel caserío fue la última casa de la familia en el camino que sube hacia el monte Gorbeia desde el pueblo de Areatza. La primera vez que estuve allí tenía unos diez años y me cautivó. Había que ascender por un camino retorcido y, tras dejar atrás un puñado de caseríos, en un remanso a la izquierda, Lautzin asomaba sus paredes de piedra y sus tejas rojizas hacia el valle como si hubiera estado allí siempre, antes incluso que los árboles y las montañas. Entre aquellos muros nació mi *amama*. Cuando años después se mudó a Barcelona, mi abuela materna colocó en el salón una foto de aquel caserío y nunca la quitó. No salía nada más en la imagen. Ni nadie. Solo aquel casón de piedra rodeado de campos verdes. De niño, me gustaba imaginar que aquella casa de la foto era la más antigua de Euskadi. Mi *amama* había nacido allí cuando el siglo XX era joven y Europa aún no se había arrancado las tripas, y yo pensaba que de ahí venía su amor por aquel hogar. Y sí, claro, porque de las raíces brotan nostalgias que duran toda la vida, pero no era solo por eso.

Lo supe al regresar de Etiopía y cuando mi *amama* ya tenía noventa y cuatro años.

Llamé a su puerta a primera hora de una tarde de junio y ella hizo lo de todos los abuelos con sus nietos: ser urgentemente generosos con su tiempo. Dejó lo que estaba haciendo, atravesó el pasillo a pasos cortos hasta el comedor y se sentó en su silla. Aunque le duelen los huesos y está prácticamente ciega desde hace años, tiene una lucidez envidiable y siempre que vuelvo de un viaje africano, me pide que le cuente.

—¿Cómo ha ido? —pregunta invariablemente.

Según los segundos que tardo en responder, adivina si bien o mal.

Aquel día tardé lo suficiente en contestar como para que se acomodara mejor en el asiento. Yo había ido al oeste y el sur de Etiopía para intentar comprender por qué el país, pese a los tremendos avances económicos de la última década, era uno de los más peligrosos para dar a luz. Aunque había estado antes en lugares de vida frágil, en aquella ocasión una resta se me había clavado en las costillas. Al preguntar a cualquier madre etíope cuántos hijos tenía, se había repetido siempre la misma escena: la mujer decía una cifra e inmediatamente después precisaba cuántos de ellos habían fallecido. Seis hijos, cuatro vivos. Nueve, seis vivos. Cinco, cuatro vivos. Diez hijos, ocho vivos. Y así.

Aquellas restas dibujaban un camino inacabado: aunque Etiopía había reducido a la mitad las muertes de neonatos en dos décadas, casi 500 niños etíopes menores de cinco años morían al día, la mitad antes de cumplir un mes de vida. No era un drama inevitable: la desigualdad y la pobreza estaban detrás de aquellos números tristes; la desidia también. El problema estaba enquistado porque la solución no pasaba por una simple vacuna o una pastilla milagrosa, sino por una mejora general del sistema sanitario y una red de atención accesible a las mujeres embarazadas. Le expliqué a mi *amama* cómo había visto a decenas de madres llegar a las puertas de centros sanitarios rurales sobre carros o a lomos de burros, con los ojos apretados por el dolor y el bebé a punto de salir. O de cómo a algunas no les daba tiempo y se desangraban en mitad de un camino de piedras. O cómo otras madres estaban tan lejos del hospital que ni siquiera intentaban acercarse. En las zonas

montañosas y humildes de Etiopía, parir en casa era tan habitual como haber perdido uno o varios hijos. Era lo normal.

Mientras hablaba, apareció en el salón mi tía María, que vive con mi abuela, con una bandeja con galletas y tres tazas humeantes y me prometí que la próxima vez les traería café de Etiopía. Entonces me di cuenta. Mi *amama* tenía la mirada perdida y hacía un rato que no me escuchaba. Asentía al aire, con un gesto suave y mecánico, como si tuviera la cabeza en otro lugar. En otro tiempo. Cuando oyó el tintineo de las tazas al chocar contra la mesa, regresó de donde estaba y ni siquiera hizo falta que le preguntara. Empezó a contar.

—Yo viví eso —empezó.

Probablemente era demasiado pequeña para percibir los nervios, inquietarse por las carreras apresuradas en los pasillos de Lautzin o descifrar el vapor de las toallas húmedas y el olor a sangre en el ambiente. Solo tenía dos años, así que seguramente mi abuela no intuyó la cara de preocupación de la matrona ni sus sudores fríos. Puede que sí notara la desesperación de su padre, mi bisabuelo, y el pavor clavado en sus ojos, porque los niños perciben esas cosas. Quizás la señal definitiva fue el silencio fúnebre en que se sumió el caserío minutos después. O quizás fue una mirada furtiva o una maldición lanzada al aire lo que le confirmó que nada volvería a ser igual: su vida de niña acababa de cambiar para siempre. Aquel día en el caserío de Lautzin, mi bisabuela murió desangrada mientras daba a luz en su habitación. El bebé tampoco sobrevivió. Mi *amama* arrastró aquella orfandad precoz toda la vida, pero hasta aquel día nunca me había hablado de ello. Yo sabía que mi abuela había perdido pronto a su madre y había tenido que madurar siendo una niña, que su infancia y adolescencia habían estado marcadas por el hambre y la guerra civil, pero jamás había escuchado los detalles. Me avergoncé de no haberle preguntado antes. Se hizo un silencio que ella rompió.

—Las cosas eran así aquí, ya ves.

Llevábamos un buen rato sentados, era media tarde y en la calle el sol alargaba las sombras. Sobre la mesa, el café había empezado a enfriarse. De fondo llegaba el ruido de los coches, pero, como nos habíamos quedado

callados, las palabras retumbaron. Ermías se levantó y dio una palmada:

—Vamos, en marcha. Ya no estamos lejos, si salimos ya, en una hora estaremos en Gambo.

Para cuando Alfons y yo reaccionamos, Ermías Yallew ya estaba dentro del coche. Ermías era un amhara más vivo que el diablo. Era capaz de conseguir cualquier cosa. Hacía de chófer, dirigía pequeños negocios y recibía en el aeropuerto de Addis Abeba a cooperantes o grupos de turistas, a quienes convencía para cambiarles sus dólares a moneda local a un precio imbatible que luego no lo era tanto. Tenía treinta y cinco años, dos niñas y le gustaba hablar de política, así que enseguida nos llevamos bien. Estaba entusiasmado con los cambios en su país. Después de varios años de manifestaciones contra el Gobierno autoritario en las provincias de las dos etnias mayoritarias, los oromo y los amhara, que se habían saldado con cientos de muertos y miles de detenidos y desaparecidos, Etiopía había dado un viraje descomunal. Nada más llegar al poder, el nuevo primer ministro, Abiy Ahmed, un político carismático de poco más de cuarenta años, había dado pasos impensables. Además de levantar el estado de emergencia nacional, liberar a miles de presos políticos y legalizar partidos políticos de la oposición, había adoptado una política de liberalización económica y firmado la paz con Eritrea. En apenas unos meses puso fin a uno de los odios más profundos de África, que hundía sus raíces en la década de 1960 y se había envenenado con el referéndum eritreo de independencia de 1993 y la posterior guerra entre vecinos. Tuvo más gestos extraordinarios: una semana después de nombrar un Gobierno con mujeres en la mitad de sus carteras ministeriales, entre ellas la de defensa o la de servicios secretos de inteligencia, designó a una mujer, Sahlework Zewde, como presidenta del país por primera vez en la historia de Etiopía.

Ermías nunca había tenido simpatías por el Gobierno tigray —una etnia minoritaria pero que copa el poder y todos los puestos principales del ejército y la Administración—, pero esta vez confiaba en la sinceridad del cambio. Tenía dos argumentos definitivos. El primero, decía, era que el primer ministro era hijo de madre cristiana y padre musulmán y por tanto había mamado en casa el respeto a la diversidad. El segundo era que le había ido

directo al corazón.

—Cuando dio discursos en las diferentes provincias usó la lengua local de cada territorio. ¡Sabe hablarlas! Ningún líder lo había hecho antes. Fue como si, en lugar de por los oídos, esas palabras me entraran por el corazón.

Y mientras lo contaba, Ermías soltó las dos manos del volante y se dio golpecitos en la parte izquierda de pecho. Fue un aviso de que el viaje iba a ser entretenido.

Además de un entusiasta por los cambios en su país, Ermías conducía como si lo persiguiera Satán. Iba todo el rato contando anécdotas y, cuando la conversación se encendía, apretaba el acelerador y esquivaba camiones dando volantazos certeros. «¡Ah! ¡Ahí cultivan las mejores fresas del país! ¡Y aquella urbanización la están construyendo los chinos!», decía, y con el rabillo del ojo evitaba estamparse contra un trolebús. Era mejor no avivarle el espíritu. Yo estaba inquieto porque a mediodía había visto decenas de burros en mitad de la carretera, colocados en perpendicular, en mitad de los dos carriles, así que le pedí que tuviera cuidado, que no quería tener morro de borrico para cenar. Él se rio e insistió que no tenía nada de qué preocuparme.

—Tranquilo, esos no se mueven —dijo.

En las zonas secas y empobrecidas de Etiopía, me explicó, los campesinos hacen trabajar tan duro a sus animales que muchos acaban con el cuerpo lleno de heridas y llagas por el roce de las bridas y las correas. Cuando los dueños se toman un descanso porque el sol aprieta y el aire se espesa, los animales entran en la carretera y se colocan en mitad del asfalto, justo en medio, sin moverse ni un milímetro. Permanecen así, con la cabeza alzada y las patas juntas, paralizados. Esperan al viento: cuando los vehículos pasan por su lado, levantan una corriente fresca que les alivia las heridas. Cada mediodía, la carretera se llenaba de burros en busca del viento.

—A veces atropellan a alguno —decía Ermías—. Pero no suele pasar. Los conductores ya sabemos que están ahí, solo buscan un poco de tregua.

Tras torcer por un camino de tierra, llegamos a Gambo, una aldea rural a 250 kilómetros al sur de Addis Abeba, y enseguida nos vino a recibir Iñaki Alegría. Pediatra treintañero de Barcelona, había llegado cinco años atrás a aquel lugar perdido de Etiopía para hacer un voluntariado de tres meses en el

hospital de la localidad, una antigua leprosería fundada en 1922, y ya no se había podido marchar. Hacía un par de años lo habían nombrado director médico del centro sanitario y se paseaba por sus pasillos con una bata blanca, un fonendo colgado del cuello y el nervio afilado. Estaba extremadamente delgado y como llevaba una barba larga y el pelo liso, tenía un aire de misionero antiguo en constante sacrificio. Esto último era literal. Estaba todo el día, las noches también, atento a cualquier cosa que pudiera pasar y siempre andaba de prisa, saludando a todo el mundo, con la urgencia grabada en la mirada. Nos despedimos de Ermías, que calculó a ojo que si salía rápido le daba tiempo a dormir a sus hijas, y nos dirigimos a casa de Iñaki, quien junto a su compañera y también médico, Cristina Subías, nos habían ofrecido quedarnos en una habitación de su casa, una construcción sin lujos a cien metros del hospital. Nuestra intención era seguir la primera semana de vida de un bebé etíope y explicar el significado, a veces fatal, de nacer en una zona rural. Después de instalarnos, Alfons y yo fuimos a presentarnos a las madres de la maternidad para dejar que nos vieran por el lugar y hacer surgir la confianza poco a poco. Fue una toma de contacto rápida, sin demasiadas preguntas aún. Después nos subimos a un carro tirado por un caballo y visitamos varias aldeas vecinas para conocer a las mujeres que estaban a punto de dar a luz. Todavía no sabíamos cuál de ellas sería la historia que íbamos a contar. Queríamos asegurarnos de que la madre entendía quiénes éramos —a veces en zonas rurales el término «periodista» no es demasiado familiar— y que nos permitía acompañarla durante todo el proceso, antes, durante y después del nacimiento.

Dos días después, tras hablar con decenas de madres, localizamos a la protagonista del reportaje. Aunque todavía no la podíamos ver: Jamila se movía inquieta dentro del vientre de su madre, Hawi, que respiraba aliviada por haber llegado a tiempo al hospital. Había aparecido esa mañana en el centro acompañada de su marido, Hamde Wova, a lomos de un caballo desde su aldea de Jema Sardo, porque las contracciones anunciaban que su hija estaba a punto de llegar. Hamde era campesino, tenía un rebaño de ovejas y estaba tan inquieto como la madre. Aunque tenían tres hijos más, ambos afrontaban el parto como un momento de incertidumbre. En Occidente, el

anuncio de un embarazo es motivo de celebración; en Gambo aún no hay nada que celebrar. Hawi, la madre, no había cumplido los treinta, tenía la cara redonda, los ojos almendrados y se tapaba la cabeza y el cuerpo con una manta de colores vivos para disimular la timidez. Desde el principio aceptó encantada que la acompañáramos, pero dejaba hablar a su marido y ella mantenía cierta distancia. Como el nacimiento de Jamila se hizo esperar y cada día íbamos a verlos varias veces, Hawi acabó abriéndose a confesar sus miedos. Dos de sus tres hijos anteriores habían nacido en casa y uno de los partos estuvo a punto de no contarlo. Por eso hablaba con cautela.

—Estoy feliz de estar en el hospital —decía—, pero aún no lo estoy del todo. El parto siempre es difícil.

Junto a ella había varias madres tumbadas en camas dentro de una misma estancia, justo enfrente del quirófano. Cuando alguna de ellas rompía aguas y entraba al paritorio, se escuchaban los gritos a través del pasillo. También los llantos si las cosas no iban bien. Iñaki y su equipo de médicos etíopes actuaban con rapidez y no tenían más remedio que adaptarse a la escasez. Si alguna mujer necesitaba una transfusión de sangre, se buscaba a alguien compatible y que estuviera dispuesto a donar en ese mismo momento. No encontrarlo no era una opción.

Alfons y yo pasábamos las horas de espera dando vueltas por el pueblo, charlando con los pacientes o las madres a punto de dar a luz u observando el trabajo de los médicos. De vez en cuando, Alfons enseñaba algunas de sus fotos a las madres desde la pantalla de su cámara y se montaba una pequeña algazara. Las mujeres se reían y avisaban divertidas a las que salían en la imagen. Algunas simulaban morir de vergüenza, pero todas acababan riéndose con ganas al verse en la pantalla.

Finalmente, llegó el momento. Jamila nació a las ocho y cinco minutos de la mañana y nos engañó a todos. Nada más nacer, mientras su madre resoplaba por el esfuerzo y el dolor en la camilla, lloró con fuerza. Pesó dos kilos y medio y desde el primer instante pareció que todo había ido bien. En la puerta esperaba el padre, que, al saber la noticia, me abrazó con fuerza y preguntó por la madre. También ella estaba bien. Menos de una hora después, Hawi volvía a estar en su cama del pasillo, con la niña en brazos y una sonrisa que

no le cabía en la cara. Las demás madres la felicitaban y aplaudían su buena suerte. Después de un rato nos alejamos para dejarlas descansar, pero no llegamos muy lejos. Al cabo de unas horas, un enfermero nos llamó para hacernos llegar un mensaje:

—Dice Iñaki que vengáis rápido, que algo va mal.

En cuanto enfilé el pasillo, vi al fondo a Hawi sollozando con los brazos abiertos, como si no se pudiera creer que le hubieran quitado el bebé de las manos. Dentro del quirófano, Iñaki daba masajes cardíacos a Jamila, que tenía la piel morada y no se movía. Hawi miraba a través de la puerta entreabierta y lloraba. A su lado, Hamde permanecía serio e inmóvil, con el porte gris de quien empieza a asumir lo peor. Se equivocó.

Después de un buen rato, los esfuerzos del equipo médico surtieron efecto y Jamila volvió a respirar levemente. Pero aún no estaba fuera de peligro. Iñaki envolvió a la niña en una manta y salió disparado hacia el ala de la maternidad, donde había dos incubadoras. En una de ellas habían colocado uno al lado del otro a dos bebés diminutos de un 1.500 y 1.200 gramos que ni se inmutaron con el alboroto. La otra fue toda para Jamila. Hawi, que había seguido a los médicos hasta la habitación, se sentó junto a la incubadora, posó la mirada en su hija recién nacida y guardó silencio todo el tiempo. Delante de la incubadora de Jamila había un póster donde aparecían un montón de bebés blancos sonrientes disfrazados como si fueran margaritas amarillas. Todos tenían los mofletes gordos y sonreían sin parar.

Aquella tarde, Alfons y yo nos fuimos a caminar por un bosque cercano de árboles tan altos que oscurecían el cielo. Caminamos junto a un riachuelo donde se bañaban unos críos y nos cruzamos con unos pastores que cuidaban un rebaño de vacas. El más mayor de los niños apenas tenía nueve años. Al vernos, uno de ellos trepó ágilmente un árbol y se puso a jugar sentado en una rama. Solo podíamos tener paciencia.

Cuando empezaba a anochecer y regresamos al centro sanitario, un chasquido anunció un problema grave: se había ido la luz. Aunque enseguida empezó a tronar el generador del hospital, a Iñaki se le torció el gesto. Sabía, por experiencia, que aquello era una mala señal. El hospital no tenía dinero para pagar la gasolina con la que mantener encendida toda la noche aquella

máquina, así que a medianoche se apagaría y las incubadoras dejarían de funcionar. El centro solo tenía un generador general y no contaba con uno pequeño para la sala de cuidados intensivos, así que, si no volvía la luz, Jamila y los otros dos bebés tendrían que ser colocados en brazos de sus madres a la espera de que volvieran a encender el generador a la mañana siguiente. Eran las normas y no se podían hacer excepciones. Cuando nos lo dijo, Iñaki no se anduvo por las ramas.

—Si no vuelve la luz, Jamila lo va a tener difícil.

Hawi, que observaba nuestra conversación, no necesitó traducción. Aunque no entendía nuestras palabras, sabía perfectamente qué significaba esa oscuridad para un bebé de menos de un día de vida. A Hawi le habían hecho un hueco al final de la sala de pediatría, donde había 90 niños al cuidado de dos enfermeras, y todas las madres compartían las camas y el poco espacio libre con las demás. Cuando Iñaki le contó que cuando sacaran a Jamila de la incubadora debía mantenerla cerca del pecho y vigilar que no se le despegara el tubo de oxígeno, Hawi cerró los ojos durante unos segundos y finalmente asintió con pesadez o como si rezara. O las dos cosas a la vez.

Si fue lo segundo, surtió efecto. Minutos después, cuando Iñaki se dirigía a la sala de prematuros para sacarlos de la incubadora, ocurrió el milagro. Apenas unos minutos antes de medianoche, regresó la luz. Iñaki se puso a saltar de felicidad.

—No sabéis la suerte que ha tenido esta niña —decía.

Pero el riesgo no había pasado. Los días siguientes fueron un vaivén de mejoras y empeoramientos, de mañanas de esperanza y tardes de pesimismo por una niña que se agarraba a la vida con unas uñas diminutas. Pero firmes.

Aunque Jamila seguía ingresada, cada día mejoraba un poco, así que una semana más tarde Alfons y yo regresamos a Barcelona y, desde la distancia, fuimos preguntando a Iñaki por la evolución de Hawi y su hija.

Las buenas noticias nos inundaron pronto el teléfono. Al cabo de dos semanas, Jamila empezó a respirar sin ayuda de oxígeno y cuatro días después recibió el alta del hospital. Aquel día, Iñaki nos mandó una foto de Hawi mirando a cámara, sonriente, con su hija en brazos y envuelta en una manta de cuadros azules, rojos y blancos.

En cuanto me enteré, llamé a mi *amama* para contárselo y decirle que la niña de la historia que le había explicado estaba bien.

—Jamila se ha salvado, *amama* —le anuncié.

Al otro lado del teléfono, mi abuela rio complacida, dijo que se alegraba mucho y después se quedó callada. Seguí contándole detalles, pero no estoy seguro de que me escuchara. Me la imaginé sentada en su silla, con el teléfono en la oreja y la mirada perdida. En silencio. Asintiendo al aire, con un gesto suave y mecánico, como si tuviera la cabeza en otro lugar. En otro tiempo.

## LOS DEMONIOS DEL LAGO

Chad, Níger, Nigeria y Camerún

LOS 337

La escalera era estrecha, y yo no sabía muy bien hacia dónde conducía. Aun así, subí. Avanzaba casi en penumbra, a tientas para no caerme. Los escalones de madera eran viejos y crujían de forma inquietante. Quería salir de allí. Sabía que me perseguían y sentía que estaban cerca. El corazón me latía rápidamente. A medida que ascendía, la escalera se estrechaba hasta la claustrofobia y me arrimé a la pared para poder girar hacia el siguiente tramo de escaleras. Desde donde estaba no se veía una salida. Al pasar junto a una pequeña ventana interior, me quedé sin respiración: al otro lado había una anciana con el rostro pálido, el pelo mojado y la cabeza agachada, totalmente desnuda. Permanecía de pie, con los brazos caídos hacia el costado. Tenía los ojos cerrados y parecía dormida, o quizás en trance. Noté un escalofrío. Di unos pasos cortos para franquear el hueco de la ventana sin despertarla y salir cuanto antes de allí, pero cuando pasé por delante, la mujer alzó la cabeza, abrió los ojos y me miró fijamente. Noté como el miedo me oprimía la

garganta y me erizaba la piel. Las cuencas oculares de la anciana estaban vacías, totalmente negras. Intenté dar un salto para alejarme y subir las escaleras a toda prisa, pero no pude; las piernas no me respondían. Estaba paralizado. Un hormigueo de terror me atravesaba el cuerpo. Intenté gritar, pero de mi boca no salió ni un solo sonido. Estaba completamente mudo. La anciana alargó la mano y exhaló un gemido denso, como si se ahogara y pidiera ayuda. Yo seguía petrificado, incapaz de mover un músculo, y vi horrorizado como la mujer se encaramaba a la ventana y asomaba los brazos y la cabeza. Parecía querer abalanzarse sobre mí. Justo en ese momento noté como una mano me tocaba la cabeza por detrás.

—Despierta, estás teniendo otra pesadilla.

Tardé unos segundos en tomar conciencia de la realidad. Estaba en mi casa y Júlia estaba incorporada en la cama, a mi lado. Hablaba con un tono suave para calmarme mientras me acariciaba la nuca. Había encendido la luz de la mesilla de noche y tenía el gesto preocupado. Mi aspecto no ayudaba a tranquilizarla: estaba empapado en sudor, de rodillas y con la frente apoyada en la almohada, como si en mitad de la noche hubiera decidido orar en dirección a la Meca y me hubiera quedado dormido en la posición de rezo musulmán, con la cabeza recostada hacia delante.

Aquella pesadilla se repetía desde hacía meses. Lo llevaba más o menos bien. Me había acostumbrado, igual que a sudar sin motivo, a pasar días sin poder concentrarme o a no poder evitar colocarme en los bares siempre mirando a la puerta de entrada, por si acaso. Días después, cuando aterricé en el lago Chad, adonde había ido a cubrir la violencia de Boko Haram, la banda yihadista más mortífera del continente, me convencí por primera vez de que algo no marchaba del todo bien. Tuve la decencia de no darle excesiva importancia: a mi alrededor, miles de personas huían de una de las peores emergencias que han golpeado África en el siglo XXI.

El lago fronterizo entre Camerún, Nigeria, Níger y Chad se había convertido en una madriguera de serpiente. En una década, la banda fundamentalista Boko Haram, originaria del norte de Nigeria, se había expandido a los países vecinos y había provocado una carnicería general: más de 50.000 muertos, miles de secuestros de civiles y una huida desesperada.

Según las Naciones Unidas, casi dos millones y medio de personas habían perdido su hogar y el hambre se había disparado. Al principio, la desidia del Gobierno de Nigeria permitió que la banda se hiciera fuerte —en el año 2014 proclamó un califato en una zona discontinua del tamaño de Bélgica—, pero desde el ascenso al poder, a mediados del 2015, de Muhammadu Buhari, un exmilitar, la situación había mutado. La presión de una fuerza multirregional compuesta por tropas africanas y que contaba con apoyo internacional había hecho perder gran parte de su territorio a los extremistas y los había obligado a replegarse. Aquella nota positiva para Nigeria fue una condena para otros. Los yihadistas, ni mucho menos derrotados, se ocultaron en la impenetrable reserva de Sambisa, en la frontera entre Nigeria y Camerún, y en el laberinto de islotes y canales del lago Chad. Era un lugar condenado desde antes: en medio siglo, su superficie —en 1960 el agua cubría un espacio similar al de Galicia— se había reducido un 90 por ciento. El calentamiento global había hecho descender el nivel del agua, que al ser poco profunda se evaporaba con rapidez y, además debía surtir los crecientes cultivos de la zona. Y como la población del lago no paraba de aumentar, la demanda de litros para el riego crecía también cada día. Como resultado, había emergido una maraña de islotes nuevos. Había que conocer muy bien aquel lugar remoto para no perderse y caer en una emboscada fatal, así que las fuerzas de seguridad no se aventuraban en aquellas aguas.

La irrupción asesina del yihadismo causó estragos en quienes habitaban las islas y las orillas del lago, en total más de 30 millones de personas. La banda, cuyo objetivo era derrocar al Gobierno nigeriano e instaurar en Nigeria un califato bajo su visión radical de la *sharía*, arrasaba pueblos enteros y degollaba a quien no tuviera su misma concepción de la religión. Sin piedad. Miles de personas habían abandonado las islas para buscar una seguridad relativa en tierra firme, cerca de alguna base militar o en lugares donde las organizaciones humanitarias brindaban asistencia. La huida masiva desde las islas a las orillas del lago fue descomunal: más de 90.000 personas abandonaron sus casas en pocos días.

Aquella era una de las crisis humanitarias más ignoradas del planeta. Era plenamente consciente de que las historias que iba a recoger aquellos días no

serían las más leídas ni iban a cambiar las cosas, pero conservaba otra convicción: hay ocasiones en que uno no debe permitirse el silencio. Mientras el mundo se estremecía por los atentados de París y Londres y los medios dedicaban especiales al horror de Siria e Irak, el yihadismo en África avanzaba desbocado. Boko Haram era el grupo que más muertes anuales provocaba del mundo, por encima de Estado Islámico o los talibanes. Aquella historia debía contarse.

Cuando las hélices empezaron a girar y la avioneta alzó el vuelo hacia el lago desde Yamena, capital de Chad, me sentí eufórico. Después de varios meses, había conseguido los permisos del ejército para acceder a las islas del interior del lago y ver el impacto de la presencia yihadista. Aunque la zona prácticamente se había vaciado, algunos se resistían a abandonar sus casas. Muchos buduma, una etnia cuyas raíces algunos antropólogos sitúan en el antiguo Egipto y que se consideran los dueños del lago, rechazaban dejar atrás las islas que habían habitado durante siglos. En aquellos días, la ciudad de Baga Sola, en la orilla chadiana del lago, era la zona cero. Apenas unos meses antes, los extremistas habían atacado durante cinco días la orilla opuesta, en suelo nigeriano, y habían matado a más de dos mil personas sin que nadie los detuviera. Miles de refugiados habían atravesado el lago para refugiarse en Baga Sola, la población más importante de la zona y desde donde yo debía partir hacia las islas. La ciudad estaba desbordada.

La avioneta tenía quince plazas, pero solo viajábamos dos cooperantes chadianos, los dos pilotos sudafricanos y yo. Para llegar a mi destino debía volar hasta Bol y de allí coger un todoterreno hasta Baga Sola, así que me cargué de paciencia y me entretuve mirando por la ventanilla. A medida que nos aproximábamos al lago, el paisaje se transformó en una planicie de arena que de vez en cuando cortaba un pastor con un rebaño de camellos. En cuanto apareció la vegetación, la avioneta inició el descenso. Aterrizamos en una pista de tierra yerma, sin vallas ni indicaciones, donde la principal preocupación del piloto era que no se cruzara un burro en plena maniobra.

Fue aproximadamente en el trayecto de una hora en todoterreno de Bol a Baga Sola cuando todo se frustró. Aquella misma mañana, los extremistas alcanzaron la orilla chadiana: mandaron a dos niñas con cinturones bomba a

hacerse estallar en la aldea vecina, a una decena de kilómetros. En unas horas, el Gobierno chadiano decretó el estado de emergencia, las islas fueron declaradas zona de guerra y se prohibió el acceso. El militar que me dio la noticia al llegar, un tipo con gafas de sol y aire desabrido, me aconsejó que me fuera por donde había venido. No iba a hacer ninguna excepción.

—Cualquier ser vivo, animales incluidos, que esté en esas islas a partir de hoy —señaló— será considerado miembro de Boko Haram.

El horror de las niñas bomba había roto los nervios del lago Chad. Desde que se había replegado, la banda había optado por una táctica de guerra de guerrillas y había multiplicado el uso de «suicidas» para mantener su poder desestabilizador. Tras drogar a niñas y mujeres con tremadol, ocultaban cinturones explosivos bajo sus ropas holgadas y las mandaban a hacerse estallar en mercados o mezquitas. En menos de dos años habían enviado a más de 450 chicas a matarse en el norte de Nigeria. Aquellas dos pequeñas eran las primeras que atacaban en suelo chadiano.

Manu, un trabajador de Unicef que vivía en Chad, había movido hilos para que en Baga Sola, donde era demasiado arriesgado quedarse en un hostel, pudiera alojarme varios días en el campo base de la Agencia de los Refugiados de las Naciones Unidas y pudiera moverme con cierta libertad. En cuanto llegué a la base, me señalaron un rectángulo prefabricado, similar a un contenedor marítimo de mercancía, delante de una pared de sacos de arena y un muro de cemento, coronado por alambre de espino. Era mi habitación. Había una cama en cada extremo y un baño cerrado con ducha justo en medio. Mi compañero de contenedor, un chadiano muy majete que se llamaba Djintangar, era un tipo íntegro y comprometido con su trabajo. Aunque echaba de menos a su esposa y le preocupaba la volatilidad de la seguridad, Djim se esforzaba en arrimar el hombro para contener aquella emergencia. Se notaba que aquella gente le importaba.

Antes de ir a dormir, me explicaba costumbres de los buduma o los kanembu, la etnia mayoritaria en la zona, o me contaba los rumores que corrían por el pueblo. Aquellas historias me servían para calibrar el terror que Boko Haram había impregnado en la mente de casi todos. Algunos de sus relatos eran estremecedores. Una noche —me explicó Djim—, dos tipos de Boko

Haram llegaron a una aldea en las afueras de la ciudad. Se alojaron en la choza de adobe de un anciano que, asustado e incapaz de huir, pensó que tratarlos como sus mejores huéspedes era su única oportunidad de sobrevivir. Se levantó temprano para ir él mismo al pozo y tener lista el agua para el té de la mañana, les puso paja nueva debajo de las esterillas de la cama e incluso les cocinó una cabra. No intentó escapar. El último día antes de irse, los hombres de Boko Haram, agradecidos por las muestras de amabilidad de su anfitrión, le hicieron una revelación: «Nos has dejado impresionados con tu amabilidad. Eres un buen hombre y mereces ir al paraíso. Pero el ser humano es débil y corres el riesgo de torcerte y perder el camino. Por eso, para que Alá te conceda la entrada al paraíso, te vamos a matar». A continuación le cortaron la garganta. Djim no sabía si la historia era cierta, pero aseguraba que todo el mundo decía que era verdad y él la repetía con la certeza de que así era. Djim era un tipo divertido y afable, pero me dejó pronto espacio libre en la habitación: al cuarto día enfermó de malaria y lo evacuaron a la capital.

Al día siguiente tanteé mis posibilidades y enseguida percibí que no había nada que hacer. Fui a ver a los militares e insistí en que me dejaran acompañarlos a las islas, pero recibí un elocuente portazo en los morros como respuesta. Mil veces no. Como no tenía otra opción, asumí que el reportaje que tenía pensado se había esfumado para siempre y, con el saludable vértigo de no saber si iba encontrar una buena historia, me apliqué la única receta que conozco en el oficio a esa incertidumbre: salí a caminar.

En Baga Sola, las calles eran de arena y los edificios estaban rodeados por cercas de caña o barro. Algunas calles bajaban directamente hacia el lago, donde los pescadores faenaban sobre canoas alargadas sin alejarse demasiado de la orilla. Había burros y camellos por todas partes, pero ni un solo vehículo. Como medida de protección ante los atentados, se habían prohibido los desplazamientos no autorizados. La medida no había evitado que los yihadistas se movieran a sus anchas, pero sí había herido de muerte las históricas rutas comerciales de aquella zona fronteriza. La economía local estaba por los suelos.

A medida que me acercaba al centro, noté que el ajetreo de personas y animales aumentaba. Era día de mercado. Al dirigirme hacia allí, me

sorprendió ver que habían colocado una cuerda de lado a lado de la calle. Era una medida que se repetía en todos los accesos a la zona donde se distribuían los pequeños comercios y las paradas de venta de hortalizas o pescado desecado. Pregunté qué ocurría a un hombre que amarraba un burro a un árbol.

—Es por las niñas bomba. Para que no entren suicidas al mercado.

Civiles voluntarios cacheaban a hombres y mujeres para cerciorarse de que no llevaban explosivos bajo las ropas y, tras el registro, bajaban la cuerda para dejarlos pasar. Aquellos grupos de protección popular, conocidos como «vigilantes», habían nacido en Nigeria y se habían exportado rápidamente a otros países africanos golpeados por la violencia islámica, en un intento desengañado de los vecinos de compensar la incapacidad de las autoridades para protegerlos. Algunos de ellos iban armados y su existencia provocaba reconocimiento por la valentía de enfrentarse con armamento precario a los yihadistas, pero también temor, porque al fin y al cabo eran tipos sin disciplina ni entrenamiento que se habían adueñado de la autoridad.

Eran la ley y decidían quién podía pasar. Su voz no se discutía. Antes de la cuerda, había una hilera de mujeres sentadas en el suelo con sus mercancías — algo de pescado, unas pocas cebollas— expuestas frente a sus pies. Todas llevaban el rostro surcado de las escarificaciones propias de la etnia buduma, unas cicatrices verticales en los pómulos, la parte superior de la nariz o debajo de las sienes. Sobre sus cabezas revoloteaba un prejuicio fatal. Para los vecinos de la ciudad, era evidente que los buduma habían ayudado a Boko Haram a moverse por el lago porque eran los únicos que lo conocían como la palma de su mano, así que les prohibían el acceso a lugares concurridos por miedo a que les pasaran información o llevaran cinturones con explosivos. En aquel contexto desesperado, el estigma era una condena: aquellas mujeres, que habían huido a su vez de la violencia y habían visto a morir a los suyos a manos de los barbudos, se veían señaladas al llegar a la orilla y no podían vender sus escasas mercancías porque se había extendido el rumor de que los alimentos que vendían estaban envenenados.

La historia y las rencillas étnicas y de clase también estaban detrás del ascenso de Boko Haram. Aunque entre los milicianos había distintos grupos étnicos, la mayoría de sus líderes eran kanuri en una región de mayoría hausa y

fulani, todos descendientes de reinos medievales como el Kanem-Bornu o el califato de Sokoto, donde la esclavitud marcó a millones de personas. Las proporciones de aquel comercio humano fueron gigantescas. En 1900, uno de cada cuatro habitantes del califato de Sokoto, con una población de 10 millones de habitantes, eran esclavos. Para muchos lugareños, herederos de familias esclavizadas en aquella época, alistarse en la secta yihadista era una forma de superar jerarquías locales, recuperar cierta dignidad colectiva y renegociar su posición social. Claro que el precio a pagar iba a ser alto. La llegada de los yihadistas a las islas no solo había provocado un cambio de táctica mortal o miles de vientres vacíos, sino que también había inoculado un veneno que amenazaba con romper el frágil equilibrio entre las decenas de tribus de la zona. El odio se había disparado.

Fue allí, en aquella calle de tierra frente al mercado, donde conocí a Kulmo Alirom, una mujer menuda que vestía una túnica negra y llevaba un aro dorado en la nariz. Kulmo lucía tres cicatrices buduma: dos anchas en cada pómulos y una larga que descendía desde el entrecejo a la punta de la nariz. Junto con todo su poblado, me explicó, se había instalado en la sección 13 de Dar es-Salam, un campo de refugiados cuyo nombre en árabe se traduce como «remanso» o «casa de la paz», situado a doce kilómetros de distancia de la ciudad. Kulmo rectificó enseguida lo que acababa de decir:

—Bueno, todo el poblado, no; los que llegamos.

Fue entonces cuando me dijo por primera vez un número que en los días siguientes se convertiría en una obsesión: 337.

La pesadilla había empezado cinco meses antes. Aquella mañana se habían presentado en su aldea de Lelewa, en la frontera de Nigeria y Níger, varios soldados nigerianos sedientos de venganza. Un día antes, Boko Haram había atacado una base cercana y habían matado a varios compañeros uniformados, así que aquellos militares dictaron sentencia: acusaron a los buduma de haber ayudado a esconderse a los yihadistas y los expulsaron. Tenían que irse de allí o los matarían a todos. Al miedo por los ataques de los yihadistas se sumó aquel odio pegajoso de los militares.

—Dijeron que debíamos marcharnos todos porque iban a bombardear el pueblo —explica Kulmo—; no nos dejaron recoger nada.

En un éxodo obligado por el desierto, cientos de buduma iniciaron una angustiada huida hacia Chad. Durante 27 días, sin apenas agua ni alimentos, hombres, mujeres, ancianos y niños atravesaron a pie una de las zonas más áridas del planeta. Al llegar a la frontera había muerto casi la mitad.

El redondeo es mío. Ellos podían ser más exactos: 337 muertos.

Fui varios días a la sección 13 para hablar con el resto de la aldea y conocer aquella historia. Los hombres estaban siempre juntos, a la sombra de un cobertizo de paja, alejados una veintena de metros de las mujeres y los niños, que charlaban debajo de un árbol junto a la mezquita: ocho palos clavados en el suelo que delimitaban un perímetro rectangular. El primer día me metí sin querer en aquel templo improvisado y reaccionaron bien. Gritaron todos a la vez, en un estruendo espontáneo y unánime, para hacerme ver que era lugar sagrado y que no podía pisar allí. Como di brincos como si se me quemaran los pies, todos se echaron a reír.

Enseguida accedieron a contarme su dolor. Historias de mujeres que habían abandonado en el camino a sus madres ancianas, de padres que habían visto morir en sus brazos a sus bebés y de familias enteras muertas de sed. Alhadj Nangaman, el *bulama* o jefe del pueblo, contaba aquel viaje infernal desde una herida todavía abierta. Había visto morir a siete de sus nietos y tres de sus hijas en la ruta. Se sentaba en cuclillas y con el dedo dibujaba en la arena la ruta que tomaron y marcaba los puntos donde habían muerto más vecinos. Aquí se quedaron tres. Allí diez más. Unas veces, simplemente no se levantaban por la mañana y los demás los dejaban atrás; otras, ni siquiera tenían fuerzas para enterrarlos.

—Nos limitábamos a seguir caminando. Pensé que íbamos a morir todos.

Como era difícil comprobar la veracidad del relato —y a menudo la memoria emborrona los recuerdos—, cada día hablaba con personas diferentes y cruzaba sus versiones para ver si coincidían o si había datos que no cuadraban. No era una tarea amable. Cuestionar la verdad de una víctima es devastador. A veces, Alhadj no entendía por qué preguntaba una y otra vez por un detalle o por los días y nombres exactos, si ya me lo había explicado él. Pero no solo era una cuestión de honestidad y credibilidad: era respeto por su historia.

El éxodo forzado de aquel poblado buduma explicaba por qué, más allá del ímpetu fundamentalista, un puñado de fanáticos —Boko Haram eran entre cuatro y seis mil guerrilleros bien entrenados, además de varias decenas de miles sin formación— habían puesto en jaque a Nigeria, la primera economía de África, y a los países vecinos. Los agravios históricos y la reacción brutal y desproporcionada del ejército nigeriano habían bañado la región del odio y la ira de miles de inocentes, atrapados en medio de un fuego cruzado entre yihadistas y militares.

Decenas de refugiados denunciaban las atrocidades que los militares perpetraban con la excusa de la lucha antiterrorista. Naziru Saydu lo llamaba la ley del 50 por 1. Lo conocí una semana después de llegar y enseguida noté que era un buduma respetado en el campamento. Vestía un *boubou* blanco impecable, llevaba la perilla bien recortada y caminaba con la reverencia de quien ha liderado toda la vida.

Hablaba sin tapujos.

—Como estamos en medio, nos matan.

Naziru había visto cómo los yihadistas asesinaban y secuestraban a civiles, cómo entraban en aldeas por la noche y disparaban indiscriminadamente o ejecutaban a niños delante de sus padres. Pero también denunciaba otro terror: cómo el ejército teñía con sangre su lucha contra la banda. También lo había visto.

—Un soldado fue asesinado por Boko Haram y al poco entró el ejército nigeriano en mi barrio y quemaron todo, mataron a un montón de gente: enfermos, ancianos, ciegos... A cincuenta inocentes. Yo estaba allí y lo vi. Cincuenta por cada uno de los suyos.

Para Naziru, el miedo a los yihadistas llevaba a los soldados, mal pagados y mal entrenados, a acariciar con demasiada facilidad el gatillo ante una situación tensa. Cualquiera era sospechoso de ser el enemigo. En los lugares con más presencia de la banda fundamentalista, un registro rutinario se convertía en una ruleta: si el sospechoso tenía algo parecido a una marca de la correa del fusil en el hombro, se consideraba prueba suficiente para acusarlo de ser un guerrillero. El miedo y la injusticia se mezclan a menudo.

Los soldados nigerianos adoptaban otras formas de sentencia: si el

registrado tenía las uñas de los pies hundidas, evidenciaba que había caminado durante horas con las botas puestas. El veredicto expreso era la cárcel y la tortura del sospechoso, acusado de ser miembro de Boko Haram. Otras veces la condena se ejecutaba en la misma cuneta: un tiro en la nuca. La impunidad de quienes perpetraban barbaridades en los dos bandos dejaba en una situación desesperada a quienes huían.

Días después encontré ese desaliento en un pueblo que acababa de escapar. El día antes me habían avisado de que un poblado entero huido de las islas se había instalado en una orilla, a varias horas de Baga Sola, y fui a verlos. Me encontré con una escena desoladora. Sobre un mar de arena fina, cientos de personas habían construido iglús de paja. No tenían nada que comer. Tampoco se sentían a salvo. Cuando pregunté dónde se escondían los extremistas que los habían atacado, Mahamat Tchari Ali, un anciano corpulento y vestido con una túnica verde, señaló al frente.

—¿Ves aquella isla del final? Allí está Boko Haram.

Debía de haber unos tres kilómetros de distancia.

Toda la aldea, más de doscientas personas, se sentó en corro alrededor de una alfombra y Ali me habló de la noche en la que Boko Haram había arrasado su aldea de Kane y había matado a familias enteras. Él estaba vivo de milagro. Era el jefe de la aldea, el *bulama*, y eso lo convertía en objetivo prioritario de los yihadistas. Cuando los guerrilleros de Boko Haram atacaban una aldea, lo primero que hacían era ir a por el *marabú* o curandero. Como para los yihadistas las creencias en espíritus o en poderes mágicos son pecado, era el primero al que degollaban. El segundo era el *bulama*. Era una forma de pasar a navaja un mensaje cristalino: a partir de entonces ellos estaban al mando.

En un momento de la conversación, Ali sacó de un bolsillo interior un papel plegado en el que había anotados varias palabras y números y me lo dio.

—Hemos escrito lo que nos han robado.

Debajo del nombre de cada vecino habían colocado el número de cabras, vacas, ollas o canoas que habían perdido para siempre.

Cuando fui a devolverle el papel, Ali hizo un gesto para que me lo quedara. Si yo conservaba aquel papel, propuso, quizás podría dárselo a las autoridades y alguien los ayudaría a recuperar lo perdido. Aquella oferta me

desarmó. Me quedé un instante mirando aquella carta, que había dejado de ser una denuncia de lo perdido para convertirse en un grito desgarrador a la impunidad. Noté el peso de las miradas a mi alrededor. Me di cuenta de que no podía aceptar aquel papel. Hacerlo habría sido dar esperanzas huecas a aquella gente. Le dije que no. Ali me sonrió y dijo que lo entendía. Al irme, quiso acompañarme hasta el coche y, cuando estábamos solos, intenté decirle que me había sabido mal negarle la carta y él no me dejó acabar. Insistió en que no importaba, pero me pidió una última cosa: que contara su historia.

Aquella noche, de vuelta en mi contenedor, tuve de nuevo la pesadilla de la anciana sin ojos. Cuando me desperté, solo en la habitación, entraba luz del día por las rendijas de la puerta. Sentí como si la energía se me hubiera agotado. Me quedé un buen rato tumbado, mirando al techo gris. Pensé que quizás estaba enfermo, aunque no tenía fiebre, que quizás era malaria o que el calor me había afectado a la cabeza, pero sabía que eran excusas. Sentía que las paredes se me echaban encima y las fuerzas me abandonaban. Y me dejé ir. No me moví de aquella diminuta habitación en todo el día. No salí. A menudo, la visión de un cadáver o de un niño moribundo provocan una huella imborrable. Estremece. A veces escuchar el horror de los vivos puede ser más devastador.

Supongo que tardé en contestar algún mensaje, o que fui demasiado breve en alguna respuesta, porque Júlia, que tiene algo de bruja en este tipo de cosas, notó algo. Aunque le dije que no, insistió en que habláramos por Skype aquella tarde. Al conectarme, ella no estaba en la pantalla: estaba mi hija Lena.

—Dice que quiere contarte un cuento —dijo Júlia de fondo.

Lena era un renacuajo de poco más de un año pero ya hablaba por los codos y no reparó en mi cara desencajada o en si tenía los ojos cansados; fue directamente a lo importante.

—¿Lo ves, papá? Este es un lobo malo.

Lena tenía enfrente el cuento de la *Caperucita Roja*, su libro favorito, y pasaba las páginas para enseñarme los dibujos. Estaba sentada en una trona frente a la mesa de casa, y vestía una chaqueta gris con topos blancos.

—Mira, Caperucita lleva guantes para salir a la calle. Y un sombrero, una

capa...

Yo le iba haciendo preguntas estúpidas, pero ella no me hacía caso.

—¿Lo ves, papá? —dijo señalando un dibujo— Aquí Caperucita está bailando.

Y se puso ella a bailar.

DANIEL JACOBS

Aquella última tarde en Chad, el sol se despidió con una tregua. Soplaba una brisa suave en el campo de Dar es-Salam y la luz cálida resaltaba los colores. Había ido a despedirme del poblado buduma de la sección 13 y, de regreso, me encontré a un grupo de niños jugando a fútbol. Cada tarde, de lunes a viernes, Unicef organizaba tres partidos simultáneos para que los chavales hicieran deporte y cerrar poco a poco las heridas. Muchos de ellos habían visto cosas horribles, así que el balón era una suerte de terapia general. Y funcionaba. Niños que no habían abierto la boca desde su llegada al campamento, después de un par de partidos empezaban a hablar con sus compañeros, a disfrutar y a reír de nuevo.

Me senté en la arena y me quedé a mirar cómo jugaban. Aquella fue la primera vez que vi a Daniel. Era menudo, pero le ponía tanto corazón a lo que hacía que enseguida destacó entre aquel batido de arena, pies descalzos y gritos. Perseguía sin descanso una pelota de cuero tintado de amarillo, se hacía sitio a empujones entre chavales que le sacaban una cabeza y se tomaba aquel partidillo como si fuera una final. Le dio igual que un tipo blanco estuviera mirando en la banda: a él solo le interesaba marcar. Cuando la mitad del equipo rival se distrajo saludándome, cogió la pelota, soltó un derechazo descomunal y celebró el gol con tanta rabia que el peto de color rojo se le quedó enganchado en el cuello, como si fuera una capa corta de Superman. Dejó al descubierto una camiseta sucia del Real Madrid. Aplaudí su golazo y, como llevaba el dorsal siete en la espalda, le enseñé el pulgar y le grité «*Well done, Cristiano Ronaldo!*». Él se giró y me miró serio. «*I am Messi.*»

Daniel tenía doce años y había tardado doce días en atravesar el lago junto

a sus padres y sus seis hermanos después de que Boko Haram atacara de madrugada su aldea de Baga, en la orilla nigeriana. Huyó con su familia en canoa, ocultándose en las islas y alimentándose de raíces y algún pez, hasta que alcanzó el campo, adonde llegaron otras 8.000 personas como él. A Daniel le gustaba mucho el fútbol. En Nigeria no se perdía un partido por televisión, pero, como en Dar es-Salam no había electricidad, se conformaba con escuchar los resultados por la radio. También jugaba, claro. Pateaba el balón a todas horas. De mayor quería ser futbolista.

Le pregunté a Daniel que por qué quería ser Messi si llevaba la camiseta del madridista Ronaldo y respondió encogiendo los hombros.

—Llevo esta —y se agarró la camiseta con dos dedos— porque no tengo otra, pero me da igual. Yo soy del Barcelona.

Como al día siguiente me marchaba de Chad, me despedí con la certeza de que no volvería a verle. Me equivoqué.

Volví dos años después a Baga Sola. La ciudad ya no era el mismo horror. El ejército de Chad, el más eficiente de la región, se había desplegado en la zona y había obligado a los yihadistas a recular hacia las montañas del norte de Camerún. A veces tenía lugar algún ataque esporádico y las islas seguían siendo un lugar incierto, pero el peligro había disminuido. Los refugiados seguían instalados en Dar es-Salam porque regresar a casa era demasiado arriesgado, pero el ambiente era otro. Después de unos días en la ciudad, propuse a Alfons Rodríguez, que se había apuntado a ese segundo viaje, ir a ver a los chavales que jugaban a fútbol en Dar es-Salam. En cuanto llegamos, reconocí a Daniel. Había crecido un poco, no mucho, y mantenía la misma pasión por el balón. Seguía lanzándose al suelo como siempre y disputando cada balón como si en cada partido estuviera en juego la paz mundial. Como un niño.

Aquella tarde, Daniel había llegado al partido con una camisa caqui, pero, en cuanto me reconoció, me dijo que tenía que enseñarme una cosa antes de empezar el encuentro. Se quitó la camisa y mostró lo que llevaba debajo. Era una camiseta sin mangas, azul y roja, fabricada por él. Había conseguido —me explicó— un trozo de tela roja y le había cosido a mano dos retazos azules en los costados. Se había hecho él mismo la camiseta del Barça. Estaba mal

remendada y se deshilachaba por todas partes, pero Daniel se hinchaba de orgullo al enseñarla.

Aquellos días muchos chavales habían jurado amor eterno al Madrid, que ganaba la Champions con una superioridad aplastante, pero Daniel decía que a él no le importaba, que le gustaba jugar así, de blaugrana. Pero no era verdad. En realidad, Daniel no jugaba con aquella camiseta. Tenía miedo a que se la rompieran de un tirón y, antes del partidillo, se la sacaba y la dejaba cuidadosamente en una esquina.

Dos días antes, el Barcelona había remontado milagrosamente al Paris Saint-Germain y al acabar la pachanga le pregunté a Daniel si había podido ver el partido. Como me dijo que no, le ofrecí ver un vídeo de los goles que me había mandado un colega por WhatsApp. Daniel dudó, pero finalmente cogió el teléfono. Observó concentrado, prácticamente sin pestañear, el modo en que Messi y Neymar destrozaban al equipo parisino. No abrió la boca ni un momento. Solo al final, cuando Sergi Roberto se estiró para rozar con la punta de la bota el balón del sexto gol y el Camp Nou explotó, Daniel dejó escapar una leve sonrisa, levantó las cejas y dijo algo.

—Gol.

## LA NIÑA DEL ABRIGO ROJO

Los críticos acusaron a Spielberg de sentimental por aquel personaje, y a mí, que debía tener unos doce o trece años, se me quedó grabada la escena para siempre, así que probablemente tenían razón. Ella tenía tres años y un abrigo rojo. La primera vez que vi *La lista de Schindler* me impactó la secuencia en la que una niña camina inocente por la calle durante el brutal desalojo del gueto judío de Cracovia. Ayudó que de fondo sonara *Oyfn Pripetshik*, la canción cantada por niños más triste del mundo. Aunque el filme estaba rodado en blanco y negro, en aquella escena, que Liam Neeson observa horrorizado desde una colina cercana, resalta el color rojo de la ropa de la niña mientras a su alrededor soldados nazis ejecutan a decenas de judíos. Pero lo que me dejó cuarteado fue el final. Mientras la pequeña desaparece al

fondo, un oficial nazi ordena a varios hombres que se coloquen en fila y un soldado dispara su fusil a quemarropa. La bala atraviesa el pecho de hasta cinco hombres, que caen fulminados al suelo. Solo los dos últimos de la fila quedan de pie, aunque no por mucho tiempo. El oficial se acerca y les dispara en la cara. Yo era pequeño y mis interrogantes iban acordes a la edad, pero siempre me pregunté qué habría ocurrido si se hubieran hecho los muertos.

En realidad, nunca fui consciente de que aquella escena se hubiera impreso vivamente en algún rincón de mi memoria. Jamás pensé en la niña o la ejecución final ni la comenté con nadie. Hasta que escuché a Hasan. Cuando me contó su historia le temblaba el labio inferior y él disimulaba frotándose los ojos, como si le hubiera entrado arena. Hasan estaba vivo de milagro.

En cuanto vimos el camión detenido en mitad de la carretera, Pau Coll se descolgó la cámara del hombro y nos acercamos a saludar. Detrás de un vehículo con las puertas traseras abiertas de par en par, cinco hombres trataban de subir a peso al camión a una vaca blanca de cuernos enormes. Agarraban al animal por las patas y se ayudaban con los hombros para alzarla hasta el vehículo, donde había varias reses más. A unos metros de distancia, un anciano vestido con un *boubou* blanco observaba inmóvil como los mugidos de la vaca se mezclaban con los resoplidos de aquellos tipos de brazos fibrosos y estómagos planos. Cruzamos las miradas y el hombre me hizo un gesto cómplice, como si se apiadara del esfuerzo de aquellos chicos, y los dos sonreímos.

Pau y yo habíamos llegado días antes a Diffa, en el sur de Níger, con las preguntas equivocadas. Buscábamos saber si la huida masiva provocada por Boko Haram había llevado a miles de nigerianos a emprender la ruta hacia Europa y pronto nos dimos cuenta de que no era así. Era imposible. Solo había que recorrer la Route Nationale 1, la única carretera asfaltada del sudeste nigerino, para comprender por qué. A lo largo de 200 kilómetros, a cada lado de la pista, se desparramaban más de 240.000 personas que lo habían perdido absolutamente todo. Cientos de miles de refugiados del norte de Nigeria o del lago Chad habían escapado a la carrera de los extremistas. A diferencia de lo que ocurre en otras partes de mundo, donde las víctimas se reúnen en campos, aquí no se habían agrupado. Un goteo incesante de gente atemorizada, que

había huido con las manos vacías, se había instalado cerca de la carretera porque por aquella lengua gris de vez en cuando patrullaban los soldados nigerinos y repartían comida las oenegés. Era una protección mínima y una escapatoria a la vez. Muchos habían huido hasta cinco o seis veces porque Boko Haram atacaba una aldea tras otra y el miedo había penetrado en la gente. La ola humana era incontenible. En unos meses, pueblos de apenas 20 habitantes pasaron a tener una población de más de 12.000. En aquel contexto era imposible soñar. Varias personas, sobre todo jóvenes que pasaban los días sentados a la sombra, sí tenían ansias de una vida mejor en Europa, porque era una forma de escapar de aquel infierno, pero casi nadie podía siquiera intentarlo. No tenían nada y emprender la ruta hacia el norte era caro, una posibilidad para privilegiados de otras latitudes. En realidad es así casi siempre. Pese a las voces que denuncian una supuesta invasión africana a Europa, casi el 75 por ciento de los subsaharianos migra a otros países dentro de su propio continente.

La Nationale 1, a apenas diez kilómetros de territorio ocupado por Boko Haram, se había convertido en un hogar de asfalto sin destino. Construida por una empresa china, estaba previsto que se hundiera en el desierto y llegara a unos yacimientos de petróleo en la frontera con Chad. Pero no se terminó. Cuando empezaron los ataques yihadistas, la compañía china abandonó el proyecto. En algunos puntos, la arena había empezado a comerse el pavimento y apenas quedaba una isla central de color plomo, como si el lomo de un enorme elefante enterrado asomara a la superficie.

Cuando los hombres acabaron de subir la vaca al camión, fuimos a dar una vuelta por las chozas de alrededor. En medio de una explanada había una fuente con manivela donde se agrupaban varias mujeres y niños, que cantaban mientras esperaban con sus bidones amarillos. Cuando Pau se perdió para hacer fotos, me acerqué a unos hombres que colocaban sacos de arroz dentro de un refugio de paja que servía de pequeño comercio. En unos estantes había una docena de latas, varios paquetes de cerillas y cinco botellas de aceite. Como los más jóvenes estaban trabajando, entablé conversación con un anciano, que miraba la escena desde un rincón. Me dijo que todos ellos eran de Ngortoua, una aldea fronteriza en el lado nigeriano, a unos diez kilómetros

de allí, pero que él, consciente de que si llegaba el momento de correr sus piernas no le iban a responder, había huido antes de que llegara Boko Haram. Fue aquel anciano quien señaló a Hasan.

—Si quieres saber lo que ocurrió, habla con él. Aquel día regresó de entre los muertos.

Hasan Mustafa tenía veinticinco años, vestía una túnica gris claro, tenía la cabeza rapada y al principio prefería no hablar. Solo cuando el anciano le insistió, y por el respeto que profesa a los mayores, accedió a recordar su historia. Empezó con un lamento. Debería haberse marchado con su mujer y sus seis hijos aquel primer día que los yihadistas vinieron a pedir nuevos reclutas entre los jóvenes del pueblo. Aquella mañana, los fundamentalistas desplegaron buenas formas e incluso ofrecieron a quien luchara con ellos una motocicleta, 400 dólares y una esposa gratis. En aquella región de pobreza extrema, donde había millones de desempleados y niños sin escolarizar, la opción de acceder a una mujer había convencido a cientos de jóvenes. Muchos veían en su alistamiento la única posibilidad de evitar la humillación de quedarse soltero por no tener dinero con el que afrontar el coste de la dote, ya fuera en vacas o en dinero. Ese fue uno de los principales motivos también de que Boko Haram iniciara una ola de secuestros masivos —entre otros, el de las célebres 219 alumnas secuestradas en Chibok— para usarlas, además de como esclavas sexuales o suicidas, como anzuelo para nuevos reclutas. El éxito de la oferta había llenado las aldeas de Diffa de susurros. Todos los refugiados tenían algún vecino o familiar que se había unido a la banda. Al ser una zona tan próxima a los bosques donde se escondían los yihadistas, era un secreto a voces que miembros de la banda pasaban temporadas en los pueblos con sus familias, para descansar de la dureza de la vida rebelde y volver después a coger el Kalashnikov.

Como aquellos tipos habían venido a la aldea sin disparar un solo tiro, Hasan se confió. Prefirió enviar a su mujer e hijos a Níger, a dos horas a pie, y él se quedó atrás, a cargo de la casa y los animales. A los pocos días, Boko Haram regresó para castigar a quienes habían dicho que no.

Hasan era preciso en sus recuerdos, como si aquellas horas se hubieran tatuado en su mente. El ataque había empezado a las dos de la mañana, decía,

y las primeras casas ardieron minutos después. Él fue uno de los primeros que atraparon y enseguida pensó que era hombre muerto. Tendría tiempo de pensarlo varias veces más. Con las manos atadas a la espalda, lo condujeron a la plaza del pueblo, donde llevaron a otros siete chicos. Todos eran amigos suyos y todos iban a servir de lección.

Los yihadistas obligaron a quienes no habían huido a ser testigos de la escena. Querían, les gritaron, castigar a la comunidad por no apoyar su causa. Colocaron en fila india a los ocho jóvenes —a Hasan le tocó el segundo— y los ejecutaron de un tiro en la cabeza uno a uno. Hasan habría muerto si aquella noche la suerte no le hubiera hecho un guiño macabro: la sangre del chico que tenía delante le salpicó de tal manera que el verdugo pensó que había matado a los dos primeros de un mismo disparo. Hasan se hizo el muerto durante dos horas. Por eso vivió.

Para explicarme los detalles de su historia, Hasan me pidió la libreta, dibujó varios círculos e hizo una flecha para señalar en qué posición de la fila estaba. Fue entonces, al describir cómo la sangre le había cubierto la cara y el pecho, cuando el labio le empezó a temblar y se frotó el ojo para disimular el llanto.

A su alrededor se había hecho el silencio porque sus colegas en la tienda habían dejado de cargar cosas para escucharlo. Cuando recuperó la compostura, Hasan se levantó y empezó a mover unos sacos como si fuera una tarea urgente y tuviera prisa. Cerró su historia rápido, como si quisiera olvidarla a la misma velocidad.

—Eso fue todo. Hoy estoy aquí gracias a Alá. Porque me hice el muerto.  
*Thank you very much.*

## EL ZOO

De pequeño no sabía que no me tenían que gustar los zoológicos, así que me gustaban. Iba tantas veces con mis padres y mis hermanos al zoo de Barcelona que me sabía de memoria dónde estaba cada animal. Me fascinaba ver de cerca aquellas criaturas. Con mi primera cámara, una desechable con carrete,

incluso me propuse hacer una fotografía de cada mamífero. Por suerte, cuando mi padre me vio buscar hueco para retratar, por separado, a cada uno de los quinientos mil suricatas del foso, calculó el precio de revelar aquel sinsentido y me lo quitó de la cabeza. Aun así me dio tiempo a llenar varios blocs de dibujo con aquellas fotos. Pegaba la imagen del oso pardo y debajo escribía en bolígrafo azul «oso pardo». La de una cebra desenfocada y ponía «cebra». Fue un estudio zoológico exhaustivo.

Años después dejó de entusiasmarme la visión de aquellos animales encerrados en jaulas porque aprendí que no era normal que el guepardo o el oso hormiguero repitieran mil veces el mismo recorrido circular y los elefantes agitaran la cabeza de arriba abajo sin parar. Pero cuando Lena nació me propuse despertar en ella mi pasión por la fauna salvaje y, como sospechaba que parte de mi respeto por los animales nació en aquellas visitas infantiles al zoo, un domingo la llevé. Hizo lo que yo la primera vez: observar con la boca abierta a los gorilas y luego pedir Boca Bits.

El zoo estaba lleno de familias felices con niños o parejas cogidas de la mano, que paseaban plácidamente, como si los problemas y el peso de la rutina se hubieran quedado en la puerta del recinto. Como si la tranquilidad de aquella mañana de domingo, envuelta por el trino de los pájaros y los aullidos intermitentes de los primates, no fuera extraordinaria. Probablemente buscaba esa sensación cuando compré la entrada del zoo de Maiduguri, la ciudad donde surgió Boko Haram.

Hasta que llegué a la capital del estado de Borno, en el noreste de Nigeria, no sabía que las ciudades podían tener miedo. Maiduguri lo tenía. Había aprendido a convivir con él.

En mi primera noche sonó un estruendo descomunal a lo lejos mientras cenaba en el hotel. No había más clientes, así que alcé la vista para observar la reacción del camarero. El hombre leía tranquilamente un periódico extendido sobre el mostrador.

—¿Eso era una bomba? —pregunté.

El tipo apartó un segundo la vista del papel y sonrió.

—No, no. Es un trueno. Suena diferente.

Al rato, unas gotas gordas como pelotas de golf empezaron a caer sobre

las mesas de plástico de la terraza.

Maiduguri era la cuna de aquella crisis. Después de mis viajes a Chad y Níger para explicar el impacto de la violencia de Boko Haram, quería visitar el lugar donde había surgido la banda yihadista y también la región más castigada por los ataques extremistas. En aquellos tiempos, Maiduguri era una ciudad cercada. Las autoridades habían levantado una inmensa ciudadela de arena en todo su contorno para protegerla de las incursiones de la banda y la medida se había repetido en varias ciudades de la región. Más allá de las principales poblaciones, el resto del territorio estaba bajo dominio del grupo extremista y las emboscadas habían limitado al mínimo los trayectos por tierra. El miedo en Maiduguri no era por la incertidumbre, era por la costumbre. En la semana anterior a mi llegada, dos chicas habían hecho explotar sus cinturones bomba en la universidad y otras tres se habían hecho estallar en un barrio de las afueras. Cada semana, la ciudad recibía nuevos ataques. El miedo también se refugiaba en cualquier solar. En apenas dos años, la ciudad había duplicado su población con la llegada de 1.200.000 personas que huían de la violencia de los barbudos. En cualquier rincón, entre mercadillos improvisados, corrales llenos de basura y desguaces de vehículos oxidados, se levantaban campamentos de recién llegados. Decenas de miles de cabañas de paja albergaban a quienes lo habían perdido absolutamente todo. La ciudad estaba llena de niños que pedían limosna.

La población local había aprendido a convivir con el sonido de las detonaciones nocturnas o las noticias de nuevos atentados. A los extranjeros se les aconsejaba vehementemente que no caminaran por la calle. Las tiendas de venta de licor habían cerrado y la oferta cultural se había reducido al mínimo por miedo a la reacción yihadista. Pese a todo, la población trataba de hacer una vida normal. En los mercados, en los puestos de comida rápida o en los atascos de calles atestadas de tuk-tuks. O yendo al zoo un domingo por la mañana.

En el Sanda Kyarimi Park, en el oeste de la ciudad, no solo se podían ver leones, cocodrilos o avestruces: también era posible simular una vida normal. Delante del foso de los elefantes, una familia con dos niños pequeños improvisaba un pícnic y más allá una pareja observaba divertida, aunque sin

cogerse de la mano, como un chimpancé se encaramaba a los barrotes de una jaula diminuta. Un grupo de jóvenes paseaba entre los árboles y tres amigos discutían en un banco de madera delante del recinto de los leones cuál debía ser la dieta de los felinos. Era la quinta vez que Ahmed, Adams y Laminu iban al zoo. Les gustaba porque era un sitio tranquilo. Los tres rozaban la treintena y compartían un refresco mientras charlaban de cualquier cosa.

—Les deben dar perros callejeros —soltó Ahmed.

Los demás nos quedamos a cuadros y él señaló con el culo de la botella hacia la jaula.

—A los leones, digo. Para alimentarlos.

Sus colegas se burlaron de la ocurrencia.

—¿Perros callejeros? Estás loco, tío —intervino Laminu—. En dos días pillarían un jodido virus y se morirían. Imposible.

Después de un rato convinieron en que seguramente les daban pollo o cabra, como a los cocodrilos del foso vecino.

—Lo que seguro que no les dan es cerdo —dijo Adams muy serio—, que aquí está prohibido.

Y los tres se descojonaron.

Aquellas risas y aquella vida libre en el parque creaban el espejismo de que nada malo ocurría en Maiduguri. La paz y la tranquilidad difuminaban incluso la desolación que había alrededor. Las serpientes se enroscaban entre la basura en agujeros diminutos tapados con rejas y en todas las jaulas se acumulaban las botellas de plástico. La charca de la hiena era de color verde, los chimpancés tenían varias calvas y los elefantes daban vueltas sobre sí mismos todo el tiempo. Pese a la decadencia de las instalaciones, el zoo, fundado en 1970, había vivido tiempos peores. Cuando Boko Haram controlaba gran parte de la ciudad, el parque fue prácticamente abandonado y muchos animales murieron de hambre.

Aunque cuando todo empezó a degenerar Ahmed, Adams y Laminu eran unos niños, los tres recordaban perfectamente los días en que Maiduguri empezó a cambiar. Los tiempos en que Boko Haram ni siquiera se llamaba así. A principios de los años 2000 escucharon hablar por primera vez de un clérigo popular, Mohammed Yusuf, que recorría las calles de la ciudad

clamando por una sociedad basada en un islam estricto y predicando contra la injusticia social. Su mensaje era rompedor: criticaba con dureza al corrupto e ineficiente Estado nigeriano, a quien acusaba de haber desatendido al norte durante décadas. En sus sermones, cada vez más multitudinarios, utilizaba a menudo la palabra hausa *boko*, con el significado de educación occidental, y a continuación decía que era *haram*, que estaba prohibida. Era su manera de decir que esa educación era pecado y el origen de un sistema fallido. En realidad, no se llamaban a sí mismos Boko Haram sino que utilizaban su nombre oficial, que se traduciría como «Personas comprometidas con la propagación de las enseñanzas del Profeta y la yihad».

El movimiento pronto ganó adeptos poderosos. Aunque más tarde el grupo se financiaría con el robo de bancos, la extorsión o el pillaje, en sus inicios contaba con acaudalados padrinos entre las altas esferas políticas, religiosas y financieras del norte, que veían en esa masa popular una forma de debilitar al Gobierno del sur.

—Cuando hacía uno de sus mítines —recordaba Ahmed— siempre había un montón de todoterrenos nuevos en la entrada. Todo el mundo quería estar cerca de aquel tipo tan popular.

El entusiasmo de aquellos hombres bien conectados duró poco. Yusuf empezó a incomodarlos cuando criticó también la laxitud en la aplicación del islam de los dirigentes y denunció que sus hijos, enviados a las mejores universidades extranjeras, habían aceptado la educación y las normas occidentales. Fue por aquel entonces cuando a aquellos chicos díscolos y violentos, que quemaban licorerías y daban palizas a prostitutas, se los empezó a llamar por su grito de guerra: Boko Haram.

El discurso extremista de Yusuf caló rápido en las clases bajas, en su mayoría jóvenes desesperadamente desempleados y hartos de las históricas desigualdades norte-sur. La suya no era una rabia hueca. Además de la diferencia de riqueza entre el sur nigeriano, de mayoría cristiana y con buenas carreteras y ciudades modernas, con el norte, musulmán y con apenas infraestructuras, había otras diferencias de raíz. La ratio de alfabetización en el norte era apenas del 14,5 por ciento, mientras que en Lagos, la principal ciudad del sur, era del 92 por ciento.

Pronto, el movimiento derivó en una revuelta juvenil violenta, con asesinatos de policías o miembros de las fuerzas de seguridad nigerianas. Su objetivo: derrocar al Gobierno de Nigeria e implantar una versión radical de la *sharía* o ley islámica. El asesinato de Yusuf a manos de la policía en el año 2009 mientras estaba detenido y la ejecución sumaria de cientos de sus seguidores despertó a la bestia. Meses después, tomó el mando Abubakar Shekau y el grupo inició una deriva más sangrienta, con atentados y asesinatos masivos, y empezó a utilizar el pánico como arma de control.

Aunque en los últimos años la banda había sufrido una escisión interna, entre los partidarios de Shekau y los fieles a Estado Islámico, liderados por Abu mus'ab Al-Barnawi y conocidos como Estado Islámico en África del Oeste, los yihadistas seguían teniendo capacidad de matar.

Para Laminu, que trabajaba en una tienda de informática, si no se solucionaba la distribución injusta de riqueza el país nunca alcanzaría la paz.

—Es como si intentas domar a esos leones: por mucho que consigas domesticarlos, si no los alimentas con un poco de pollo o de cabra, al final tendrán hambre y acabarán por devorarte.

Como se hacía tarde, me despedí de los tres amigos y me dirigí hacia la salida para volver al hotel. Delante de la primera jaula, donde había una familia de babuinos, una niña vestida con un hiyab de color claro animaba a sus hermanos pequeños a que tiraran comida a un ejemplar macho que los miraba ansioso desde el otro lado de la valla. Dentro, una montaña de plástico se amontonaba en una de las esquinas y había papeles por todas partes. Cada vez que los niños le lanzaban algo, el primate daba una voltereta impulsándose con las patas en la verja y tendía la mano para que le volvieran a tirar algo más. Cuando hacía la pirueta, los niños se morían de la risa.

# NIÑOS SERPIENTE

## Togo

El garaje donde veraneamos cada año está repleto de cosas. Detrás de un Suzuki Samurai rojo y viejo, en los estantes más bajos de una estantería metálica que cruza de lado a lado la pared del fondo, hay leña apilada a la espera del invierno y, un poco más arriba, se ordenan las herramientas, las cajas repletas de trastos y las botellas de vino. La parte superior, que está muy alta, tiene más de un metro de profundidad y queda lejos de la vista. Es el rincón de los tesoros.

Lena enseguida adivinó que debía llegar hasta allí. Empezó a escalar unas sillas colocadas una encima de la otra para poder encaramarse y ver mejor lo que había en la parte de arriba de la estantería. Se apoyó en el borde, se puso de puntillas y estiró el cuello. Nada. Me pidió que la aupara para ver un poco más y se le encendió la mirada.

—¡Papá, he visto algo!

La alcé un poco más hasta que apoyó el pecho en el estante superior y desapareció de un salto. Enseguida escuché el grito.

—¡Papá, lo he encontrado!

Lena apareció por el extremo de la balda con una sonrisa de oreja a oreja. En la mano blandía una botella vieja de cristal y dentro había un papel

quemado por las puntas desde el que asomaban dibujos y líneas irregulares. Lo había encontrado: el mapa del tesoro de Willy el Tuerto. Unos días antes habíamos visto juntos la película *Los Goonies* y Lena estaba como loca por vivir ella también aquellas aventuras imposibles y encontrar sus propios tesoros. Enseguida organizó a su pandilla.

—Papá, llama a Pau y a Biel, diles si quieren ser Goonies y venir a buscar el tesoro conmigo. Aina —su hermana pequeña, de un año entonces— también viene, ¿vale?

Ya en el suelo, desplegó nerviosa el mapa, que aún olía a quemado, y siguió con el dedo el recorrido hasta el tesoro. En un extremo había una calavera con un parche en un ojo, cruzada por dos huesos en diagonal, dibujada con más voluntad que talento. Las líneas del papel se perdían en pinedas, rotondas y atravesaban las instalaciones abandonadas de Radio Liberty, una antigua emisora de radio construida frente a la playa de Pals por Estados Unidos durante la guerra fría para transmitir propaganda anticomunista a los países de Europa del Este. En el extremo derecho del mapa había un baúl dibujado lleno de monedas de oro pintadas con rotulador amarillo fluorescente.

Lena tenía solo cuatro años y los veranos en Pals, un pequeño pueblo del Baix Empordà, en Cataluña, ya tenían el sabor de helados de chocolate, el aroma de crema solar infantil y los dedos arrugados por mil horas en la piscina. Le encantaba chapotear, saltar desde el borde o bucear. También le fascinaban los tesoros. A veces enterraba una caja en la arena de la playa, llena de monedas doradas y caramelos, y después de buscarla un buen rato, Lena la desenterraba con la ilusión de quien vive la aventura definitiva. Cuando sus manos tocaban la caja, ya semidesenterrada, se ponía loca de contenta y me miraba con los ojos pasmados y una sonrisa descomunal.

A veces, viéndola tan feliz, bajaba la guardia y cometía el error de dar por descontado que los niños sonrían siempre así. Al ver a Lena con la cara rebozada de arena, totalmente entregada a creerse su victoria ante las triquiñuelas de aquel pirata tuerto, tenía la tentación de pensar que los niños son niños precisamente porque buscan tesoros, roban chocolate a escondidas y se pintan con corona en los dibujos que cuelgan de la nevera. Sabía

perfectamente que no era así.

Emmanuel también tenía una sonrisa amplia, la cara rebozada de arena y no abría tanto los ojos porque no se sorprendía ya demasiado por nada. Las sorpresas te las daba él a ti. Tenía doce años, vivía en la ciudad de Kara, en el norte de Togo, y su sonrisa, digámoslo así, más que inocente, era callejera. Esto último, literal: había vivido dos años en la calle y, a los cinco minutos de conocernos, decidió a su manera que íbamos a llevarnos bien. Después de un rato charlando tranquilamente con él y otros niños callejeros, se escurrió a mis espaldas y me plantó un cuchillo en la garganta. Mi acojone le pareció de fiar, porque a los dos segundos se guardó el arma, soltó una risotada y me dio un toquecito en el hombro en plan era broma, tío, no te iba a hacer nada. Los demás se rieron también, y seguimos hablando como si nada.

Emmanuel y sus amigos eran niños serpiente. Demonios. En Occidente, el adjetivo para unos chavales como ellos indicaría que son revoltosos. En algunas partes de África Occidental, la palabra es una condena. En varios países africanos, cuando ocurre una muerte inexplicable —y en Togo, el sida o la malaria hacen estragos—, se acude al hechicero para que tire unas conchas al aire, hable con los espíritus y encuentre la explicación. A veces acusa al benjamín de la familia de haberse comido el alma del familiar fallecido. La tradición dice que no se puede asesinar a un niño serpiente porque después todos los bebés de la familia nacerán diablos, así que muelen a palos al chaval para que se marche él solo. En ocasiones, ni siquiera hace falta que fallezca alguien. Una discapacidad física o mental también puede llevar a la creencia de que un demonio ha poseído al menor.

A los niños serpiente el trauma les duraba años. De la noche a la mañana, aquellos chavales rotos por la muerte repentina de sus padres eran, además, acusados por el resto de sus familiares y vecinos de ser seres diabólicos. Muchos de ellos acababan creyendo que llevaban un bicho dentro.

Cuando conocí a Emmanuel, vivía en un centro salesiano que acoge a 50 niños acusados de brujería, donde reciben comida caliente, educación y amor propio. En la calle, los niños serpiente son repudiados y tratados peor que perros, así que refugiarse allí les permitía recuperar la dignidad y deshacerse poco a poco de la culpa. Pero a veces les costaba. El segundo día con ellos, se

me ocurrió sacar una cámara digital rectangular, uno de esos modelos achatados que caben en un bolsillo, para pasar el rato. Iba enseñándoles las fotos que les tomaba y nos echábamos unas risas con las caras que ponían. Saltaban, hacían muecas y se aplastaban unos a otros para salir en primer plano. En un momento dado, se tumbaron unos cuantos en el suelo, apreté el disparador y enseguida se arremolinaron a mi alrededor para ver el resultado. Alex, el niño que estaba en el medio de la imagen que acababa de sacar, aparecía movido y con los ojos rojos. Cuando sus compañeros lo vieron, empezaron a gritar.

—¡Mírale los ojos! ¡Álex es un demonio!

Todos se alejaron y Álex se quedó petrificado. Me miró con cara de terror. Él mismo pensaba que esa imagen borrosa certificaba que tenía a Satán dentro. Le abracé y les expliqué que aquello era normal, e incluso les mostré otras fotos en las que yo mismo salía borroso o con los ojos enrojecidos.

Como el día antes Álex me había dicho que de mayor quería hablar castellano, aproveché para distraerlos enseñándoles algunas palabras en español. Aquello los tranquilizó. Poco a poco, todos se fueron acercando y se animaron a jugar, pero aquella reacción mostraba una mezcla de miedo y dolor insoportable. Aquellos chavales habían sufrido lo indecible. Y algunos habían hecho sufrir también. Tras ser expulsados de sus familias y comunidades, muchos habían sobrevivido a fuerza de hacer y recibir todo lo que una sociedad puede repudiar. Algunos habían robado, asesinado y sufrido abusos sexuales, y otros habían violado a su vez a niños más pequeños aún. La calle los había convertido en tipos duros. Una noche, uno de los chicos, Tchasso, se escapó del centro para ir a jugar con una antigua cuadrilla callejera. Mientras jugaba entre unos tablonés, resbaló y se hundió un clavo de dos centímetros en la frente. El miedo a que lo expulsaran del centro le hizo saltar la valla con sigilo y meterse en la cama con el hierro aún clavado en la frente. Durante una de las rondas de vigilancia nocturna, un cuidador lo descubrió y lo llevó corriendo al hospital.

Por dentro, casi todos eran de mantequilla. Si les acariciabas la cabeza, se quedaban muy quietos y cerraban los ojos, como si recordaran algo. Reían y hacían bromas todo el rato. Alex era un estudiante excepcional. Los

cuidadores estaban encantados con su cambio, porque se aplicaba mucho en la escuela, algo no tan habitual tras vivir en la calle. Además de aprender español, quería ser profesor. Cuando lo decía, levantaba el índice hacia el cielo y lo movía hacia adelante y hacia atrás para que quedara claro que hablaba en serio.

También les encantaba el fútbol. Por las tardes, montaban en el patio unos partidos de fútbol de aúpa. Veinticinco contra veinticinco. Chavales de todas las edades, que se doblaban la edad, corrían detrás de una pelota hecha de bolsas de plástico atadas con cordeles que rebotaba a lo loco en la arena. Se daban unas patadas asesinas.

La tarde antes de irme quise darles una sorpresa: un balón de cuero. La explosión de júbilo fue descomunal. Sébastien, un chaval de siete años, se aferró a mi pierna como un koala, me dio mil veces las gracias y me pidió que no me fuera nunca. Su promesa de amor eterno duró poco.

Al cabo de unos minutos de partido, los más pequeños se dieron cuenta de que el balón era demasiado grande y pesado para ellos. Sus chutes apenas movían la pelota en la arena, y los mayores tenían ventaja. También poca paciencia: pararon el partido y ordenaron a todos los renacuajos que salieran del campo.

Me acerqué avergonzado a Sébastien, quien sentado en el córner y en un alarde de sutileza, me preguntó cuándo había dicho que me iba. Le dije que quizás podía cambiar la pelota por una de plástico, y él puso mirada de Corleone.

—*Ce n'est pas nécessaire.*

A la mañana siguiente, el balón de cuero apareció pinchado en el patio.

# LA NIÑA DE LOS PIES DESCALZOS

## Cabo Verde

*Quem mostra 'bo esse caminho longe?  
Quem mostra 'bo esse caminho longe?  
Esse caminho pra São Tomé.*

Para Miguel Santos Lima, la radio era media vida. Cada tarde desde hacía cinco años, salía al rellano de su casa, una planta baja con las paredes pintadas de azul y blanco, sintonizaba la emisora e inundaba de música todo el pueblo pesquero de Monte Trigo. Era un hombre de costumbres atornilladas. Se calaba una gorra roja hasta las cejas, se abría la camisa rosa para que la brisa le refrescara el pecho y apoyaba la barbilla en su mano izquierda para deleitarse con la melodía y la cadencia del mar en movimiento. La tarde en que lo conocí, el océano estaba encrespado y el sonido de las olas se mezclaba con las notas de *Sodade*, de Cesária Évora, como si el mar quisiera fundirse con la canción de la diva de los pies descalzos. Miguel decía que, a sus sesenta y siete años, no le pedía más a la vida que escuchar aquellas canciones, admirar el paisaje y disfrutar del aroma a sal. Permanecía delante

de su casa durante horas porque no podía ir a otro lugar: a causa de un problema de circulación derivado de una diabetes, cinco años atrás le habían amputado las dos piernas hasta la base de los glúteos y se pasaba el día en una vieja silla de ruedas. Estaba tan maltrecha que las ruedas a duras penas avanzaban por las cuestas adoquinadas del pueblo, así que no se movía si no era estrictamente necesario.

*Sodade sodade  
Sodade dessa minha terra, São Nicolau  
Sodade sodade  
Sodade dessa minha terra, São Nicolau*

La aldea de Monte Trigo cae al mar. Las casas de sus 270 habitantes se deslizan a los pies del volcán Topo da Coroa, cuyo cráter se alza sobre una pared vertical, a casi 2.000 metros de altura, y abrazan una playa de piedras negras. Es un lugar recóndito. Para llegar hay que sortear un camino de tierra con curvas imposibles durante tres horas en todoterreno. O bien tirar del mar: se llega en 45 minutos en barca desde el pueblo más cercano. Es un lugar tranquilo y humilde, de vida pausada y destino definido para sus habitantes. Ellos serán pescadores; ellas, si no emigran a la ciudad, amas de casa. Monte Trigo es también el último pueblo de África. Está situado en Santo Antão, la isla más al oeste del archipiélago de Cabo Verde y el punto más occidental de todo el continente. Es el último pedazo de tierra africana antes de que el océano lo envuelva todo.

*Si bô 'screvê' me 'm ta 'screvê be  
Si bô 'squecê me 'm ta 'squecê be  
Até dia qui bô voltà*

A Giovanna Gilene Delgado Durão le gustaba escuchar las canciones que su tío abuelo Miguel ponía cada tarde en la radio frente a la casa familiar. Se aprendía enseguida los temas que repetían más en la emisora y cantaba en voz baja mientras barría el suelo o ayudaba a su abuela Chiquinha a limpiar el pescado que el abuelo Francisco había capturado durante el día. La habían

criado ellos dos. Cuando su padre, marinero, se fue a vivir con otra mujer y su madre se marchó a trabajar a otra isla, ella se quedó en Monte Trigo con sus abuelos, su prima y el tío Miguel. Su abuela trabajaba de barrendera municipal y era la que más disfrutaba oyendo a Giovanna a cantar.

—Mi abuela dice —explicaba azorada— que canto como un ángel. Yo no sé. Supongo que exagera, pero yo sigo porque me gusta mucho cantar. Una tía mía es cantante en São Vicente y yo quiero ser como ella.

Giovanna tenía doce años, el pelo rizado, los ojos oscuros y una piel tostada que resumía cinco siglos de mestizaje en las islas. Deshabitado hasta 1460, cuando lo descubrieron los portugueses, el archipiélago de clima seco y tierras infértiles que hasta aquel momento solo servía de escondrijo a piratas de ultramar se convirtió en unas décadas en uno de los principales puertos intermedios del comercio atlántico de esclavos. La Corona portuguesa puso de su parte para revitalizar la economía, se desvistió de escrúpulos y otorgó a los colonos permisos para traficar con los esclavos provenientes de Sierra Leona o Guinea. Pronto miles de buscavidas olieron el negocio y se establecieron allí. Entre ellos, portugueses de la metrópoli, genoveses y judíos españoles perseguidos por la Inquisición. Cabo Verde fue tierra de aventureros. Los grandes exploradores de la historia, de Fernando de Magallanes a Cristóbal Colón, Juan Sebastián Elcano o Vasco da Gama, fondearon sus carabelas y navíos en aquellas islas remotas para, antes de partir a descubrir el mundo, proveerse de provisiones y pedir protección a la Virgen en la iglesia de Nuestra Señora del Rocío, construida en Ribeira Grande —la actual Cidade Velha— a finales del siglo XV.

Pero el dinero fácil, alejado de naufragios y abordajes de piratas, estaba en los grilletos y las espaldas ensangrentadas. Cabo Verde se transformó en un almacén al aire libre de esclavos, una suerte de supermercado colosal de seres humanos, hasta con anuncios en la prensa, en el que se vendían o alquilaban descaradamente a africanos para trabajar en el campo o hacer las tareas del hogar. Aunque la mayoría de los cautivos fue forzado a continuar su viaje hacia el Caribe o Brasil, algunos se quedaron y poblaron las zonas más pobres del país.

Los tonos mulatos de la piel de Giovanna trazaban una línea invisible hasta

esos ancestros africanos y europeos que empezaron a mezclarse.

*Sodade sodade*  
*Sodade dessa minha terra, São Nicolau*  
*Sodade sodade*  
*Sodade dessa minha terra, São Nicolau*

Monte Trigo era un rincón de costumbres fijas y sueños escasos, pero Giovanna se resistía a su rol fijado de madre y ama de casa. El sol le había traído sueños nuevos. En el año 2012, la empresa local Aguas de Ponta Preta había instalado placas solares en el techo de la escuela y por primera vez la electricidad había llegado al pueblo. Monte Trigo se convirtió en pionera: fue la primera aldea del país en obtener toda su energía de una fuente renovable. Fue una revolución. De repente, los pescadores podían fabricar hielo para conservar el pescado, las hormigoneras facilitaban la construcción de nuevas casas y el día no terminaba cuando se escondía el sol. Por la noche, las calles se iluminaban y se escuchaba el rumor de las neveras o de las pocas televisiones encendidas. Para Giovanna, la electricidad había significado más. Ahora su tío abuelo Miguel podía enchufar la radio —antes las pilas eran un lujo inaccesible para la familia— y su vida se había inundado de música.

—De mayor quiero ser cantante —decía.

Los ritmos nuevos también habían llegado a la escuela. Desde hacía dos años, el profesor de expresión musical tocaba un piano eléctrico en clase. Para Giovanna, no había un sonido más bello que aquel.

—Cuando escucho las notas es como si se me metieran por los oídos y me recorrieran todo el cuerpo. ¡Suena tan bonito!

Giovanna escuchaba música a todas horas. En el colegio, con su tío abuelo Miguel y en el móvil de su amigo Romilson. Era el único de la pandilla — además de ellos dos, estaban Lara, Sofía, Jaden, Joaquim Abel y Nelio— al que su madre le prestaba el teléfono, y algunas tardes se colocaban en corro con el aparato en medio y escuchaban una y otra vez los temas que la mujer tenía almacenados en la memoria del móvil. La mayoría eran temas antiguos, de morna, un género de música caboverdiana que canta en lengua criolla a la

nostalgia de la tierra que se ha tenido que abandonar. Esos ritmos tristes son también la historia del país. La emigración ha sido uno de los sellos de identidad de Cabo Verde, que considera como su undécima isla al millón de caboverdianos de la diáspora —casi el doble de la población que vive en Cabo Verde— que fueron a labrarse un futuro en el extranjero. Muchos de ellos no olvidan sus raíces: las remesas suponen el 10 por ciento del producto interior bruto del país.

Pero la corriente no solo había traído canciones tristes. Algunas noches, la abuela Chiquinha dejaba que la niña viera un poco la televisión después de terminar los deberes y Giovanna dedicaba ese tiempo a mirar videoclips de ídolos caboverdianos como Elly Paris, Djarilene Paris, Calema o Josslyn. Cuando les escuchaba entonar sus melodías, Giovanna suspiraba.

—Quiero ser cantante como ellos. Lo quiero con todas mis fuerzas. La electricidad me va a ayudar mucho a mejorar. Ahora que puedo escuchar la radio, oír música en la radio, en la tele y en el móvil, estoy aprendiendo muchas canciones.

Como sólo había un hostel en toda la aldea, el Beira Mar, regentado por Djulay, un joven de veintitrés años al que le encantaba cocinar, Giovanna, Romilson y los demás sabían dónde encontrarme. Venían a verme cada día después del colegio y antes de ir a bañarse un rato en el mar. Yo había llegado a Monte Trigo porque quería ver los cambios que la llegada de la electricidad había provocado en el pueblo, y a ellos les pareció divertido ser objeto de mi curiosidad durante unos días. Una tarde de sábado, cuando el sol ya se escondía en el horizonte, se presentaron en el hostel con una propuesta improvisada. A la mañana siguiente iban a ir de excursión a Ribeira d'Arriba, una zona de cultivos a una hora de camino, y me invitaban a unirme a ellos. Su plan era subirse a los almendros, bañarse en un aljibe —una piscina de hormigón que almacena agua para el riego— y luego secarse al sol. Les dije que sí y se alejaron en dirección al pueblo, que se extendía al otro lado de un campo de fútbol frente al mar y a esa hora ya estaba salpicado de luces titilantes.

Djulay, que limpiaba las mesas de la terraza del hostel, se me había quedado mirando mientras yo observaba como aquellos niños desaparecían

tras una cuesta adoquinada que entraba en el pueblo.

—Monte Trigo ha cambiado mucho y más va a cambiar. Esos chavales casi no recordarán lo que era convivir con la oscuridad, pero yo sí me acuerdo. Los días eran más cortos.

Como ya ocurrió con el móvil, cuyo uso crece en África más que en ninguna otra región del mundo y que ha conectado zonas remotas del continente, la energía solar será la próxima revolución que generará cambios radicales en la vida de millones de africanos.

Lo había podido percibir en mis últimos viajes por el continente: desde Sudán del Sur a Benín o de Mauritania a Zambia, los sistemas solares para el hogar, a menudo de poca potencia y con capacidad solo para cargar aparatos básicos como teléfonos, radios o bombillas, están llevando la luz a todos los rincones africanos. Poblaciones como Monte Trigo, que habían vivido hasta entonces a oscuras o con el intermitente rugido del generador, veían una oportunidad de abrirse al mundo gracias al sol. El reto es mayúsculo porque en África subsahariana más de la mitad de la población, 590 millones de personas, no tiene acceso a electricidad. Sin embargo, las energías renovables se asoman para brindarles una oportunidad: si hoy hay 23 millones de africanos con acceso a la energía solar, en el año 2030 serán 250 millones, según los expertos.

El sol que baña a diario la ladera de Monte Trigo avisa de las posibilidades. Como Cabo Verde, otros 39 países africanos tienen el doble de radiaciones solares anuales que Alemania, un país que apuesta de forma notable por las energías renovables. Y hay un actor dispuesto a liderar la transformación: China. La irrupción de módulos solares de fabricación asiática, con un precio ajustado al bolsillo de los africanos, ha puesto la electricidad al alcance de lugares sin acceso a instalaciones eléctricas. De la misma forma que los móviles permitieron la comunicación en zonas donde no había una red de línea telefónica, los paneles solares llevarán electricidad sin necesidad de establecer una red eléctrica tradicional. No es solo que los paneles o lámparas solares sean más baratos, sino que el sistema de pago por el uso, con una tecnología que bloquea el sistema si se produce un impago, se adapta perfectamente a la delgada economía de millones de africanos. En

África, a los más pobres no les preocupa tanto el coste de las cosas como el riesgo. El coste es algo transparente: si no alcanzas el precio que piden, no lo puedes comprar. El riesgo significa que una mala decisión cuando eres pobre, un error en un consumo excesivo de electricidad, como ocurría con el sistema antiguo, deja a tus hijos sin comer o sin ir a la escuela.

Al día siguiente, cuando llegué a casa de Giovanna, donde habíamos quedado para empezar la excursión, me recibió Miguel desde su silla de ruedas. Llevaba la gorra roja encajada hasta las cejas y los dos primeros botones de la camisa abiertos. En la radio sonaba una canción en portugués que no reconocí. Me fijé en que llevaba tres pulseras de colores en la mano izquierda. Él no esperó a que le preguntara.

—Me las ha hecho Giovanna. Es una chica muy cariñosa y buena, nos cuida a todos.

Como la pandilla de Giovanna se atrasaba, ella aprovechaba para barrer el suelo de la terraza y, de paso, poner una oreja porque había advertido que su tío abuelo la acababa de mencionar. A Miguel, la electricidad le había dado media vida en horas de radio, pero también el temor de la incertidumbre. La luz estaba haciendo cambiar las cosas muy deprisa y no sabía qué iba a ser del Monte Trigo de siempre si empezaban a llegar turistas y pescadores aficionados atraídos por los extraordinarios caladeros de peces de la isla.

—Nadie sabe, espero que sea para bien.

Giovanna siguió barriendo como si no estuviera escuchando a su tío Miguel. Había levantado una nube de polvo de un par de escobazos y movía los pies al son de la morna que sonaba en el transistor. Cantaba feliz e indiferente a su alrededor, como si en lugar de estar barriendo el suelo de su casa en Monte Trigo, fuera Cesária Évora en el Coliseo de Lisboa con las gradas a reventar.

*MOLUENE*

## Mozambique

—Papá, lo he pensado bien y no me gusta dormir.

Eran las cinco de la mañana y aquella reflexión marcaba el final de mi intento de escribir un poco antes de que amaneciera. Casi me cuesta un infarto, además. Lena había subido las escaleras hasta el estudio sin hacer ruido y yo llevaba un buen rato concentrado y con los auriculares puestos. No la vi venir. En cuanto me rozó el brazo, di un brinco de felino. Lena pestañeó con pesadez, deslumbrada por la luz de la pantalla del portátil, bostezó y se frotó los ojos.

—Que no te asustes, papá, que soy yo. Es que he pensado que no me gusta dormir.

La acompañé de vuelta a la cama —en realidad a ella lo que no le gusta es dormir sola, sin su padre o su madre a su vera—, pero intentó una negociación exprés para quedarse en el despacho diez minutos a jugar o leer un cuento. No coló.

—Tienes que dormir, Lena. Es importante para estar bien cuando te vuelvas a despertar.

Ella, claro, se revolvió para lograr una victoria por la mínima.

—Vale, pero cántame una canción o no me podré dormir.

Sí coló.

Cada vez que intuía que Lena dormía e iniciaba un movimiento ninja de huida, ella me agarraba del cuello para que me quedara un minuto más. Un minuto solo. Si Lena se volvía a despertar, podía olvidarme de trabajar, así que, probablemente traicionando las buenas prácticas contra el insomnio infantil, me quedé allí, encajado entre sus brazos, y como ya estaba desvelado, me puse a pensar. Acababa de volver de uno de mis países africanos favoritos, Mozambique, uno de esos lugares alegres, de luz firme y bienvenidas sinceras adonde uno siempre quiere regresar y que generan recuerdos agradables cuando se está secuestrado de madrugada. Era la segunda vez que visitaba el país aquel año y había regresado a Beira, una de las principales ciudades del país, para acompañar durante varios días a unos niños de la calle. Lena llevaba un rato sin moverse y, arropado por el calor de las sábanas, noté que el cansancio empezaba a vencerme. Pero ya no podía dejar de darle vueltas. Continuamente volvía a mi pensamiento aquella imagen. Una y otra vez. No conseguía quitarme de la cabeza el momento en el que, en la última noche juntos, aquellos niños desesperados por el sueño, agotados sin remedio, habían intentado ser palomas.

Al final nos quedamos dormidos los dos.

No es la tierra roja, que no siempre lo es tanto. Tampoco los paisajes exuberantes o la vida en la calle, aunque a menudo resulte insoportablemente acogedora la mezcla de ruido, caos, colores, risas y olores de la vía pública de las ciudades africanas. Tampoco es la bruma del amanecer en los campos de té, las puestas de sol anaranjadas o el aroma a leña ardiendo en las aldeas. El embrujo de África no se sostiene en la belleza o el exotismo. Quizás sí ocurre así al principio, porque la fascinación nace habitualmente en la distancia, pero es un hechizo fugaz. Una vez se ponen los pies en África, se camina por sus calles y caminos, la fascinación por el continente surge de los detalles y brota de las preguntas sencillas. Si al recorrer África se está dispuesto a interesarse por el otro y regalarse una pausa, a destinar la paciencia precisa ante la cotidianeidad insignificante, el continente corresponde. Hay una pregunta que condensa fielmente el interés sincero por

el otro: «¿Has dormido bien?». Jamás me lo han preguntado tanto como en África.

La preocupación por el descanso ajeno es un momento crucial en las relaciones de miles de africanos. Si la respuesta es afirmativa, la conversación derivará inmediatamente hacia otros derroteros, sobre la familia, el desayuno o los proyectos futuros. Pero si la respuesta es negativa o dubitativa provoca un gran desasosiego. Se desencadena entonces un torrente de preguntas sobre el motivo del mal sueño. ¿Estás enfermo? ¿Preocupado? ¿Algún familiar está en el hospital? ¿Tienes problemas con el trabajo?

En uno de mis primeros viajes a Mali, un amigo me preguntó si había dormido bien mientras encendía carbón para calentar el té en el patio de su casa. Contesté distraído que no demasiado. Había sido una noche calurosa y me había peleado con los mosquitos, así que lo solté sin pensar mucho.

—Llevo despierto algunas horas —dije.

Él dejó lo que estaba haciendo y se sentó a mi lado con el semblante serio. En su casa de Bamako vivían varias hermanas y tíos, así que en unos segundos se corrió la voz y me encontré rodeado por miradas que querían saber los motivos de aquel sueño interrumpido.

En África, la conversación tiene un valor primordial porque coloca al otro por delante del tiempo. Nada importa más que esas palabras compartidas con un familiar, un amigo o un extraño que acabas de conocer en el autobús. Primero tú, luego la prisa. Y no hay nada que denote de forma tan precisa el interés transparente hacia el otro como el esmero por saber sobre su descanso. Porque dormir es un componente central de la vida y su alteración afecta lo que ocurrirá durante el día. La pregunta «¿has dormido bien?» busca conocer la razón de los desvelos y significa que me importas más que mi tiempo. La fascinación por África brota de esa pausa. Y de las preguntas sencillas.

A Jose no me atreví a preguntárselo ni una sola vez durante la semana que estuvimos juntos en Beira. Él tampoco lo hizo, seguramente porque los dos sabíamos la respuesta.

Jose tenía quince años y usaba como almohada unas sandalias blancas. Le gustaban mucho sus sandalias blancas. Eran cómodas y, aunque le venían un poco grandes, le cubrían el empeine entero y le protegían los dedos de los

cristales o piedras de la calle. Incluso podía correr sin que salieran disparadas a la segunda zancada. Había tenido que limpiar muchos coches los fines de semana en la Praça do Município, en el centro histórico de la ciudad de Beira, para ahorrar y poder comprárselas. Siempre las llevaba puestas.

Durante el día se cubría la cabeza con una gorra oscura calada hacia atrás y por la noche, al ir a dormir y antes de tumbarse, se la guardaba dentro de la camisa negra, de botones claros y sin mangas, porque la visera era blanda y no le molestaba cuando se giraba. Pero con las sandalias no podía hacer lo mismo: eran demasiado rígidas para esconderlas dentro de la camisa y al moverse durante el sueño se le clavarían. Debajo de la cabeza le servían no solo para apoyarse, sino también para que su pelo no tocara el suelo mugriento. Aquella primera noche, horas después de conocerlos, Jose había encontrado libre un buen sitio para dormir. Un cobertizo sombrío delante de una tienda de ropa, en una calle mal iluminada y silenciosa cerca del centro. Como soplaba una brisa suave, se encogió sobre sí mismo, metió las manos entre sus muslos y se acurrucó contra la espalda de su amigo Antonio, que ya dormía, cubierto con un saco de plástico roto. Antonio, a su vez, se apretaba contra otro chico más pequeño, que también parecía dormido y estaba encarado hacia la esquina. A los cinco minutos de estar estirado, Jose dejó de moverse. Quizás dormía, quizás escuchaba, pero daba lo mismo. No habría podido detectar el paso silencioso de una cucaracha que avanzaba sigilosa hacia él, giró hacia la izquierda justo antes de llegar a su pantalón, se dirigió a la pared y recorrió la puerta de la tienda de derecha a izquierda. Detrás de una reja cerrada con una cadena gruesa y un candado, enganchadas al cristal del escaparate, había varias cartulinas de colores, cortadas en forma de estrella, que anunciaban las ofertas. Había descuentos del 20 al 30 por ciento. La calle estaba oscura y dos perros callejeros giraron en la esquina con el rabo estirado hacia el cielo lleno de estrellas. Un cruce cercano con una vía principal estaba más iluminado; había un guarda con una porra al cinto frente a una tienda de comestibles y, al otro lado de la calle, un vagabundo con una sudadera blanca y negra miraba desde la puerta la pantalla de televisor que en el interior de una tienda de electrodomésticos emitía una película de acción y gatillo fácil. Dos hombres cruzaron hacia la acera donde dormían Jose y sus

dos amigos y pasaron a un metro de sus pies. Ni siquiera miraron a los niños. Si hubieran querido robarles, como a veces ocurría, a Jose no habrían podido quitarle las sandalias blancas sin que se diera cuenta. Porque siempre se las ponía de almohada, para que no se las robaran. A Jose le gustaban mucho sus sandalias.

Jose Albino Luis era un *menino da rua*, un niño de la calle, desde hacía cuatro años. Cuando tenía once, llegó a la estación central de Beira condenado a serlo. Al principio decía que había ido a la ciudad a buscar trabajo y no le salió bien, pero después admitía que todo eso lo pensó cuando el fracaso ya era inevitable; solo tenía un objetivo cuando cogió una furgoneta pública o *chapa* en su localidad natal en Marromeu, una pequeña población rodeada de plantaciones de caña de azúcar a las orillas del río Zambezi, y recorrió los más de 300 kilómetros que separan su hogar de Beira. Solamente uno: huir del hambre y de las palizas de su madrastra.

Hasta los nueve años, Jose había tenido una vida más o menos normal. En la mayor parte de Mozambique, normal significa pobre. Tres de cada cuatro mozambiqueños viven de sus cultivos y más de la mitad de sus 29 millones de habitantes es pobre en un país pobre. La escasez forma parte tan indisoluble de la vida de las personas que se ha incrustado incluso en el lenguaje. En una ocasión encontré a un hombre en una aldea a las afueras de Nhamatanda, en el centro de país, que se lamentaba por las dificultades que iba a tener para alimentar a sus nueve hijos a partir de noviembre. Pero no dijo noviembre; dijo «el tiempo del hambre». Me quedé perplejo. Todos en la aldea se referían así al penúltimo mes del año, cuando la cosecha de verano quedaba lejos, las provisiones ya escaseaban y los precios de los alimentos se multiplicaban en el mercado. Todos, año tras año, afrontaban aquella estación con la resignación de lo inevitable. Noviembre había perdido su nombre, allí era simplemente cuando empezaba el hambre.

Pese a las estrecheces, Jose había tenido una infancia relativamente serena. En casa no había excesos, pero la vida era plácida. Todo se truncó el día en que su padre abandonó a su madre, se fue con otra mujer y se llevó con él a sus dos hijos. Para Jose y su hermana Ana, la vida dio un vuelco. Aquella mujer tenía entonces cuatro hijos más —luego tendría otros tres— y obligó a

los dos recién llegados a trabajar. Empezaron las broncas. Los mandaba a buscar agua a la fuente y, si tardaban más de lo debido, les daba una paliza. Si rompían algo, les daba una paliza. Si se retrasaban jugando con los amigos y llegaban tarde a casa, más palizas. Únicamente en las tundas su madrastra les daba prioridad delante de sus hijos de sangre; en la comida, no. Un día, con el estómago vacío y la cara aún dolorida por el último tortazo, Jose tomó la decisión que guiaría cada uno de los días y noches de sus siguientes cuatro años.

—Me puse a llorar y decidí irme. Tenía hambre. Quería cambiar mi vida y pensé que no conocía Beira, la gran ciudad.

Ese día, tras decidirlo, sintió vértigo. Al día siguiente, al subirse a una *chapa* en dirección al sur, el vértigo ya se había transformado en angustia. Al llegar a la estación de Beira, la angustia ya era pavor.

—Tenía miedo y estaba solo. Dormí dentro de la estación. Cuando me levanté, quería ir a conocer la ciudad, pero seguía teniendo miedo.

Los niños de la calle no son un problema exclusivo de Mozambique. El fenómeno apareció en varios países del mundo ligado sobre todo a una rápida urbanización e industrialización o a las crisis económicas. Pero aunque esos dos factores han jugado su papel en el caso de la excolonia portuguesa, los *meninos da rua* del país africano tienen otra raíz común y mayoritaria: la devastación de la guerra.

Tras dos conflictos casi consecutivos de 1964 a 1992, Mozambique entró en el siglo XXI como un país exhausto, con unas estructuras económicas, sociales y políticas deshechas y los campos fértiles trufados de minas antipersona. Como ocurrió en otros muchos puntos de África, los ideales de libertad e igualdad fueron teñidos rápidamente con sangre. La primera guerra, por la independencia y contra los portugueses, fue desigual, pero tenía el impulso de la libertad. Por eso duró. Las guerrillas del Frente de Liberación de Mozambique (Frelimo), conscientes del suicidio de luchar cuerpo a cuerpo contra la superior fuerza militar portuguesa, se echaron al bosque para terminar con más de 470 años de presencia lusa en su tierra. En sus más de cuatro siglos en la costa mozambiqueña, los portugueses habían establecido una relación abusiva sin discusión, pero también habían dejado un legado de

buenas infraestructuras y alguna de las ciudades más modernas del continente, que incluso contaban con periódicos y radios locales, museos y clubes deportivos para las élites. Los guerrilleros mozambiqueños sentían que era su momento: en las otras provincias portuguesas de ultramar, Angola, Cabo Verde, Santo Tomé y Príncipe y Guinea-Bissau, también soplaban aires de cambio y olor a pólvora. El dictador luso Antonio Salazar se resistió con el puño cerrado. Enfrentó las acometidas con miles de soldados portugueses, sin piedad, hasta que la Revolución de los Claveles en la península ibérica finiquitó su régimen y abrió la puerta a la independencia de sus colonias. La alegría por la libertad duró poco: menos de dos años después de proclamar la independencia, Mozambique inició una de las guerras más cruentas de la historia del continente, exacerbada por los intereses de la guerra fría. Durante más de quince años, los mozambiqueños se masacraron y destruyeron el país con el beneplácito de las potencias extranjeras, que vieron en aquella tierra bañada por el Índico un enclave esencial para dirimir sus fuerzas. El Frelimo abrazó el comunismo para ganarse el favor —y las armas— de la URSS, Cuba y China, mientras que su enemigo, la Resistencia Nacional Mozambiqueña (Renamo), nació directamente como una organización paramilitar patrocinada por los servicios de inteligencia de los Gobiernos racistas y anticomunistas de Rodesia, actual Zimbabue, y la Sudáfrica blanca del *apartheid*. Aunque ambos países estaban en el bando estadounidense, sus intereses eran más pragmáticos: querían evitar que los movimientos liberadores negros en sus respectivos territorios siguieran escondiéndose en suelo mozambiqueño. Tras una lucha descarnada entre hermanos, con constantes masacres y mutilaciones a civiles o sabotajes que arrasaron vías de tren, carreteras y otras infraestructuras, el país alcanzó la paz en la más absoluta ruina. A principios de los años noventa, un millón de personas había muerto, muchas de ellas víctimas de constantes hambrunas, y 5 millones —de una población en aquella época de 18 millones— habían perdido sus hogares.

Miles de campesinos se vieron empujados a abandonar sus huertos para buscar refugio en los centros urbanos. En la larga posguerra, la pobreza hizo estragos en la zona rural mientras que en la capital el crecimiento económico nacional disparaba la corrupción y la desigualdad. La naturaleza tampoco puso

de su parte: las inundaciones y las sequías provocaron nuevas hambrunas cíclicas entre los campesinos. La ciudad se convirtió en refugio de los desesperados, los barrios pobres de casas de hojalata y cinc se multiplicaron y enfermedades como el sida causaron estragos en las clases bajas. Mozambique se convirtió en el octavo país del mundo con más prevalencia de adultos infectados por el VIH. Como consecuencia, las sombras del centro urbano se llenaron por las noches de niños solos, con casi dos millones de huérfanos por todo el territorio. Aunque la mayoría de esos menores fueron acogidos por familiares o vecinos, algunos no tuvieron más alternativa que convertir la calle en su hogar.

A principios del siglo XXI, la capital, Maputo, una ciudad cordial y sin apenas criminalidad, empezaba a sucumbir a la doble velocidad de la economía mozambiqueña. Mientras las élites se enriquecían y los precios subían a lomos de las buenas cifras económicas, millones de mozambiqueños quedaban al margen, descarriados en una sociedad cada vez más desigual. En uno de mis viajes anteriores a Mozambique, el guardia del hotel donde me hospedaba me advirtió que debía tener cuidado con los retrovisores de mi coche, un viejo Ford Fiesta granate de tercera mano.

—Debería vigilar su automóvil. Los vagabundos arrancan el espejo para venderlo por 10 meticais (unos 15 céntimos de euro) y poder darse otra dosis.

Creí que exageraba porque la ciudad siempre me había parecido un remanso de paz, más aun viniendo de la turbulenta Johannesburgo, y me hizo desconfiar todavía más cuando se ofreció a echarle un ojo durante la noche a cambio de un par de dólares. Le dije que si al día siguiente seguían estando allí los espejos, volveríamos a hablar. A la mañana siguiente, nada más salir de la puerta del hotel, me colocó una sandalia a diez centímetros de la cara.

—No se lo va a creer, le he cogido la sandalia. No se lo va a creer.

Durante la noche, en un momento de descuido —léase que el guardia se durmió como un tronco—, un tipo había aprovechado para hacer palanca y soplar uno de los dos espejos retrovisores. El clac debió despertar al vigilante, porque salió corriendo detrás de él y al ladrón se le cayó la sandalia en su huida. No fue lejos. A treinta metros del hotel había un edificio antiguo en ruinas y en sus sótanos se refugiaban decenas de personas sin techo,

drogadictos y ladrones.

—Entiéndame, señor, no podía seguirle. Ahí abajo es peligroso.

Como necesitaba la denuncia de la policía para reclamar al seguro, me fui a una comisaría, a dos calles de distancia de hotel. Nada más entrar, detrás del mostrador una agente con cara de pereza infinita me dijo que esperara un momento en una silla. A los pocos segundos entró otro uniformado llevando a rastras a un pobre diablo, delgado y negro como el azabache, con la ropa hecha harapos, que gritaba desesperado.

—*Eu não sou ladrão! Eu não sou ladrão!*

Los dos desaparecieron por una puerta y el policía debió lanzar al chico contra una silla porque sonó un estruendo terrible. La policía del mostrador me miró y me mostró el pulgar de las dos manos con un cuajo solemne. Todo en orden, parecía sugerir. Al rato, el policía empezó a preguntar a gritos sobre una cámara de fotos robada y sonaron dos tortazos descomunales. Plas, plas. Y dos más. Plas, plas. El chaval se puso a llorar. Volví a mirar a la policía, ella puso cara de fastidio y me dio unos papeles para que los rellenara y me marchara de una vez. Al escribir la denuncia me esmeré en dejar claro que quien me había robado el espejo era un tipo gordo y bien vestido. No muy negro de piel, mestizo; casi blanco.

Jose era un niño, pero llevaba suficiente tiempo en la calle para saber que cuanto más lejos de la policía estuviera, mejor. Si se te acerca un uniformado, decía, es porque quiere algo. Y él no tenía casi nada. Una cicatriz en su pómulo derecho avisaba de que la calle no era un lugar amable. Juraba que había sido un accidente, que se había chocado contra un poste cuando estaba oscuro, pero prefería cambiar de tema cuando se le preguntaba si alguien le había pegado. Jose era tímido y astuto, estaba acostumbrado a mentir como forma de supervivencia, y tenía sueños de altura. Quería ser piloto de aviones. Sin metáforas de libertad ni auras de aventura: alguien le había dicho que los pilotos tienen un buen sueldo. Jose tenía la sonrisa torcida de los pillos y, cuando observaba desde la media distancia, afilaba los ojos con una expresión indagadora, que hacía dudar de si estaba midiendo inteligencias o te acababa de robar la cartera. Era listo como un cuervo: el primer día, tras ver que era inútil intentar quedar con él a una hora o un lugar exactos, le compré un móvil

barato para poder localizarlo y se pasó toda la tarde haciendo sumas y restas con la calculadora del teléfono. Cincuenta más veinte, setenta. Divido entre dos, treinta y cinco. Más cinco, cuarenta.

Si veía una cámara fotográfica, Jose preguntaba cómo funcionaba y era capaz de pasarse horas leyendo menús de opciones en una lengua que no entendía, probando opciones y sacando fotos una detrás de la otra. Un barco. Un edificio. Un coche. Un papel. Todo le despertaba curiosidad. Sabía escribir, aunque mal, y pedía hojas y bolígrafos continuamente para redactar mensajes inocentes —gracias, feliz Navidad, la comida está muy buena— o hacer dibujos. Esa sed de aprender le había abierto la puerta a la oportunidad de su vida. Unas semanas atrás había lavado el coche de una mujer en la Praça do Município y ella le preguntó si le gustaría estudiar. Como Jose le dijo tan decidido que sí, la mujer prometió que volvería a esa plaza en una semana para hacerle una propuesta. Días después lo encontró en el mismo sitio. Cada fin de semana, Jose era uno más de la docena de chavales que limpiaba vehículos en el centro por 100 meticais (1 euro y 40 céntimos aproximadamente) a repartir bajo un cartel azul que prohibía lavar coches en la vía pública. Cogían agua del estanque de la plaza con una garrafa amarilla cortada por la mitad y enjabonaban desde la carrocería hasta las ruedas o las alfombrillas. Cuando volvieron a verse, aquella mujer le reveló que era la directora de la escuela privada Longo Alcance y le propuso matricularle gratuitamente si se comprometía a estudiar.

Antonio, su amigo del alma, con quien compartía las noches al raso, le animó.

—*Vá para a escola, Jose, vá!*

Jose tardó tan poco en entusiasmarse como en darse cuenta de que los milagros no piden audiencia en casa del pobre. Para poder matricularse en la escuela, debía presentar un carnet de identificación nacional. Un DNI. Y no tenía. Aunque mientras se solucionaba el problema le dejaron ir al colegio igualmente, las cosas se torcieron: durante el día iba a una escuela de élite y durante la noche dormía en la calle. Sus propios amigos, sospechaba, le habían robado por la noche el uniforme que le habían regalado en la escuela el primer día. No sabía si para venderlo después o por envidia. Jose siguió

yendo varios días, pero las diferencias entre ambos mundos se hicieron cada vez más amplias, insondables. Debía desplazarse hasta el colegio en transporte público, ir a clase con alumnos mucho más pequeños y a menudo llegaba tarde —jamás había seguido una disciplina, mucho menos un reloj— o directamente se ausentaba porque no tenía las pocas monedas para pagar la *chapa*. La directora le propuso cambiar e ir a una escuela de alfabetización en Praia Nova, más cerca del centro y más popular, y a Jose le pareció bien. Pero de nuevo, la pobreza: para poder matricularse en la nueva escuela, debía poseer el carnet de identificación nacional. Un DNI. Y seguía sin tener. Jose estaba convencido de que en dos meses todo estaría solucionado. Pese a los obstáculos, aquellos pocos días de colegio habían cambiado la mentalidad de Jose.

—Quiero salir de la calle, quiero cambiar mi vida. No quiero sufrir como antes, como siempre. Antes quería trabajar, ahora me gustaría estudiar.

La aspiración de estudiar puede parecer normal en un chaval de quince años. En un niño de la calle, no lo es. En primer lugar, porque forman parte de las decenas de miles de niños pobres que ni siquiera pueden soñar con la escuela. En Mozambique hay 1,2 millones de niños sin escolarizar; luego otros cientos de miles que van a centros de escasa calidad. En una ocasión, el Gobierno encargó un informe sobre educación y el sonrojo fue nacional: solo un 6 por ciento de los alumnos de entre ocho y nueve años tenían competencias básicas de lectura. En segundo lugar, porque lo habitual es que los *meninos da rua* estén tan colocados que ni siquiera tengan la lucidez suficiente para pensar en un futuro. Esnifar disolventes o pegamento forma parte de su vida cotidiana. Existe una palabra en portugués que sintetiza la figura de un niño de la calle, forajido, ladrón y criminal, violento, mendigo, vago y maldito: *moluene*. Los *moluene* son críos perdidos para la sociedad, sin esperanza, molestos y conflictivos. Niños sin futuro.

A Jose le rebelaba esa etiqueta. Él no era un *moluene*. No bebía ni se drogaba ni robaba ni se peleaba todo el tiempo. Por eso Antonio y él conectaron tan rápido. Ambos eran chicos tranquilos y no andaban siempre buscando pelea con los otros niños de su edad. Tampoco les gustaba jugar a fútbol, así que, para pasar el tiempo, iban por las tardes a la playa a ver a los

pescadores desembarcar. A lo largo de una amplia lengua de arena blanca, cientos de personas se arremolinaban en la orilla al atardecer para vender y comprar las últimas capturas del día. Peces de todos los colores y tamaños, gambas, pulpos, erizos de mar y hasta crías de tiburón martillo del tamaño de una trucha se colocaban sobre mantas en el suelo en busca del mejor postor. Mientras los adultos comerciaban, decenas de niños se divertían subiéndose a las embarcaciones o deslizándose como si fuera un tobogán por la quilla azul de un barco colocado boca abajo sobre la arena. Cuando el sol languidecía, a Jose y Antonio les gustaba subirse a la proa de una piragua o a una roca de la playa y observar cómo la luz se fundía sobre aquel trasiego de colores, olores y gritos. Jose se encogía de hombros cuando le preguntaban por qué le gustaba aquel lugar. No sabía explicarlo. O no quería. Su amigo Antonio decía simplemente que lo ponía contento.

—Es un lugar alegre, hay mucha gente y muchos colores. El mar y los barcos son bonitos, ¿no crees?

Antonio conoció a Jose el día en que llegó a Beira desde Dondo, una pequeña población a 30 kilómetros de la ciudad. Su historia tenía puntos en común con la de Jose —hambre, maltrato—, y aunque en otros aspectos no tanto —su madre había muerto por enfermedad—, terminaba igual: dormía en la calle desde hacía cuatro años. Cuando llegó a la estación aturdido y asustado, se encontró con Jose, quien se sentó a su lado y le dijo que no se preocupara. Desde aquel día se hicieron inseparables. De lunes a jueves iban a un centro de la Comunidad religiosa de Sant’Egidio donde ofrecían a más de cuarenta niños de la calle o de familias sin recursos del barrio un plato de comida completo —arroz, habichuelas, huevo duro, un trozo de pollo y zumos de frutas—, además de un lugar para ducharse. No siempre acudían todos los *moluene* de la ciudad. Jose decía que aquellos días en el centro de Beira había más de sesenta *meninos da rua*, pero que el número variaba porque de repente algunos desaparecían o llegaban niños nuevos.

Los viernes por la noche, Antonio y Jose tenían una cita en la panadería de Munhava, en el centro de la ciudad, donde un grupo de voluntarios repartía la cena a vagabundos y niños de la calle. A ninguno de los dos le gustaba demasiado aquel lugar porque, decían, siempre había problemas con algún sin

techo de mirada acuosa y porque era peligroso dejarse ver. Entre aquellos hombres callejeros, explicaban, había mala gente que aprovechaba aquella reunión para calcular lo que tenías y cuándo te lo iba a quitar. A Jose, el móvil barato con el que hacía cálculos se lo robó un vagabundo la noche después de ir a la cita en el Munhava. Se pasó el día siguiente maldiciéndolo.

El resto de las horas, Jose y Antonio se dedicaban a dejar pasar la vida. Sin nada que hacer, los días eran siempre iguales e interminables. En cuanto amanecía, caminaban, descansaban, observaban, dormitaban, conversaban, se aislaban, imaginaban, buscaban comida, mendigaban, caminaban más, vigilaban, holgazaneaban, limpiaban algún coche, paseaban, desconectaban, esperaban, volvían a buscar comida, anhelaban, deseaban, rondaban, aguardaban, añoraban, planeaban, reían, lloraban, discutían, se insultaban, peleaban, caminaban, caminaban, caminaban, caminaban.

—Quiero salir de la calle.

Jose decía cosas así a veces, pero el último día que estuvimos juntos lo dijo especialmente en serio.

—Quiero estudiar, tener un trabajo, formar una familia y que mis hijos no vivan en la calle. Se sufre mucho, en la calle no hay sitio para dormir.

Dijo más.

—Cuando crezca no quiero volver nunca a la calle. Estudiaré y seré piloto, ya verás. Voy a luchar hasta conseguirlo y no importa lo que cueste. Lo conseguiré.

Aquella última noche, Jose también dijo que iba a ir a dormir a la estación de tren con Antonio y dos amigos más, así que decidí acompañarlos. Deambularon un buen rato, sin rumbo ni prisas, mientras se hacía tarde. Al llegar ya era casi medianoche y, como vieron guardas en la entrada del edificio ferroviario, buscaron sitio en la hierba de una rotonda cercana, en mitad de las sombras. Había varios árboles, arbustos y basura por todos lados, pero como casi no pasaban coches a aquella hora, podían dormir prácticamente a oscuras. Uno de los chicos encontró un cartón roto y se tumbó encima bocabajo, como si le hubieran disparado. Antonio se tiró a su lado y metió la cabeza en una caja de cartón de agua mineral Vumba vacía. Jose se colocó la gorra dentro de la camiseta, las sandalias debajo de la cabeza y se

atravesó a sus pies. Estaban tan agotados que se durmieron enseguida. Al cabo de un rato llegaron los mosquitos. Cada dos por tres, en mitad de la oscuridad, se oían las palmadas de los niños a la caza del insecto. Se levantaron adormilados y fastidiados, lanzando blasfemias. Después de merodear por la zona unos minutos, sin saber bien a dónde ir, se acercaron a un árbol, se susurraron varias frases cortas y empezaron a trepar por el tronco. Subieron rápido, con decisión aunque resoplando por el sueño, y se distribuyeron por el ramaje. Cada uno se tumbó en una rama, encajados como podían, como si fueran palomas y no niños. Me quedé un rato mirando hacia arriba, iluminándolos con la luz de móvil, en un intento absurdo de ayudarles a encontrar el mejor hueco posible. Apagué la luz, les deseé buenas noches y me quedé un rato en silencio.

No habían pasado quince minutos cuando volvieron a bajar. Antonio soltó un soplido de fastidio y Jose se apoyó, muerto de cansancio, en un coche sucio aparcado junto a la rotonda. Había una farola encima del vehículo que arrojaba una luz anaranjada. Con un gesto mecánico, de tedio y agotamiento a la vez, Jose empezó a quitar el polvo de la luna trasera. De izquierda a derecha, de derecha a izquierda. Y vuelta a empezar. Izquierda, derecha. Derecha, izquierda. De vez en cuando, a Jose se le cerraban los ojos de sueño y daba cabezadas, pero como estaba de pie, se volvía a despertar.

Dos meses después de aquel día, llamé a Roland, uno de los educadores del comedor de Sant'Egidio y le pregunté por Jose. Roland era un buen tipo. Conocía a todos los niños de la calle porque robaba horas a su familia para dedicárselas a aquellos chicos cuando salía del trabajo. Sabía escucharlos, exigirles y comprenderlos. Hacía la vista gorda cuando le mentían descaradamente, pero después les dejaba claro que a él no se la habían colado. Los chavales confiaban en él. Cuando hablé con Roland, me habló directamente de Jose y se ahorró las anestésias. Me explicó que había conseguido matricularse en el colegio público de alfabetización de Praia Nova. Los primeros días, aseguraba, estaba eufórico: por fin iba a estudiar y ser piloto.

El sueño duró poco. Jose no se adaptó y a las pocas semanas dejó la escuela. No volvió nunca más.

## LA CRUZ DE LIKASI

### República Democrática del Congo

Ocurrió hace cincuenta años, quizás más. Era noche cerrada, en una de esas horas traicioneramente oscuras, cuando un camión Toyota —algunos vecinos dicen que con la carga a reventar de cobalto robado, otros juran que era uranio clandestino; los menos intensos dicen que llevaba gallinas— agarró mal una curva y se salió de la carretera a las afueras de Likasi, en la provincia de Katanga, la principal región minera de la República Democrática del Congo. El vehículo se quedó junto al camino, volcado y roto para siempre. Con el tiempo, la ciudad creció y atrajo a miles de mineros artesanales seducidos por una tierra con las entrañas llenas de oro, cobre y cobalto, y empujados, eso también, por una miseria que punzaba el estómago. Aquellos buscavidas se instalaron en la entrada de la ciudad y levantaron sus refugios de chapa, adobe y caña alrededor del esqueleto de hierro de aquel camión muerto. Hoy no queda rastro del vehículo, pero todos se refieren al distrito de los mineros artesanales como el barrio Toyota, que sigue siendo tan miserable como entonces.

El barrio está levantado sobre una ligera cuesta, y las callejuelas de tierra

se elevan retorcidas entre paredes irregulares de hojalata, así que es fácil ver sus entrañas desde la carretera. La primera vez que lo visité, los niños pasaban las tardes persiguiendo neumáticos viejos con un palo o se arremolinaban frente al televisor de la tienda de comestibles de François, un hombre sesentón y padre de diez criaturas que estaba hecho de buena pasta. Si los críos no molestaban y dejaban la entrada de la tienda libre, les dejaba pasar la tarde allí delante, apretados unos contra otros, mirando películas de artes marciales en la pantalla.

—No hay mucho más que hacer aquí, ¿sabes? —decía.

En el centro del barrio había una pequeña montaña verde con una cruz de hierro en lo más alto. Hasta allí subían cada tarde Fidel, Tshasho, Sam, Musito, Elise y el resto de la pandilla a ver el humo de las minas industriales de los alrededores, admirar las antiguas casas belgas de la ciudad de Likasi, que se extendía al fondo, y fumar marihuana hasta que se les encendía la mirada. Todos rozaban la veintena y tenían los brazos musculados de haberse jugado la vida en minas ilegales desde que tenían trece años.

—Lo peor son los túneles —subrayaba Fidel—: si se cae el techo, se acabó.

Desde allí arriba se podía ver a decenas de kilómetros de distancia así que, además de la ciudad y las minas, la vista atrapaba una enorme extensión de tierra yerma, sin construcciones a la vista. Aunque aquella atmósfera de tierra perdida no lo anunciaba, Katanga era aquellos días el corazón de la revolución tecnológica más importante del siglo XXI. La provincia albergaba el 58 por ciento de las reservas mundiales de cobalto, un mineral azulón clave para las baterías de dispositivos electrónicos como teléfonos inteligentes u ordenadores y también para la conquista tecnológica más deseada: el coche eléctrico. Según los expertos, el fenómeno estaba a punto de estallar, y calculaban que en el año 2030 la flota mundial superaría los 125 millones de vehículos eléctricos. Para otros, la cifra real sería de casi el triple.

Solo las expectativas ya habían supuesto un terremoto en la provincia. Como las baterías de los coches eléctricos necesitan una gran cantidad de cobalto —entre cuatro y once kilos por vehículo—, la demanda se había disparado. El beneficio también: en apenas dos años, el precio del cobalto se

había multiplicado casi por cuatro. Para la industria, el cobalto no era un mineral más: es esencial para evitar el sobrecalentamiento de las baterías de litio, acelerar su carga y alargar su vida útil. Aunque el sector automovilístico trabajaba para reducir la cantidad de cobalto en sus baterías, no habían dado todavía con una tecnología fiable, y el mineral azulón seguía siendo imprescindible para el sueño de acabar con los combustibles fósiles de la industria y, de paso, reducir su impacto en el cambio climático.

Aquella fiebre por el oro azul había cambiado el perfil de algunas poblaciones congoleñas. En las ciudades de Likasi y de Kolwezi —esta se encuentra a dos horas en coche hacia el oeste desde Likasi—, cientos de vecinos habían agujereado literalmente sus jardines y suelos de las cocinas en busca del cobalto. Actuaban por desesperación. Como no tenían nada, preferían destruir sus casas porque los minerales del subsuelo tenían más valor. La ciudad estaba sostenida sobre una red de túneles artesanales.

Junto a la cruz, mientras Fidel y sus amigos charlaban, sonó una explosión lejana que levantó una humareda de varios metros sobre una mina en el extremo opuesto de la ciudad.

—Los americanos —dijo Tshasho chasqueando la lengua y con los ojos rojos por el hachís. Después estiró el brazo y señaló a derecha y a izquierda—: aquella es de los chinos, aquella es de los belgas, esa de allí es china también...

Ninguno de ellos tenía aprecio por las compañías extranjeras, pero cada vez que alguien mentaba a los asiáticos, todos fruncían el ceño. Los chinos, decían, eran de la peor calaña, porque pagaban mal y trucaban las básculas para pagarles menos por los minerales que extraían de agujeros inmundos. Si por casualidad algún minero artesano encontraba una veta buena en algún punto sin explotar, enseguida venía la policía congoleña a expulsarlo de mala manera y se instalaba una firma china en el lugar.

—Nos dan 48 horas para irnos por las buenas. Y, si no, regresan por las malas. Defienden los intereses de esa gente, no los nuestros, que somos congoleños —protestaba Fidel.

China había tomado la delantera en la carrera por el cobalto. Según el Servicio Geológico de Estados Unidos, las empresas chinas acaparaban el 80

por ciento del cobalto mundial y lo destinaban principalmente a la industria de baterías recargables de pequeños dispositivos electrónicos, pero ya se estaban preparando para el cambio. También a nivel estatal. En vistas a la explosión del mercado de vehículos eléctricos, el Gobierno chino había comprado para su reserva nacional más de 5.000 millones de toneladas de cobalto congelés extraído por grandes compañías. Y bajo mano tampoco dejaba de comprar. La mayoría del cobalto extraído por pequeños mineros artesanales en el Congo —el 15 por ciento del que salía de Katanga— lo compraban minoristas chinos que después lo revendían a empresas de su país. En estos puntos de venta intermedios, donde los asiáticos adquirían mineral bruto directamente a los mineros, nadie preguntaba sobre el origen del mineral ni si en la mina trabajaban niños o se respetaban los derechos humanos.

Llevábamos un par de horas en la cima de colina y empezó a atardecer. El sol teñía de naranja un río que atravesaba una mina de cobalto cercana y, para matar el rato, empezamos a hablar de fútbol. La mayoría eran del Barça o del Madrid, pero también había algunos que tenían al Manchester City o a Chelsea como equipo favorito. Empezaron a hablar de cuáles eran los mejores jugadores africanos que jugaban en las ligas europeas. Fidel se giró hacia mí y me preguntó si sabía en qué ciudad había nacido el futbolista del Barça Ousmane Dembélé. Como cogí el móvil para buscarlo en internet, todos se acercaron a la pantalla con las pupilas brillantes. La respuesta —Vernon, Francia, de padre senegalés y madre mauritana— despertó una discusión sobre las raíces africanas de estrellas francesas y belgas, como Pogba, Lukaku, Mbappé o Kanté, que pronto se volvió amarga.

—¡Son africanos! —protestó Fidel, y los demás asintieron.

Yo intenté matizar.

—Bueno, tienen orígenes africanos, pero han nacido en Francia o Bélgica.

A ninguno le convenció mi respuesta y negaron con la cabeza. A varios, la suma de agravio y efectos de la droga les agrió la mirada. Al final nos fuimos de allí. Cuando descendíamos la colina, Fidel seguía molesto y no apartó la vista del horizonte cuando empezó a hablar.

—Minerales, futbolistas... Los blancos siempre os lleváis lo mejor de África. Y encima no podemos decir nada.

En un lateral de la montaña que bajaba hacia una iglesia blanca habían construido unos escalones de piedra que ayudaban a descender desde la cruz. A la derecha se veía desaparecer en el horizonte la carretera donde hace más de medio siglo aquel camión Toyota cargado de minerales robados se quebró y dio nombre a aquel barrio desesperado. O quizás, quién sabe, llevaba gallinas.

# EL ÁRBOL DONDE LOS PÁJAROS DUERMEN

## Namibia

Era el primer día de acampada de Lena en el Pirineo y estaba de los nervios, aunque sobradamente preparada: llevaba una gorra rosa, unas botas grises y en la mochila una brújula, una cuerda y una espada de madera. Nos acompañaba en la excursión mi hermano mayor, el *tiet* Dani, y después de bordear un lago y atiborrarnos de arándanos silvestres, montamos la tienda en un claro de hierba alta. Una loba buena nos dejó unas pistas para que encontráramos su regalo de bienvenida: un poco de chocolate y una bolsita de café. Lena alucinaba y preguntaba una y otra vez por el nombre de las flores y de los árboles y quería saber hacia dónde iban los caminos que no seguíamos.

Antes del atardecer, mientras Lena estrenaba sus pies de gato en unas rocas bajas, apareció una manada de caballos. La mayoría de ellos pastaban despreocupados, mordisqueando la hierba con un ruido seco, pero entre el grupo había dos potros pequeños y sus madres no nos quitaban el ojo de encima. A Lena le impresionó el tamaño de aquellos animales y quiso saber más.

—Papá, ¿de dónde vienen estos caballos? ¿Dónde duermen? ¿Beben agua

del lago que hemos visto antes?

Le contesté que vivían y dormían en la montaña y que se fijara en que no llevaban bridas ni sillas de montar. Dani le señaló al jefe de la manada, un macho marrón con una crin negra caída hacia un costado, y le hizo notar que los potros siempre se escondían detrás de sus mamás. Lena estaba encantada. Como quería saberlo todo, le íbamos explicando como podíamos hasta que, en un momento dado, la lección nos la dio ella a nosotros.

Preguntó qué hacían durante el día aquellos caballos y a mí me salió una respuesta a medias.

—Nada, no hacen nada, están por aquí.

—No, papá —corrigió ella—, sí que hacen algo: comen hierba y están tranquilos.

Las palabras de Lena me transportaron a años atrás, a otra acampada como aquella, pero a miles de kilómetros de allí, en Namibia. Y a otra lección.

A primera hora de la mañana, abrí la cremallera de la tienda de campaña para ver qué día hacía y me lo encontré allí de pie, frente a la entrada. No sé cuánto tiempo llevaba esperando, pero en cuanto me vio le entró el corte, dio dos pasos dubitativos hacia atrás y salió disparado hacia su casa. Ngombe tenía tres años y le pudo más el miedo que la curiosidad. Su madre, Ongwaendombini Mutambo, le dio refugio entre sus brazos frente a su choza y me sonrió mientras negaba con la cabeza cariñosamente.

Estábamos en una aldea cercana a las cataratas Epupa, en la frontera de Namibia y Angola. Era un pueblo de mujeres. Mutambo compartía hogar, cinco chozas de barro apuntaladas con ramas y dispuestas en círculo, con sus tres hermanas, dos chicas adolescentes y dos bebés. Además de las viviendas, había dos graneros contruidos en alto sobre unos troncos para evitar que los animales vaciaran la despensa, y un fuego justo en el medio. Era una familia tradicional y todas vestían al modo himba, con collares y adornos en el cuello y la cabeza, los pechos descubiertos y la piel y las rastas embadurnadas de *otjize*, una mezcla de grasa animal y polvo ocre que se aplican para perfumarse y protegerse del sol. Eran gente acogedora. Mutambo enseguida me permitió que aparcara mi todoterreno a unos metros de sus casas para instalar mi campamento.

Mi intención inicial al llegar a Namibia era contar la realidad de un pueblo que se moría de sed. El país vivía la peor sequía en treinta años, con zonas donde no llovía desde hacía tres años, y llegué dispuesto a dejar hablar a las gargantas secas de aquella tribu milenaria. Durante días acompañé a Mutambo en sus largas caminatas a recoger agua, visité pozos profundos excavados en la tierra y fotografié manantiales secos. Mutambo aceptaba curiosa mi presencia y contestaba mis dudas sobre su cultura a cambio de que yo respondiera a las suyas sobre la mía. Al final, me preguntó por qué la seguía siempre a buscar agua. Cuando se lo conté, se apiadó de mi torpeza y me corrigió.

—Esta sequía es especialmente difícil, pero nuestro problema no es el agua.

Los himba lo estaban pasando mal, sí, pero no se morían de sed ni había nada de excepcional en sus largas caminatas hacia el pozo. Pese a la severidad de aquella sequía, su pueblo sabía cómo afrontar que no lloviera. Durante generaciones, los himba se han adaptado a la aridez del terreno y han desarrollado mecanismos de sobra para encontrar agua. Además de excavar pozos profundos, con diferentes pisos y galerías, han aprendido de la naturaleza: en épocas de sol inmisericorde, siguen a las manadas de elefantes.

—Son animales inteligentes —me contó Mutambo— y son capaces de encontrar los remanentes ocultos de agua potable a decenas de metros bajo tierra. Ellos nos ayudan a hallar los últimos manantiales.

Otros mecanismos para encontrar agua surgían de la experiencia. Si la sequía persiste, los ancianos de los distintos linajes himba se reúnen durante horas alrededor del fuego sagrado u *okuruwo* —siempre situado en el centro de la aldea, entre la cabaña principal y el corral— para entrar en contacto con los espíritus de los antepasados. No es solo una muestra de respeto a los muertos: los himba creen que el contacto con su Dios —llamado, entre otros nombres, Mukuru— solo es posible a través de los espíritus de los fallecidos, que pueden influir sobre la deidad en favor de los suyos. El lugar para convocarlos es el *okuruwo*, el fuego donde se toman todas las grandes decisiones y los antepasados hacen acto de presencia para influir en el pensamiento de los presentes. Más allá del componente místico, era una

costumbre lógica: los ancianos himba, al fin y al cabo quienes tenían más experiencia a la hora de superar sequías, eran los encargados de decidir qué pasos dar para encontrar agua.

El problema de la ausencia tan prolongada de lluvias no era tanto la escasez de agua potable como el brutal impacto que había recibido el cimiento principal de la vida social, cultural y económica himba: su ganado. Como la hierba no crecía y los animales no tenían nada que comer, los padres se habían marchado con sus hijos mayores de ocho años a guiar al rebaño familiar a pastos lejanos. Como consecuencia, el absentismo escolar entre los himba se había disparado.

Fracasar en el intento de salvar a sus animales significaba que la estructura familiar se derrumbaba y aparecía el hambre. Había empezado a ocurrir. Decenas de familias himba sin nada que comer se habían trasladado a las afueras de Opuwo, la capital de la provincia, a 180 kilómetros, para vivir como indigentes en tiendas de campaña o directamente al raso. Al hacerlo y alejarse del fuego sagrado y la tierra de sus ancestros, habían perdido el contacto con sus raíces. La prostitución, la depresión y el alcoholismo habían empezado a hacer mella entre aquella gente desesperada.

Así, aunque los himba eran capaces de descubrir agua suficiente para subsistir en su día a día, la falta de pastos era una catástrofe. Desde el lenguaje, se percibe la importancia del rebaño para los himba, quienes, igual que ocurre con los herero, otra tribu milenaria de la región, disponen de decenas de palabras diferentes para describir los colores y la forma de los cuernos. La conexión con sus animales es totalmente diferente a la relación puramente funcional de las granjas occidentales. Las vacas o cabras no se cuentan, se conocen. Aunque tengan decenas de cabezas en su rebaño, los himba nunca necesitan contarlas porque conocen a cada animal individualmente—incluso su ascendencia de varias generaciones— y hacerlo, además de pretencioso, se considera motivo de mala suerte y una invitación a que los ancestros envíen una catástrofe a la familia.

Esa fue la razón por la que, meses antes, los inspectores del Gobierno namibio que habían intentado contar el ganado para establecer el impacto de la sequía se habían encontrado con el rechazo frontal de los himba. Sus vacas y

cabras no eran números. Para esta tribu, el ganado no es una posesión, pertenece a un linaje familiar y la generación actual custodia a su rebaño como herencia de la anterior y en nombre de la siguiente. La prueba definitiva de su amor por el ganado está en su arte de seducción: la mayor galantería que un hombre himba puede decir a alguna de sus esposas es que ese día luce como una vaca gorda.

Yo escuchaba a Mutambo deslumbrado, cada vez más consciente de que desconocía aquel universo casi por completo. Saberme insignificante por no estar enterándome de nada no solo resultó un ejercicio de humildad saludable, porque me mantuvo atento y cauto, sino que también fue un antídoto para no fracasar estrepitosamente, porque me obligó a escuchar. Poco a poco entendí qué había significado la sequía para aquel pueblo.

Le di las gracias a Mutambo y sus hermanas y les prometí que volvería para despedirme antes de volar de regreso a casa. Durante los días siguientes fui a visitar escuelas rurales, entrevisté a niños pastores al frente de rebaños gigantescos y hablé con los vagabundos himba que habían migrado forzosamente a las ciudades y vivían en condiciones lamentables. A medida que comprendía las consecuencias reales de la sequía, me adentraba también en el significado de los adornos o peinados himba, con collares que indican el estado civil de las mujeres o trenzas que anuncian la virginidad.

Pero más allá de mi fascinación por cómo aquel pueblo conservaba sus costumbres, sabía que la situación distaba mucho de ser ideal. El sufrimiento de los himba bebía de una historia injusta.

Enclavado entre los desiertos del Namib y el Kalahari, Namibia es uno de los países más secos del mundo, pero no es un país pobre: es desigual. Exporta diamantes, oro y uranio, y tiene unas costas llenas de pesca que acabará en platos occidentales y asiáticos —Estados Unidos, China y Rusia son los principales socios comerciales de Namibia—, pero más de la mitad de sus escasos dos millones y medio de habitantes sobrevive con menos de dos dólares diarios y sin un empleo formal. El desequilibrio es tan enorme que llega a las nubes.

Aunque el sur del país es más seco que el norte, es allí donde se encuentran la mayoría de las grandes granjas de Namibia, mayoritariamente de

propietarios blancos que tienen acceso a canalizaciones de agua gubernamentales para abastecerse en caso de escasez de nubes negras. Mientras la sequía mataba el ganado en el norte u obligaba a los niños himba a buscar pastos lejanos, las granjas contaban con el apoyo y la infraestructura necesaria para hacer frente a la amenaza.

Aquel agravio no era nuevo. La presión bajo la que vive el pueblo himba no solo surge de la dureza del clima: también es legado de algunas de las páginas más negras de los libros de historia de la región. En un principio, tras la repartición de África en la Conferencia de Berlín de 1885, aquella zona del sudoeste africano fue anexionada por Alemania, que entró en aquellos territorios con la pólvora derramada. Asesinó a todo aquel que se rebeló a su dominio. En un ensayo de crueldad que perfeccionarían con los judíos años después, los germanos exterminaron a la mitad de la población de los pueblos herero y namaqua. Fue una escabechina programada. En el año 2004, el Gobierno alemán pidió perdón por unas atrocidades que las Naciones Unidas calificaron del primer genocidio del siglo pasado.

Tras la derrota de los nazis en la Primera Guerra Mundial, el control de la tierra fue entregado a Sudáfrica para que protegiera y desarrollara los pueblos indígenas de la zona. No sucedió. La realidad fue que Pretoria dirigió aquella tierra hacia el camino de la segregación racial. El sistema racista del *apartheid* se asomó a la realidad de los pueblos autóctonos del Namib y, durante décadas, el Gobierno blanco confinó a los himba y otros pueblos en regiones apartadas y olvidadas y construyó infraestructuras únicamente en las zonas donde vivía la minoría blanca.

En una ocasión observé una cañería de un metro de diámetro que discurría en paralelo a la carretera por la que conducía. Avanzaba por el desierto durante decenas de kilómetros, en línea recta, así que la seguí para ver cuál era su destino. Pensé que quizás transportaría agua hacia algún estanque en una reserva natural o alimentaría depósitos para abastecer a las poblaciones de las zonas más áridas. No fue así. Las cañerías desembocaban en las instalaciones de la mina de uranio Rossing, propiedad del gigante británico-australiano Rio Tinto.

Como ocurre desde siempre, en Namibia no es falta de dinero, es falta de

intención. Actualmente, el Gobierno namibio tiene recursos para desalinizar agua y construir cañerías en las regiones del norte, pero prioriza abastecer al sector minero, que aporta el 10 por ciento del producto interior bruto y varias decenas de miles de empleos. Las cifras mareantes de la minería se beben el agua de los pueblos milenarios. La mina de uranio Rossing, solo una de las muchas que operan en Namibia, utiliza más de tres millones de metros cúbicos de agua potable al año, equivalente a consumir cada tres días y medio toda el agua que bebe en un año el pueblo Himba.

Antes de volar a casa, cumplí mi promesa y regresé a despedirme de Mutambo y sus hermanas. Me sentía enrabiado porque, como de costumbre, las compañías mineras se parapetaban tras una supuesta confidencialidad o directamente recurrían al silencio para no contestar mis preguntas o impedirme el paso a sus instalaciones. Pero también apreciaba plenamente lo afortunado que era porque decenas de Himba me hubieran dado la posibilidad de entrar en sus vidas y contarlas. Tenía la espalda molida de dormir en la tienda y de sufrir los baches del camino, mi ropa olía a rayos y el polvo se había colado hasta en el último de mis calzoncillos, pero eran minucias ante el privilegio de haberme podido asomar a aquella realidad.

El periodismo exige tesón, ética, esfuerzo, ponerle alma, madrugar, trabajar, escuchar y estar dispuesto a aprender cada día. Y volver a madrugar. A cambio, a veces regala tesoros inesperados. Uno de los últimos días que pasé con Mutambo, me acompañó a ver a una vecina, Mukandjuria, que vivía detrás de una colina. Rondaba los cuarenta años y vivía sola con tres hijos pequeños y un rebaño de cabras en una zona ligeramente más húmeda, donde había varios árboles. Delante de su choza tenía varios tarros con hierbas y hojas secas, así que le pregunté sobre el uso de aquellas plantas. Me explicó que algunas eran curativas, otras servían para perfumar la casa y otras para una mejor digestión. Como fuimos a dar una vuelta, aproveché para continuar mi interrogatorio sobre los beneficios que obtenían de los árboles de alrededor. Algunos, me contó Mukandjuria, daban frutos nutritivos, otros servían para hacer leña y de algunas especies extraían sus resinas. Recordé que, en un lateral de su aldea, junto a su choza, había un árbol seco con las ramas arrugadas y le pregunté por él. Me dijo que aquel no daba frutos.

—¿No tiene valor? —le pregunté.

Me miró extrañada antes de rectificarme.

—Yo no he dicho eso —respondió.

—¿Y para qué sirve? —insistí.

—Para que duerman en sus ramas los pájaros.

## AGRADECIMIENTOS

—Fue un cabezota, fue un idiota. ¿Qué iba a hacer? Fue su culpa.

Kasigwa tenía trece años y no podía sacarse de la cabeza el día en que asesinó a golpes de culata a aquel anciano. Lo mató en su casa, delante de su familia, en una aldea de adobe y cañas en el este de República Democrática del Congo, porque se negaba a decirle dónde tenía escondido el dinero. Lo encontró después: unos 18 euros al cambio. Kasigwa había matado antes con su AK-47, porque cuando uno tiene trece años y ha pasado más de dos como niño soldado en la selva se acostumbra a combatir el miedo con disparos. Pero aquel abuelo fue diferente.

—¿Por qué no me dio el dinero? Tuve que darle en la cabeza. Una y otra vez. Maldito anciano, ¿ahora qué voy a hacer?

El día en que Kasigwa se cansó de decirme mentiras, empezó a decirme alguna verdad. Lo supe porque esa mañana lloró desconsolado y ya no pudo parar. Me confesó que algunas noches se le aparecía la imagen ensangrentada de aquel hombre.

—Y ya no puedo más, ¿sabes?

Kasigwa llevaba seis meses en un centro de reinserción y al cuarto día aceptó que todavía tenía arranques de ira. «Tengo una cólera extraña en mi cuerpo. Dura poco, pero en ese rato puedo matar sin problemas, sin pensármelo. Ahora me pasa menos.» También admitió que había violado. Durante los pillajes, en controles de carretera improvisados, cuando le

apetecía. «A veces para burlarnos de ellas.»

A Justine le tocó vivirlo desde el otro lado. Unos rebeldes la secuestraron de noche, junto a cuatro amigas, y su pesadilla duró media vida. A sus treinta años, había vivido como esclava sexual desde los quince. Acababa de llegar sola a la ciudad de Bukavu, embarazada de su séptimo hijo, después de escapar del guerrillero que la mantenía cautiva en la selva. Su intento de regresar a casa había salido mal. Sus antiguos vecinos la acusaban de complicidad con los mismos rebeldes que se la habían llevado. Si hubieras querido, habrías huido antes, decían. Nadie sobrevive tantos años en la selva sino es uno de ellos, decían.

Justine decía menos:

—Ahora no sé dónde ni en qué condiciones voy a poder tener a mi hijo.

En una colina a las afueras de la ciudad de Bukavu, el doctor Denis Mukwege estrechaba la mano con firmeza a sus pacientes. Durante más de dos décadas, Mukwege ha operado gratuitamente a mujeres víctimas de violencia sexual y ha denunciado por todo el mundo a los culpables —rebeldes, soldados y civiles— y la desidia del Gobierno congolés. Alzar la voz y señalar tiene riesgos: le habían intentado asesinar varias veces. Mukwege vivía recluido, con escolta armada las 24 horas del día, en el hospital Panzi. Aunque frente a su consulta se acercaban a diario decenas de mujeres de todas las edades, el doctor se tomaba el tiempo necesario para escuchar a cada una de ellas. Las miraba a los ojos y las dejaba hablar. Su objetivo era sanarlas físicamente —en algunos casos las violaciones eran tan terribles que debía reconstruir el aparato reproductor, el urinario e incluso el digestivo— pero también psicológicamente. «Llegan aquí humilladas y heridas. Hay que recuperar su amor propio, así que lo primero que necesitan es sentirse respetadas.» En 2018, Mukwege recibió el Premio Nobel de la Paz por su labor. Cuando se le mencionaban premios y reconocimientos, el doctor congolés se atusaba la bata blanca y chasqueaba los labios.

—Yo no quiero que me sigan ni me admiren: quiero que peleen a mi lado.

Este libro es consecuencia de que me hayan dejado escuchar. Estas páginas existen porque cientos de personas, ya fueran asesinos, héroes, víctimas o supervivientes, se tomaron la molestia de explicarme sus vidas y ofrecerme el

privilegio de comprender su realidad y adentrarme en su pasado, sus fortalezas y sus anhelos. Este libro es gracias a ellos.

En segundo lugar, quiero dar las gracias a Barry y Rodri, probablemente los dos tipos más generosos que he conocido nunca en este oficio y que creyeron en un proyecto como Muzungu. Y lo compartieron.

Gracias a Abi, Lanphia, Josephine y Haja Ngegba por su ejemplo y a todos los que me ayudaron desde el continente y desde fuera. Gracias a Alfons Rodríguez por empujar para que el proyecto Indestructibles siga creciendo y por compensar mi caos con paciencia, organización, amistad y una capacidad de trabajo inigualable. También estoy en deuda con Damià y Norberto, con Dani de Turkish Airlines, con Laura de Unicef —y sus bolsas de supermercado llenas de billetes de Monopoly— y con la buena gente de Terres Llunyanes.

Gracias por la paciencia, el apoyo y la comprensión a mis editores Ana y Ramon.

Gracias a Pau y Biel, y a sus padres, Oriol y Judith, por buscar con nosotros los tesoros de Willy el Tuerto. A los imprescindibles Ernesto, Raül, Noe, Jordi y Kel. A Agus Morales y el resto de revista *5W*, que son un ejemplo de humildad y compromiso. A Pau, Edu y el equipo de Ruido Photo —qué bueno seguir juntos el camino— y a Kim Manresa, por ser maestro. A Adaia por quitarme el poco juicio que tenía, a Eugènia por los camaleones malgaches y a Javier Lahoz por sus cuentos africanos y su pasión por los libros.

Termino con mi familia, a quien he convertido en cómplices obligados de mi pasión por África. Gracias a mis padres y mis hermanos Iván, Dani y Blanca. Y a mis abuelas Alicia y *amama* Puri, por seguir en la lucha. También a Teresa, por seguir haciendo malabarismos para cubrir mis ausencias.

Y sobre todo gracias a Aina y a Lena por la curiosidad, las risas y las horas de sueño robadas.

Y a Júlia, que sostiene todo y encima me guarda las llaves de casa.

Seguimos.

*Indestructibles*  
Xavier Aldekoa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Xavier Aldekoa, 2019

Mapa al cuidado de GradualMap

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la fotografía de la portada, Alfons Rodríguez

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019

Ediciones Península

Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)

[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-9942-799-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltalldellibre.com](http://www.eltalldellibre.com)

PENÍNSULA | ODISEAS

# Xavier Aldekoa

## Indestructibles

